LA NOVELA DE LA MILITANCIA PERONISTA

BIBLIOTECA

JORGE ASÍS

LOS REVENTADOS

SUDAMERICANA

Jorge Asís

Los reventados

Sudamericana

a Buenos Aires

EPÍLOGO PRIMERO

El 25 de setiembre de 1973, algunas horas después de que reventaran al secretario de la Confederación General del Trabajo, José Rucci, Cristóbal decidió reaparecer por la oficina de Rosqueta; hacía algo más de tres meses que había desaparecido del ambiente. Para ser exacto, desde el suicidio de Willy. Subía la destartalada escalera que lo conducía al segundo piso alto, recordando que Rosqueta había alquilado esa oficina por él, para hacer rosquetas en combinación, y lo abandonó para asociarse con Willy; golpeó.

—Qué hacés, Cristóbal, pasá —era Vitaca.

—Vos acá, hermano —se saludaron fervorosamente.

Cristóbal se tiró en el sofá; Vitaca lo miraba sonriente, apoyado en el escritorio.

—Tanto tiempo, Cristóbal, te hacía en Venezuela.

—No, al final, viste, no se dio.

Sin embargo no mencionaron a Willy; desde el velorio que no se veían.

—¿Y el negrito? —preguntó Vitaca.

—Eso mismo te quería preguntar. ¿No lo ves?

—Desapareció también.

—A mí me batieron que para ahora en un boliche de Libertad, antes de llegar a Lavalle. En el lujoso no, el de al lado, viste, uno que tiene siempre olor a bifes, no sé si lo conocés.

Vitaca caminó unos pasos; el parquet crujía.

—¿En qué bicicleta andará?

Permanecieron un instante en silencio; después, Vitaca dijo que lo habían enganchado para quedarse en la oficina, había venido y Porque Rosqueta tuvo que salir por otra rosqueta, y la Esperpento, te acordás, la Esperpento Mayor también tuvo que salir, me pidió por favor que me quedara quince minutos, por un llamado, porque tenía que estar sin falta en una inmobiliaria.

—¿Estás trabajando con Rosqueta? —preguntó Cristóbal.

—Y sí, algunas rosquetas hacemos.

Sonrieron.

—Trepaste, eh —dijo Cristóbal, pero sin reprochar.

Vitaca sacó cigarrillos; fumaron.

—¿Y la Esperpento qué hace acá?

—Qué sé yo, vos sabés que yo no me meto —hizo un gesto con la cara Vitaca, pidiéndole que lo siguiera. Cristóbal lo siguió hasta el balcón de la oficina: dos bombachas rojas, una a lunares negra y blanca, un corpiño, dos pulóveres.

—Son de la Esperpento —dijo Vitaca.

Abrió un cajón del escritorio de Rosqueta: tres pares de medias, otra bombacha color lila, esmaltes, pañuelos.

—Decí que yo no me quiero meter —dijo Vitaca; Cristóbal reía. Lo llevó hacia el baño: cinco pares de zapatos, dos con plataforma, ropa blanca para lavar, ruleros.

—Pero esta mina ahora vive acá —asombrado Cristóbal.

—Yo soy prudente, jamás pregunto, no sé. Sé apenas que pone avisos en los diarios, en *Clarín* y *La Nación*, ahora además de inmobiliaria también pone avisos de azulejista, empapelador, pulidor, alfombrera, de todo. Vos conocerás el yeite. Por ejemplo la llaman para plastificar unos pisos, la Esperpento llama a cualquier plastificador y se lo manda, el plastificador pasa en el presupuesto un quince por ciento de rosqueta para ella.

—Hace la suya la flaca, está bien —Cristóbal.

De repente sonó el teléfono; era para Rosqueta. Lo llamaban de la imprenta para decirle que eso marchaba, nada más, gracias.

—¿Qué me decís de Rucci? —Cristóbal.

—Lo reventaron; como veinte tiros.

—Qué te parece, ¿habrá sido el ERP?

—Si encontrás un solo tipo en todo Buenos Aires que se trague ésa, te doy un beso. Nadie se la traga, hermano, es grupo.

Mencionaron después el paro anunciado para el otro día por la Cegeté, ma qué para el otro día, desde hoy, después de las seis de la tarde ni hay colectivos, si afuera es un quilombo, no viste la cantidad de canas que hay por la calle.

—Se la tenían jurada. A Rucci no lo quería nadie, está bien —dijo Vitaca; agregó—: che, cambiando de tema, ¿dónde estás laburando?

—En el Congreso, en la imprenta del Congreso, viste. Soy tipógrafo; es un laburo muy aburrido, hacemos los diarios de sesiones, los de la Cámara de Diputados y Senadores, hicimos los padrones para las elecciones. Boludeces, Vitaca —se sonó la nariz Cristóbal—. ¿No sabés a qué hora vuelve Rosqueta?

—Mirá, no creo que venga —respondió Vitaca, con ganas de que Cristóbal no se fuera, de que lo aguantase hasta que volviera la Esperpento.

—¿No sabés si Rosqueta saca algo de Rucci?

Vitaca no sabía si responderle, porque Rosqueta le había anticipado que si quería hacer rosquetas con él, no tenía que ser ningún bocote. Pero a Cristóbal podía decírselo, si total era de la rosca.

—Sí, ya lo tiene cocinado. Recién me llamaron de la imprenta. Era para

que le diga a Rosqueta que eso caminaba, que la imprenta trabajaba igual, con huelga y todo.

—¿Consiguió fotos?

—A patadas. Muchas de Rucci con la familia, Rucci dándole un besito a la nena el día del cumpleaños, muchas de Rucci al lado de Perón, en Madrid, en el balcón de la Cegeté el 31 de agosto, la de Rucci con el paraguas, ésa del 17 de noviembre del año pasado, cuando Perón bajaba del avión. La revista ya está en marcha, y le va a sacar a Así dos días de ventaja, por lo menos.

—¿Y el texto? —con ganas de ser útil Cristóbal.

—Ya está levantado de los diarios, pero vos sabés, va a ser pura foto.

—Y claro, hay un hambre de fotos increíble, Rosqueta lo sabe, la gente quiere ver fotos, está desesperada por ver fotos, y mañana para colmo no salen los diarios. Rosqueta las pega todas. ¿Del cadáver consiguieron?

—Puff, Cristóbal. A Rucci lo mataron, qué sé yo, ponele a las doce y media. Rosqueta a las dos de la tarde ya tenía las fotos del cadáver, de toda clase, de cerca, de costado, la cara, el cuerpo entero. Hay una que es hermosa para la tapa, está el cadáver de Rucci de cuerpo entero, va a ser una linda portada, estoy seguro.

—Yo no sé de dónde le vienen las rosquetas, che. Es ligero Rosqueta, no hay nada que hacerle, hay que sacarle el sombrero.

—Las conoce de memoria —reflexivo Vitaca.

Cristóbal se paró, dijo se iba para su casa porque podía quedarse sin colectivos, y hasta Lanús, sabés; dijo yo venía por si quería sacar algo, pero si ya se anotó solo mala suerte, otra vez será.

—Por lo menos se revienta ciento cincuenta mil ejemplares —le brillaban los ojos a Vitaca.

—¡Valiente!

—Mañana a la noche ya están los ejemplares en la playa, y a la tarde salen en avión para el interior —ya contando demasiado Vitaca.

Se sentían pasos en la escalera; probablemente la Esperpento Mayor. Cristóbal quería irse.

—Chau, saludá a Rosqueta.

Un saludo menos fervoroso que el anterior, en el pasillo destartalado del piso; los pasos pertenecían efectivamente a la Esperpento Mayor. Ella venía agitada, diciendo que estaba todo convulsionado, no sé, diosmío, no comprendo adónde iremos a parar, nos mataremos unos a otros, ah, están todos los individuos alterados. Cuando se calló y miró bien, saludó a Cristóbal.

—Tanto tiempo, señor Cristóbal, nos tenía abandonados, estaba perdido, qué satisfacción inmensa para mí volver a estrechar su mano.

Cristóbal y Vitaca se miraban mientras la Esperpento Mayor decía sus pavadas referentes a la alteración de los individuos y dónde iremos a parar, dónde.

—Esperate que bajo con vos —le dijo Vitaca a Cristóbal; le entregó a la

Esperpento (cosa que la hizo callar) un papel en donde había anotado las llamadas.

—Eres un amor, mi hijo —dijo la Esperpento Mayor dándole un beso—, cuánto te lo agradezco, si todos los individuos que habitan este mal mundo fueran como tú, jamás ocurrirían perversidades como ésta.

Bajaban.

LOS REVENTADOS

Reventados (sin un solo peso en las faltriqueras, sin siquiera poder salir a la calle, eternamente en la oficina fumando los cigarrillos que la noviecita de Willy les había obsequiado la noche anterior, mirándose, deletreando ocasionalmente algunas palabras tal vez salvadoras, algunas ideas que los rescataran del precipicio, esbozando alguna posibilidad de salvación, las posibilidades más delirantes, una revista sobre magia, algo sobre el prode, una campaña de publicidad), Willy y Cristóbal pasaban las horas. Pero un ring ring de ese teléfono que todavía no podían explicarse cómo seguía funcionando, teléfono que hacía varios meses no se pagaba, un ring ring de ese teléfono que a lo mejor había pagado la noviecita de Willy, nada más que para llamarlo, ah un llamado de alguien salvador, mesiánico, alguien sobre todo amigo. Sobre todo amigo, pero de los pocos, de esos que siempre uno encuentra cuando está en la ruina más final, de esos escasos amigos que saben o suponen que uno vive siempre a la deriva, dispuesto, preparado para salvarse. Sobre todo ese ring ring hizo que cambiaran repentinamente las petrificaciones de sus rostros, ese ring ring hizo que sonrieran aunque nerviosamente, se entusiasmaran. Era Mieres el del sindicato, un tipo posta de verdad, hará la suya, a mí no me interesa, está bien, se salva, lo único que tiene que hacer es seguirlos a los puntos por todos lados, pero gana bien, quizá algún día lo revienten pero es difícil, y si lo revientan quévacer, n'importa, en todo caso que se jorobe, cosa de él, además que no la pasa mal, viajó a España y todo, ligó viajes de garrón por todas las provincias cuando la campaña electoral, come y chupa bien, de primera, está en la suya. Sí, era Mieres el del sindicato que los llamaba para salvarlos, Mieres que les decía tengo un negocio para que se salven, Mieres que nunca se iba a enterar que los muchachos estaban reventados, Mieres que permanentemente iba a creer que "los muchachos andan bien", que los llamaba apenas para que hicieran un extra porque nunca estaba de más.

Cuando Willy escuchó: Willy, tengo un negocio para que te salves, ya estaba plenamente seguro de que se iba a salvar, de manera que le respondía haciéndose el salvado, hay que comportarse así, Cristóbal, aunque estés con la pata haciendo fuerza para salir nadie debe saberte reventado, únicamente que tenés problemas de banco, un cheque te rebotó, tenés que cobrar una guita grande y dulce y te tienen esperando, nunca, Cristóbal, atendeme, nunca hay que decir que no se tiene nada, nunca lo olvides, es el abecé del pedal.

Willy entonces alzó la voz, habló —digamos— con cierta agresividad,

utilizó un tono neutro, seco, cortante y lapidario, atendió como si no le interesara el negocio, como si ya estuviera hecho, cubierto, atendiendo cinco o seis negocios al mismo tiempo, atendió como si Mieres estuviera robándole minutos trascendentales, como si estuviera salvándolo a Mieres. Cristóbal se mordía los dedos; sacó otro kent del paquete adquirido por la noviecita de Willy: después de la primera pitada no pudo sacar sus ojos de los ojos de Willy, del rostro de Willy ya transformado, estirado, un rostro con probabilidades, un rostro que permitía una sonrisa larga y natural, como si pudiera, diciendo ah sí, ajá, correcto, puede ser, pero escuchame, Mieres, si vos tenés en tu poder las transparencias traelas y chau, las examino, si me interesan hecho, viejo, no vamos a andar con vueltas, porque sos vos y a vos te creo que las transparencias son inéditas, ya sé, ya sé, independientemente de la amistad que nos une, te aclaro, si vos decís que son inéditas hecho, ni una palabra más, son inéditas, no me hagas poner el capital y después, no, te digo, en otras circunstancias te digo directamente que sí sin mirarlas, pero ocurre que estoy esperando unos valores que no llegan y estoy anclado con una documentación jugosa, entendeme, querido, pero venite y lo charlamos. Willy sonreía, hablaba muy bajito ahora, seguro, canchero, ya casi era aquel millonario que sólo comía lomo de jabalí, le decía a Mieres por favor, hermanito, venite, haceme la gauchada; encendió otro cigarrillo, le guiñó un ojo a Cristóbal, le decía a Mieres: sabés qué ocurre, no puedo salir de la oficina, tengo un toletole largo hoy, no puedo salir. En realidad no mentía, pero no podían salir ni a la esquina, porque en la puerta o en el bar estaban haciendo celosa guardia los cobradores y el portero del edificio y el petiso cuervo y el impresor, etcétera, esperándolos ansiosamente esa colección ridícula de fotocromistas, impresores, actrices de fotonovelas y modelos, escribidores, fotógrafos y diagramadores que ya les parecían cuervos. Y en el caso de salir tendría que ser apenas para dar una vuelta manzana, porque entre los dos no juntaban ni para un café, y además tendrían que inventarle la historia a los acreedores, que todavía no se habían acreditado los valores del exterior, como yo le debo a usté me tienen colgado a mí, esto es una rueda, todos giramos.

Pero les quedaba la posibilidad de que apareciera el negrito Rocamora o cualquier otro pedalero de la misma clase, el Cohete o el Muñeco, para que les tirasen un huesito, un miserable huesito en forma de papel moneda banco de la nación argentina con la cara de Manuel Belgrano o de San Martín. Cuando Willy terminó de hablar con Mieres, miró a Cristóbal con una gran sonrisa, sopló, se estiró, levantó los brazos como desperezándose; al bajarlos se rascó la cabeza, juntó las manos, las entrelazó.

—Mieres trae unas transparencias inéditas de Perón. Para el 20 de junio es un golazo de media cancha.

Asombrados, los ojos de Cristóbal se podían caer.

—Vamos a ver qué se hace —agregó Willy.

Los ojos de Cristóbal ya no se caían.

—¿Son inéditas?

—Dice que las sacó él, en Madrid, cuando fueron a ver al viejo con el sindicato —respondió Willy, y puso las patas sobre el escritorio.

Antes de que llegara Mieres el del sindicato entró lentamente el negrito Rocamora, y antes de saludar a los muchachos puso porque sí un billete de quinientos pesos sobre el escritorio, cerca de los zapatos de Willy.

—¿Qué tal, negrito? —con una sonrisa Willy.

—Pedaleando —respondió Rocamora.

—¿Tus cosas bien?

—Se bicicletea, se hace lo que se puede.

Además es fundamental destacar en estos casos la sonrisa del negrito, una sonrisa solidaria, es todo un cuerpo el que sonríe: Willy y Cristóbal lo saben; ocurre que cuando uno está totalmente empatado, quinientos pesos, un simple billete azul gastado, arrugado, un tonto billete de quinientos pesos puede representar una fortuna y esto cualquier reventado lo puede asegurar. Con quinientos pesos se pueden comprar quizá hasta dos paquetes de cigarrillos, o un paquete de yerba y bizcochitos con grasa, pueden comprarse cafiaspirinas, tomar dos cafés. Willy, increíblemente Willy, que hasta hacía pocos meses gastaba quinientos pesos casi cada diez minutos, dejá, pago yo, qué tomás, Willy que era cierto que comía continuamente lomo de jabalí, Willy que viajaba y prestaba y hacía gauchadas y se prendía en todas, decía que no había aprendido a bailar el tango por no reculear, ganaba veinte millones en un negocio y perdía cinco millones en otro negocio (otra rosqueta, diría Rosqueta), o ganaba cinco y perdía quince, hasta que vino despiadada la marea.

Vino despiadada la marea y arrastró en su furia a los lomos de jabalí; desde que vino mal la perra esa no triunfaba en ninguno, perdía y nada le salía bien, puro desprestigio, cuervos en la puerta asediándolo, reprochándole.

—Muchachos —les decía a los cuervos Willy—, si la guita la tuviera yo. Si les debiera y me la hubiese jugado en el casino, pero miren, miren —y sacaba los bolsillos afuera.

Ah, pero igualmente a Willy los cuervos debían seguir fiándole, porque sabían que en cualquier momento se podría levantar, pasar al frente, volver a ser ganador y comer de nuevo el lomo de jabalí. Es que cuando Willy comía lomo de jabalí era peligroso, tenía los ases en la mano, reventaba.

Pero qué te pasa, Willy, no pegás una, hace meses que no embocás una, pero ya se te va a dar, estate seguro, es la malaria, la racha negra, las manos que vienen desviadas, pero ya va a cambiar, tranquilizate.

Muy pocos confiaban ciegamente en que se iba a levantar e iba a sacar la cabeza del pozo negro, e iba a ser poderoso de nuevo. Claro, los cuervos

temían que se levantara y al mismo tiempo querían que se levantara para cobrarle de una buena vez. ¿Y si se levantaba sin ellos?, o sea, ¿si no lo ayudaban a levantarse y se levantaba solo, si le protestaban los documentos o le iniciaban juicio y después se levantaba? No, mejor ayudarlo, mejor esperarlo; además que sin un peso, Willy conservaba intacta la pose del millonario que no permitía pagar a nadie una mesa, la pose fruncida del millonario que comía apenas lomo de jabalí. Pero ese lomo de jabalí era reemplazado ahora dolorosamente por unos miserables bizcochitos con grasa, gracias al billete azul gastado que les tiró Rocamora, por ese billete que valía por el gesto de Rocamora por lo menos un millón. Era una inversión que a (tal vez) corto plazo hacía Rocamora, porque sabía que cuando Willy se levantara, a él se le acabarían los problemas, el pedaleo trágico.

Rocamora dijo me voy del Boga Fumanchú a ver si tiene algo para caminar, una cobranza o quizá un expediente o quizá ir a apretar a alguien, voy a ver, muchachos, estamos al habla. Apenas alcanzó a enterarse por boca de Cristóbal que estaban esperando a Mieres, el de la pesada del sindicato.

—Tiene que traer unas transparencias de Perón.

Sonrió largamente Rocamora, escuchó; dijo se puede dar, a lo mejor con ese viejo atorrante se puede ligar algo, se fijó en el almanaque chiquito que estaba debajo del cristal del escritorio. Era 7 de junio, faltaban nada más que trece días para que retornara Perón. Dijo Rocamora el 20 de junio habrá un circo completo, un acto de la gran puta, van a venir negros de todas las provincias para ver al viejo ése, algo hay que hacer, sí, mucho mejor que ir a vender chorizos, sabés cómo camina eso, ¿no?, como por un tubo, se va a dar, muchachos, se tiene que dar, cómo no se va a dar, no puede ser una suerte tan turra. Los palmeó, los alentó, los hizo reír el negrito Rocamora hablándoles del viejo, y se despidió diciendo me voy del Boga a ver si tiene algo para salvarme.

Al subir la escalera que lo llevaba a la oficina del Boga Fumanchú, Rocamora sabía perfectamente que a esa hora no iba a estar, que estaría la secretaria solita solita, de manera que la subió deseoso o mejor dicho entusiasmado; al abrir la puerta (y oír que se había detenido el tecleteo de la máquina) se entusiasmó más.

—¿Cómo le va, señorita Ethelvina?

—Normal, señor Rocamora.

—¿No está el doctor? —preguntó seguro de que no estaba.

—Está en la Municipalidad, señor Rocamora, hasta las cinco no regresa.

Entonces Rocamora tuvo la evidencia interesante de que en la oficina no había nadie más que ella, ningún cliente, qué bien, de manera que la tomó del cuello a Ethelvina y le dio un beso de lengua y ella abrió exageradamente la boca: tenía gusto a pastilla billiken mentol. Rocamora apoyó su sobreportafolio en una silla, dispuesto como quien dice a ejecutar la acción correspondiente en folio uno, pero de inmediato sonó el teléfono, me cago en la ostia, y Ethelvina fue a atender, y por si fuera poco sonó también el timbre

de la puerta. Ethelvina, desde el teléfono, le dijo: señor Rocamora, si es tan amable puede abrir la puerta. Rocamora abrió la puerta: era Sotomayor, el viejito que le hacía la mineta a Ethelvina y también la mantenía y también la quería mucho, era el viejito industrial y minetero y reventado llamado Sotomayor que no sabía que Rocamora sabía que le hacía la mineta insistentemente a Ethelvina, y era además uno de los mejores clientes del Boga Fumanchú, era un industrial casado que tenía una hija de locura a la que ya le habían echado el ojo tanto Rocamora como Fumanchú.

Mientras el anciano Sotomayor le preguntaba a Ethelvina, ¿no dejó nada dicho para mí el doctor Vega, señorita?, Rocamora sacaba la lengua a sus espaldas, y Ethelvina apenas podía contenerse, porque ella también sabía que Rocamora sabía que Sotomayor a ella le hacía la mineta. Como si nada e inescrupulosamente Rocamora mantenía la lengua afuera detrás de Sotomayor, que preguntaba ostentosamente por el doctor Vega, diciendo que dudaba si esperarlo o volver más tarde.

Ethelvina no había tenido más remedio que relatarle la verdad a Rocamora, confesarle que sí, que ella mantenía relaciones con Sotomayor; tuvo que relatarle pormenores de su relación tan particular, y Rocamora se enteró entonces que porque no podía, ya no podía hacer uso normal, por eso solamente las relaciones eran linguales, y Rocamora quería saber más, quería saber todo, y ella se lo tuvo que decir.

Se lo tuvo que decir esa noche en que Rocamora había cobrado una comisión muy grande por la venta de aquel departamento despelotado de la calle Diagonal Norte, de ese departamento escriturado por el Escribano Muerto, amigo de Rocamora. Esa noche que el negrito tenía plata para tirar, para prepotentear a cualquiera, y la esperó a Ethelvina en la esquina de la farmacia de Corrientes y Paraná, cuando salía del estudio, y le dijo que no la había encontrado de casualidad sino que con premeditación y alevosía, y le dijo militarmente:

—O te venís conmigo a un hotel o te mato.

Y fueron, la mordió y la chupó toda, y se hizo contar la historia. Ethelvina lloró mucho diciéndole que sí: el departamento que tenía se lo había regalado el señor Sotomayor. Lloró toda la noche Ethelvina rogándole a Rocamora que por favor fuera la última vez, porque ella lo quería mucho al señor Sotomayor, y pensaba que estar con él era traicionarlo, porque Sotomayor es un hombre excepcional. Rocamora no pudo hacerse el asombrado porque lo sabía, ya se lo había contado el Boga Fumanchú, lo del departamento y lo de las relaciones linguales, y también el Boga había contado que también le hacía la mineta a su secretaria como correspondía, es jugosa, linda.

Se lo había contado a Rocamora aquella noche en la cantina cuando Mellipella dio una cena en honor del Boga Fumanchú por haberlo sacado de la cárcel. Esa noche que el Boga había bebido más de lo que acostumbraba, y contó no únicamente a Rocamora, sino a la totalidad de los asistentes a la cena, cómo se arreglaba para chupársela, apoyada en el escritorio, así, ven, es

refrescante, muchachos, mucho mejor que una coca cola en el verano, mejor que un tecito de boldo en el invierno.

Eso recordaba Rocamora con la lengua adentro, sentado, mirándolo a Sotomayor, sentado enfrente, y los dos esperaban sentados para quedarse solos con la señorita Ethelvina. Ambos fingían que debían esperar urgentemente al Boga Fumanchú y Ethelvina había retornado a su máquina de escribir.

—Hace frío, ¿no? —comentó Rocamora a Sotomayor.

—Sí —respondió el industrial.

—A lo mejor va a llover de nuevo —agregó Rocamora.

Hasta que emergió nuevamente la cara de Ethelvina, eligiendo, diciendo ah, señor Rocamora, me había olvidado, el doctor me dijo que si usted venía, por favor fuera a sellarle estos documentos. Le dio un sobre con tres documentos, un billete de diez mil prendido en el sobre con un alfiler de gancho. Rocamora metió el papelerío en su sobreportafolio, sabiendo que había perdido.

—Hasta luego —dijo, decidiendo no darle más bola a la enferma esa que se conformaba nada más que con la paleta, y pensando que era cierto lo que le había asegurado el Boga, que para Ethelvina, Sotomayor no era un punto, sino que auténticamente lo adoraba, y creo que sería hasta capaz de cohetearse por él, es una buena chica.

EN EZEIZA CON PERÓN

I

Había que estar en el puente doce muy temprano —o sea la noche anterior— para conseguir una buena ubicación, o sea para conseguir una buena banquina para el taxi guiado por el taxista que no muy gentilmente los había acompañado, pero cuando notó que ya no podía salir —o sea volverse — se puso gentil obligatoriamente y hasta admitió, con cierta resignación, que pegaran en las puertas y en el baúl del automóvil, cinco o seis pósters del General Perón.

Antes de llegar a la banquina definitiva, a unos respetables kilómetros de esa banquina, cuando comprendió que no podía volverse, el taxista bajó del vehículo y desde un bar-almacén solitario y peronista llamó por teléfono a su patrón para decirle que unos señores le habían alquilado el taxi a dos mil quinientos pesos la hora, y que estaba trabajando desde las nueve de la noche (era ya la medianoche) del 19 de junio, o sea que por lo menos debía trabajar con ellos hasta las nueve de la noche del 20 de junio. Eran entonces veinticuatro horas por dos mil quinientos, algo así como sesenta mil pesos. Entonces el patrón no opuso ninguna resistencia; apenas le recomendó una cantidad considerable de cuidados porque vos sabés cómo son los peronistas.

Gorilón de mierda, pensó el taxista al colgar; después el pensamiento se le transformó en palabras, gorilón de mierda, dijo, primero se lo dijo hacia adentro y después se lo dijo al negrito Rocamora, le dijo que tanto él como su padre como su abuelo como toda su familia eran peronistas, vas a ver, negrito (porque se había hecho amigo de Rocamora que, ya en la banquina, dormitaba en el coche, mientras Cristóbal y Willy y los pedaleros hacían rollitos con los pósters, los pegaban con scotch), la cantidad de muchachos del barrio que voy a encontrar, vienen todos, y el taxista miraba cuántos fogones se habían hecho, y escuchaba guitarras y bombos que —en la noche — emocionaban.

—Hoy Parque Patricios estará completo —dijo el taxista, mientras Rocamora con los ojos cerrados le respondía que sí, iba a ir mucha gente.

Era un trabajo que no podía negar que lo entretenía, porque además de no tener un pito que hacer probablemente podría cantar o manifestar o dedicarse a encontrar conocidos o gritar por la patria peronista hasta que concluyera la concentración; si de paso que estaba en Ezeiza recibiendo a Perón (si igual iba a ir) estaba ganándose unos pesos. Lo único que jorobaba eran los chistes que tenía que aguantarse, chistes que provenían de los ojos semicerrados del negrito Rocamora, un negrito que le había caído muy bien, era muy

simpático, pero lo había tomado de punto diciéndole a cada rato:

—Te van a cagar estos atorrantes, cuidate que son liebres, no te van a tirar un mango.

—¿De veras, negrito? —le preguntaba continuamente el taxista, mientras amanecía.

A veces el negrito le respondía sí, o no, o simplemente no le respondía, cerraba los ojos, abría la boca.

—No, es joda —respondía quizá—, ves ése, ese que le dicen el Willy.

—¿El capo? —preguntaba el taxista.

—Sí, el capo, lo ves así, de esport, pero ni te imaginás la guita que tiene, con decirte que se pasa semanas enteras en el Sheraton, el hotel ese bacán, viste.

Lo peor era que se reía, o peor aún, que trataba de aguantar la risa; el taxista (a quien ya Rocamora había apodado Tachito) lo miraba reír, o aguantar, pensando, con un poco de temor, que esos tipos a lo mejor pretenderían "pasarlo".

—Por mí en el fondo no me importa, negrito, porque igual yo iba a venir a recibirlo a Perón, pero al patrón qué le digo, ¿eh?, qué te parece que le puedo decir, es un gallego cerrado, un gorilón.

—No, quedate tranquilo, te estoy jodiendo —súbitamente serio Rocamora —. Sabés, tienen cualquier cantidad de guita. Con decirte que Perón le mandó una carta a Willy, pidiéndole que se fuera a España con Cámpora, así se venían después juntos en el charter. No te miento.

Tachito no podía con él; además, Rocamora hablaba con los ojos cerrados, cruzado de brazos.

—Y Willy no aceptó. Le mandó otra carta a Perón, yo la leí. Le puso: General, déjese de joder, prefiero estar en Ezeiza con la clase trabajadora y el pueblo, vendiendo fotos suyas, como un peronista de la primera hornada.

Precisamente, era en esos momentos cuando Tachito lo mandaba al carajo, decidiendo que con el negro no podía hablar en serio, pero sabiendo que le había clavado bien adentro de su peronismo, una espina grandota, un temor cierto, jodido: ¿y si no le pagaban?

De la oficina del Boga Fumanchú, Rocamora salió maldiciendo al señor Sotomayor por lengua larga; ni remotamente tenía la intención de hacerle caso a Ethelvina e ir a sellar los documentos a Tribunales, tarea por otra parte decididamente torpe, rutinaria. Aunque a lo mejor su imaginación o sus ganas mentían: probablemente sí iba a ir a Tribunales, porque necesitaba hacer algo y no por otra cosa, necesitaba caminar, meterle duro al pedaleo cosa de salvar aunque sea los cigarrillos, un café. En realidad sobraba el tiempo para sellar los documentos en Tribunales, atendían hasta las seis, seguro, de manera que con el acostumbrado sobreportafolio en la mano, empezó a caminar sin saber adónde, buscando. A quien menos hubiera deseado encontrar en la esquina de Corrientes y Paraná, pidiéndole fuego a un tipo, diciéndole muy amable al tipo, mirando heroicamente hacia el Politeama, inaguantable, reventado, era a Álamo Jim. Pero Álamo Jim ya lo había descubierto.

—¿Qué hacés, negrito? —estirando la diestra Álamo Jim.

—Pedaleo —respondió el negrito, y le dio la mano.

Pensándolo bien, a lo mejor sí hubiera preferido encontrarlo a Álamo Jim, a un trastornado definitivo como Álamo Jim; era muy entretenido encontrarlo y enterarse de que al hijo de mil puta cornudo y guacho recalcitrante de Rosqueta lo iba a estropear, lo iba a cagar a balazos si seguía haciéndose el loco.

—Te parece, negrito, cómo me va a bicicletear a mí —dijo Álamo Jim—. Sabés, ¿no?

Pero cómo no lo iba a saber; sabía detalladamente Rocamora qué le había hecho Rosqueta, se lo había contado a la mañana Rosqueta, la noche anterior estuvieron comentándolo con Vitaca, también se lo había contado en repetidas oportunidades el propio Álamo Jim, pero Álamo Jim tal vez se había olvidado. Pero qué demonios se va a olvidar, es cargoso, su mayor dificultad. Rocamora decidió hacerse el burro, escuchar otra vez la común historia del cheque, si total en el fondo lo entretenía, y además tenía que hacer tiempo para ver si pasaba el Ladrón de Expedientes. Entonces Álamo Jim volvió a relatarle por —al menos— vigésima vez, que el piojoso e inculto de Rosqueta le había dado un cheque de doscientas lucas, que en números, negro, arriba, decía doscientas lucas, pero abajo en letras, el ladino coyote escribió cien, qué querés, en ese momento no me di cuenta.

—Pero cómo te pasó —riendo Rocamora—, es un galgo Rosqueta, tiene un pique bárbaro, está bien, que se salve.

Sí, me pasó, pero cuando lo agarre o me paga o le encajo cinco balazos, decía enardecido Álamo Jim, mientras Rocamora sonreía, lo cebaba, le decía no vayas a verlo hoy, petiso, porque Rosqueta no está, se fue al Sheraton, tiene una rosqueta importante con una conexión que le vino de Venezuela creo, qué sé yo, no creo que se aparezca hasta el lunes.

Inventaba Rocamora; decía me da la impresión que vos le caíste mal, y yo sé por qué le caíste mal, qué querés, tiene razón, él te dio la llave de la oficina para que trabajaras tranquilo, te dio todo, te dejaba usar el teléfono como si fuera tuyo, Álamo Jim, y muchos culos iban a verte, a visitarte a la oficina, culos por aquí, culos por allá, no se podía caminar por la oficina porque te encontrabas con un culo, y Rosqueta, pobre, es humano, no podía tocar ninguno. Me lo confesó, Álamo, te juro por la salud de mis hijos que me lo confesó, pero tragatelá, no se lo cuentes a nadie.

Entonces Álamo Jim se enardecía más, repetía que Rosqueta era un turro, y poco hombre, porque yo, negrito, no soy entregador de mujeres, eso no me interesa, Rosqueta es un garca, una piltrafa, lo voy a matar. Decía Álamo Jim éste es un ambiente pútrido, lo asqueaba, iba a largar todo al demonio, voy a dejar de escribir fotonovelas y cuentos pornográficos, vas a ver que ni a Rosqueta ni a nadie le entrego un trabajo más, voy a trabajar exclusivamente para Columba, sabés, me ofrecieron cincuenta mil pesos por historieta, en tres horas las escribo.

—Me alegro, de corazón, Álamo Jim.

—La gran perra, no me llames Álamo Jim, que sabés que no me gusta, me pone frenético.

—Está bien, guardabosque, custodio, cuidador.

Ya Álamo Jim, desesperado y cargado, estaba casi con ganas de desenfundar el revólver y amasijarlo en la puerta del saloon, o sea del Politeama, colocarse los guantes como hubiera hecho el verídico Álamo Jim, caminar diez pasos hacia atrás, de espaldas, o sea hacia el medio de la calle Corrientes, darse vuelta y bang bang, Rocamora caería sangrando, mordería el polvo amargo de la derrota, moriría. Y Kid Rosqueta, desde una ventana, a traición el muy sucio ladino coyote lleno de pulgas y mugriento, estaba apuntándole con un rifle, o sea desde una piecita de arriba de la Premier o por ahí. Pero Álamo Jim, alertado por un desaforado grito de Liliana: ¡Cuidado, Álamo Jim!, se arrojaría con vehemencia al piso, y desde el piso dispararía contra el ventanal de Kid Rosqueta, bang bang, y el bandido Kid Rosqueta caería pesadamente hacia la calle, o sea hacia Paraná. Liliana, la muchachita dulce y sureña y morena, lo abrazaría, y en el otro cuadro, con un beso, podía terminar felizmente la historieta.

—¿Qué carajo te pasa? —preguntó Rocamora, ajeno a la fugaz creación de Álamo Jim, sin imaginar que Álamo Jim Roitenberg había cocinado mentalmente una historieta cruel, violenta, apasionada de Álamo Jim. Una historieta que sólo faltaba mecánicamente escribirla, eran cincuenta lucas, pero si iba a escribirla perdería de vista a Rosqueta, el único que podía

garantizarle una presencia en el hipódromo el fin de semana, si le arreglaba el viejo asunto del cheque.

Entraron al Politeama a tomar un café, puesto que Rocamora le había insistido vení vamos a tomarlo, olvidate de tu problema, si tu problema tiene solución de qué te preocupás, si tu problema no tiene solución de qué te preocupás, ma dale, entremos, con tal de que se nos pare, Álamo Jim, la vida es linda, es hermosa, es grande, solamente tenemos que rogarle a Dios para que siempre se nos pare, y el día que no se nos pare más, Álamo Jim, sí que nos haremos problemas por cualquier macana, o nos coheteamos.

—Dos cafés.

Nos encajamos un reverendo tiro bien en la cabeza, o en la garganta, macho, es temprano, sos muy pendejo para hacerte malasangre, son recién las cuatro de la tarde, todavía queda algo de tiempo para pedalear, para salvarnos.

Pero los cafés debieron ser abonados por Álamo Jim porque Rocamora le dijo que andaba checonato; además Álamo Jim debió facilitarle quinientos pesos porque Rocamora dijo que no tenía para caminar; además Álamo Jim debió sonreír a la fuerza cuando Rocamora le dijo vos sí que estás salvado, escribís esas estupideces y te salvás, estás hecho. Aunque la sonrisa le duró poco a Álamo Jim, mejor dicho, apenas le duró la primera vez, porque cuando Rocamora volvió a repetirle escribís esas pelotudeces y te salvás, no tuvo más remedio que rebatirlo. No lo admitió, Álamo Jim era un gran escritor, un creador de la puta madre, yo tengo una novela escrita que me la va a publicar Brughera.

—¿Cómo se llama? —Rocamora.

—*Voy a decirles qué es el amor* —dijo Álamo Jim.

Rocamora se reía agarrándose la cabeza, le dijo andá y salvate pero no te creas el monumento, mientras Álamo Jim pensaba que el pobre negro era un profano, no valía la pena discutirle. Ni contarle, aunque varias veces se lo había contado, lo había aburrido, contarle que si no tengo plata no puedo escribir, ni dormir, ni fifar, contarle que para mí diez lucas no son guita, contarle que para sentarme a escribir una historieta, negro, tengo que tener por lo menos cien lucas en la billetera, un buen whisky, una hermosa hembra, y sin querer se lo estaba contando, de nuevo.

—Si ando seco no me sale una letra, negro, no puedo.

Sin embargo Rocamora le decía no digás macanas, no te la creas, seguí con Rosqueta que tenés la mosca segura, te salvás, hasta que Álamo Jim golpeó furiosamente la mesa diciéndole ¡basta!, pero sin poder dejar de sonreír, al ver la cara con que le hablaba el negro.

—Cinco cuentitos pelotudos por semana y te salvás, te llevás la mosca, los tomates, los loritos, veninún, no tenés necesidad de pedalear, tenés tus minas, lo único que tenés que aflojar para andar bien es una mina a Rosqueta, cada quince días, qué te cuesta, Rosqueta se enoja porque no le pateás ninguna, y eso no puede ser, hay para todos, Perón lo dice, pensalo bien.

—¡Son amigas! —dijo Álamo Jim, alterado.

—Ma qué amigas si todas esas van al frente como en la guerra. Entregale una aunque sea, a la Liliana esa que te tirás vos, si total es un feto.

—¡Callate!

—Si se nota que es bien facilonga, de averías, tiene más empujones que mostrador de boliche. O la petisita esa, dale que a Rosqueta puede quedarle justita. Qué querés, Álamo Jim, todas te visitan, todas te franelean, tienen pinta de fatitos, y al pobre Rosqueta no le dejás tocar un culo.

—¡Callate!

—Pero por favor, cómo Rosqueta no va a llamarte el cuidador de entrepiernas, el custodio de las vaginas, tiene razón, lo dice por todos lados y tiene razón. Cómo no te van a llamar el judío guardabosque, pero no me hagás el verso a mí de que son amigas porque yo soy capaz de agarrar avestruces reculando, tirale una.

Álamo Jim abría mucho los ojos, pitaba permanentemente su pucho, transpiraba.

—Si total Vitaca ya te las voltió a todas, decime que no te diste cuenta, o también la vas de cornudo.

—¡Mentira! —exaltado Álamo Jim.

El negrito le mentía que había visto a la Adriana esa que la va de actriz con Vitaca, en un renuncio raro, mirá... yo no quiero decir nada... pero me parece que se acostó hasta con la Liliana.

No podía soportar más Álamo Jim, decía que el negro estaba inventando falacias (sic). Rocamora pensaba levantarse para ir al baño, pero vio que Rosqueta caminaba lo más tranquilo por Paraná. Era una lástima decírselo a Álamo Jim, para qué, si después de todo lo divertía; y entre quedar bien con Álamo Jim o con Rosqueta, mil veces se quedaba con Rosqueta, si daba más posibilidades de pedal.

—¡Qué me decís! ¿Te lo imaginás a Rosqueta ahora? El loco fumando importados, un buen whiscacho en el Sheraton, para él es muy fácil ser bacán.

—No me hablés más de ése, por favor —Álamo Jim.

—Pero yo me pregunto una cosa —venenoso Rocamora—, cómo no va a ir al Sheraton, te caga doscientas lucas a vos, cien al otro, medio millón al otro.

Reía, tapándose la boca Rocamora, sabiendo que Álamo Jim estaba por estallar; se sacó la mano de la boca solamente para decirle, en medio de una carcajada:

—¡Cómo te cagó!

Al comprobar que Rosqueta había desaparecido y que Álamo Jim no se había dado cuenta, agregó:

—No le entregues, jodete.

Siguió cebándolo, perdiendo el tiempo, mirando continuamente la ventana, hasta que dos miradas más tarde encontró a quien estaba esperando: por la vereda de enfrente, altanero, caminaba el Ladrón de Expedientes,

rumbo a la Premier. Después de sacarle un nuevo cigarrillo, dijo a Álamo:

—Ahora vengo, esperame un cachito, escribite alguna pelotudez.

Salió; respetuoso, esperó que viniera la verde en el semáforo. Cruzó, entró en la Premier: en una mesa del costado, leyendo el diario, estaba el Ladrón de Expedientes. Rocamora se sentó a su lado.

—¿Vio eso?

—Sí —respondió el Ladrón—, es pesadito, eh. Dos millones y se arregla.

No le dijo más nada; se dedicó a leer su diario, como dando por concluida una audiencia. El negrito se fue: volvió a pedalear por la calle Paraná, dobló por Tucumán, se metió en Tribunales, selló los documentos. Decidió retornar por la oficina de los muchachos, para saber si tenían alguna novedad de las fotos de Perón. Pero antes se le ocurrió pasar por lo de Rosqueta, para decirle que le avise al punto del supermercado que quemar el expediente ese le iba a salir, por lo menos, dos millones trescientos mil. Vio que por Uruguay avanzaban peligrosamente las dos Esperpentos; probablemente se iban hacia el Píccollo: el negrito las esquivó, menos mal, a esa hora no tenía ganas de aguantarlas.

II

Willy desparramaba gente por doquier; había mandado al Cohete y al Muñeco para la concentración del Namuncurá, y a los demás, siete en total, los desparramó a doscientos metros de distancia cada uno, cosa de cubrir un kilómetro y medio, desde 200 metros antes del palco en que hablaría Perón, hasta el primer vendedor. Pronto se agregarían el Cohete y el Muñeco, cuando retornaran de la concentración del Namuncurá, y ellos serían móviles, caminarían a lo largo del kilómetro y medio. Los demás pedaleros, parados, sin moverse de sus banquinas respectivas. Profundizó casi científicamente, dijo que era la mejor manera de diagramarlos; argumentó que quizá no le comprarían al primero, pero ya lo iban a ver, quizá al segundo tampoco, pero ya lo verían otra vez, o sea que les crearían la necesidad de adquirirlo, de llevárselos a sus casas.

—Porque a fuerza de repetición un producto bueno se impone, Cristóbal, eso es fija, vas a ver.

Cristóbal ni siquiera decía que sí, ni siquiera contestaba; apenas obedecía. Porque lo que Willy afirmaba era ley; porque si hacía caso a Willy iba a salvarse para toda la vida. Otro que lomo de jabalí, iba a comer más caro todavía. A su mujer, al llegar por las noches, le tiraría fajos de billetes en la cara, los tiraría por el aire, se deleitaría mirándolos llover, billetes verdes, rojos, su mujer se callaría la boca, lo admiraría, no trabajaría más, contrataría a una muchacha para los quehaceres de la casa, le compraría un Fiat ciento veintiocho para que fuese al supermercado, para que llevara y trajera los chicos del colegio.

Deseaba Cristóbal, con muchos pósters del General Perón en la mano, con diplomas de bienvenida al General Perón en la otra mano, con más pósters del General Perón bajo el brazo, y sin siquiera cien pesos en el bolsillo como para tomarse un café.

Oh un café imprescindible a la siete y media de la mañana, sobre todo si desde el día anterior que no comía; no sólo porque no tuviera dinero: eso se habría solucionado de alguna manera. Sino que por los pósters del General Perón, porque estuvo haciendo rollitos, pegándolos con scotch, desde las tres de la tarde de ayer, hasta hacía muy pero muy poquito.

La sonrisa del General Perón y los ojos del caniche del General Perón se distinguían claramente en la transparencia; Cristóbal decía que la transparencia era estupenda, nítida, fenomenal. Además que nadie la tenía, Mieres se había encargado de recordárselos a cada minuto, visiblemente orgulloso de haberla sacado él, de haber inmortalizado esa imagen con la cámara leika que le había facilitado su primo, al enterarse de que, por el sindicato, iba a visitarlo a Perón.

—Tiene una pinta el viejo que mata —dijo Mieres, anhelando que prosiguieran agradeciéndole esa gran proeza, le agradecieran la culpabilidad de tener ahí, en esa oficina oscura, una cara jamás publicada del General Perón.

Tenía Perón —se notaba perfectamente— zapatos blancos, estaba cruzado de piernas, una camisa bordó, un pantalón blanco, el caniche blanco haciendo juego con los zapatos y el pantalón; los dos sonreían, mirando la leika del primo de Mieres.

—Qué perro macanudo parece —dijo Cristóbal; Willy asentía.

Mieres dijo sí, era un perro macanudo aunque un cacho hinchapelota, dijo era cargoso, se perdió luego en una maraña generalizada acerca de la bondad y fidelidad de los caniches, exposición que, aunque los muchachos juzgaban necesaria atender, les importaba un pepino.

Sin embargo tuvieron suerte: un cuarto de hora más tarde a Mieres se le ocurrió mirar su reloj (también lo había comprado en Madrid), dijo que tenía que irse con Lorenzo a un lado, dijo no pensaba cobrarles nada por las transparencias, se las regalaba, sálvense, muchachos, si el negocio va muy bien después me tiran un par de lucrecias, y se tanteó el bufoso.

Se acomodó el bufoso y se fue enseguida demostrando estar contento porque había hecho una obra de bien, porque vería probablemente impresa la imagen del General Perón que él con sus propias manos gatilló con la leika del primo, en Puerta de Hierro. Cuando se fue de veras, Willy y Cristóbal se miraron con cierto entusiasmo, Willy dijo había que meterle pata porque Perón regresaba el veinte, quedaban apenas trece días. Ma qué trece días, apenas nueve días hábiles, porque era viernes 7 de junio, fijate, tenemos dos sábados y domingos, si lo hacemos tenemos que recontrapurarnos, mandarlo al fotocromista hoy, ya.

Se miraron sin hablar, sin hablar miraron hacia la lamparita: era excepcional, cierto; se frotaban las manos, pensaban en voz alta, pronunciaban reiteradamente las palabras papel, fotocromo, imprenta, palos,

salvarse. Pero obviaron esos inconvenientes transitorios; ambos sabían que de algún rincón iban a rebuscar para financiar los materiales. Entonces coincidieron en que lo mejor era planificar, o sea hacer los números correspondientes, como si ya tuvieran la facilidad necesaria para cubrir los gastos. De lo que estaban convencidos era de la ganancia; sería colosal, demoledora, tendrían que traer el dinero en carretilla desde Ezeiza, montañas de guita.

—Porque mirá, Cristóbal, con esta transparencia sale un mural de... mm... por lo menos cincuenta por sesenta, en papel ilustración o papel de póster, n'importa —cerrando los ojos para mirar hacia adentro Willy, concentrándose —, si hacemos de esos de cincuenta por sesenta, unos, ponele... sesenta mil, o cincuenta mil, a ver... a ver... imaginate, claro, se pueden vender a quinientos pesos cada uno, en colores, bravo.

Sin embargo Cristóbal, atinado, propuso una modificación al planteo de Willy, mejor dicho una perfección, así tenemos más defensa, entendeme. Le dijo con la misma transparencia del caniche, además de hacer los pósters grandes que decís vos, podemos hacer otros más chicos.

Dibujó su idea Cristóbal.

—Doblado, ves, como si fuera un folleto. En la tapa le encajamos la transparencia, fijate, la jeta de Perón, todo un kilo. Al abrirse, del lado de adentro le metemos, yo qué sé, palabras de Perón, frases, hay montones, o las veinte verdades del peronismo.

—Claro —entendió Willy—, podemos hacer como si fuera un diploma, o una carta de Perón a su pueblo.

—Eso mismo, como una carta de agradecimiento al pueblo, por haberlo ido a esperar a Ezeiza. Y le encajamos la firma de Perón abajo —dijo Cristóbal—, sacamos la firma de cualquier solicitada.

La idea era magnífica, pensó Willy, pero también, como toda idea, perfeccionable, porque se le ocurrió meterle algo en la parte de atrás, la contratapa, viste. Repentinamente Cristóbal propuso meter una foto de la Eva, hay tantas, pero se arrepintió de inmediato porque había que mandar a hacer otro fotocromo, y eran más gastos; además Willy dijo que estaban publicadísimas las fotos de la Eva.

—Para ser novedá, tenés que conseguir por lo menos una foto de la Eva desnuda —Willy.

Rieron un poco, les hacía bien. Cuando detuvieron la risa, fue Willy quien enunció la justa.

—Listo, le encajamos los dedos de la victoria, en Ve, y le hacemos dibujado el escudo justicialista.

—Suficiente —Cristóbal.

Cristóbal hizo el mono en unos instantes; ya imaginaban a Perón con el perro en la tapa, la leyenda adentro: el negocio pintaba.

—Podemos hacer así —Willy—, fijate. Hacemos cincuenta mil pósters grandes, y cincuenta mil diplomas chicos. El póster lo podemos meter como

por un caño a 500 pesos cada uno. Es un póster gigante, no te olvides. Y el diploma chico lo mandamos como contrapeso del póster grande, porque atendeme, un negro puede que no disponga de 500 pesos para comprarse un póster gigante, pero cómo no va a poder gastarse 200 pesos en el diploma chico, no le hace nada, es chaucha, y un buen recuerdo.

—Además que a 200 pesos el diploma de bienvenida es barato. Y va a quedar un kilo —aseveró Cristóbal.

Se fue a preparar el mate Willy, mientras Cristóbal hacía cálculos, anticipando el presupuesto; era, como comentaban siempre, una verdadera máquina calculadora, imposible que se equivocara, si se conocía los costos de memoria. Cuando Willy le trajo el primer mate, ya tenía el presupuesto preparado.

—Esto nos sale alrededor de un millón ochocientos mil pesos, ponele dos millones, bah.

—¿Cincuenta mil grandes y cincuenta mil chicos?

—Sí.

Descontó Willy que estaba bien hecho; no podía salir ni más ni menos. Al recibir el mate se golpeó la frente.

—Con que vendamos cinco mil de 200, y dos mil de los grandes, a 500, estamos cubiertos, hechos.

—Tenemos que vender, cómo no vamos a colocar cinco mil y dos mil —se frotó las manos Cristóbal— además que...

—Van a ir a Ezeiza por lo menos tres millones de ñatos —interrumpiéndolo Willy que, dueño del mate, mordió un bizcochito con grasa.

—Con que vendamos nada más que cinco mil de cada uno —Cristóbal—. Son dos palos y medio por los grandes, un palito por los diplomas chicos, son tres millones y medio de pesos, dos millones de gastos, uno y medio de ganancia, para un día de trabajo no está mal.

Ya estaban entusiasmándose demasiado y no era para menos, porque Willy dijo que si con tres millones de negros no vendían diez mil cada uno, se pegaba un tiro.

—Sería entonces —calculó Cristóbal— cinco millones por los grandes y dos millones por los chicos, o sea siete millones de mangos, dos de gastos, ponele tres, nos ganamos cuatro palos, dos para cada uno, yo me conformo.

Eso, sin contar lo que podrían hacer con otros vendedores.

—Cristóbal, ponemos diez vagos a vender, les damos doscientos por los grandes, y cien por los chicos, son buenas comisiones. Para pucherear, nada más.

—Sí, eso de extra, lo importante que lo que vendamos nosotros sea todo guita dulce. Qué lástima que yo no tenga pasta de vendedor, no sirvo.

—Pero no te preocupés, esto no tenés que venderlo, te lo vienen a comprar, los negros te lo sacan de la mano, van a hacer cola —con seguridad Willy.

Se miraron como sin creerlo; Willy, al ponerse en la boca otro bizcochito,

lanzó al escritorio otra emotiva probabilidad:

—¿Y te imaginás que vendamos veinte mil de cada uno?

—¡Valiente! —Cristóbal.

—Hecho —Willy.

Era fabuloso, porque también cabía la posibilidad de que vendieran treinta mil de cada uno, y el resto lo venderían los muchachos, Rocamora, el Cohete, el Gallego, el Muñeco, Expósito, Pagliaro, el Chopo.

Lo que quedaba (si quedaba), lo quemarían con cualquier distribuidor de provincias, o para los sindicatos. El negocio era indudablemente completo, no tenía mayores riesgos; Cristóbal permaneció un rato mirando la transparencia elegida, mientras Willy, agresivo, llamaba al fotocromista. Le decía tengo un trabajo que.

Sabía: el fotocromista no podía negarse, ni tampoco podía argumentar mucho trabajo atrasado, o tan urgente, no podía; en realidad, no podía negarse a nada, porque Willy le debía mucho dinero, lo podría colgar, debía darle una mano para ver si cobraba lo viejo. Les debía a él, a distribuidores, a impresores. Además Willy en cualquier momento podía pasar al frente, cambiar nuevamente un coche por semana, invitar a cenar a treinta tipos, comprarse un traje cada dos días. Podía elegir a quién le daba trabajo. Willy contaría, recomendaría, fulminaría a quien se le antojase.

Cuando los acreedores (los cuervos) lo acosaban, Willy les decía:

—Es un honor para usted que yo le deba. Se está capitalizando. Es una inversión que está realizando a plazo relativo. Siempre recuerdo a quien me da una mano.

O si no:

—Mire, no puedo abonarle. Si me corta el crédito no puedo seguir la rueda. Y usted no cobra más, por supuesto. Si voy bien y me tiene confianza, nos salvamos todos.

O si no, en el peor de los casos, y despreciativo:

—¡Hágame juicio! ¡Parece mentira!

Mientras contemplaba las transparencias, Cristóbal escuchaba a Willy; admiraba con qué facilidad impartía órdenes, instrucciones al fotocromista. Volvió a pensar: si no pasaba al frente con Willy, no pasaba con nadie.

De repente entró el negrito Rocamora; presenció el cambio de caras, se alegró. Observó, a instancias de Cristóbal, la transparencia hacia la luz.

—Qué pinta —rió Rocamora.

Apenas había terminado de apoyar su sobreportafolio en el escritorio; Willy se le acercó.

—Negrito, haceme una gauchada, llevale esto al fotocromista, él sabe.

Rocamora puso el negativo en el sobre, sonrió, se fue; mientras tanto, Willy y Cristóbal se miraron como diciéndose de dónde carajo sacamos el papel, pero absolutamente convencidos que de algún rincón iba a salir.

—Si no te ponés, el papel no te lo bajan, son turros —Willy.

Irremediablemente, había que ingeniárselas: tocar a algún amigo que ande

en la buena, y deba favores, pero ya no quedaban. O alguien que no pudiera darles la espalda. Se ingeniaron: Rosqueta le resultaba repulsivo a Willy, pero no tenían otra alternativa.

III

Póster, póster, a los mejores póster del General, compañeros, póster, a los más bellos póster del General, llévese uno de recuerdo, póster, recuerdo de este día inolvidable, compañero, póster, póster, en este día de fiesta patriótica, día peronista, compañeros, póster del General, póster del Líder de América, póster, póster, póster.

Con qué habilidad, con qué cancha, con qué inteligencia, pensaba Cristóbal mirándolo a Willy, repitiendo delicadamente Willy póster póster del General a los más hermosos póster de nuestro hermoso General. Willy los ofrecía mejor que nadie, es inigualable; no es tan rústico como el Cohete —pensaba Cristóbal— o como el mismo negrito Rocamora, que gritan:

¡A las fotos a las fotos!
¡A las fotos del macho, muchachos!

A Willy la gente lo miraba más, él tenía mucha calle, cuánto que tenía que aprender de él, pensaba mirándolo permanentemente. Pobre Cristóbal, ni siquiera ofrecía y Willy eso lo sabía entender; no servía para la venta, no tenía cara, no le salían las palabras. Para la venta, sabía Willy, uno tenía que nacer; de manera que Cristóbal era una especie de coordinador y se suponía innecesario. Pero por las dudas llevaba unos cuantos pósters en la mano, por si algún peronista le pedía, por si algún peronista caído del cielo le compraba un póster, sin necesidad de que le ofreciera. La chancha y los veinte, quería.

Aunque todavía era muy temprano, faltaban algunos minutos para las ocho de la mañana; Willy ya le había anticipado:

—Ahora se viene la mejor hora, el grueso. El grueso de gente, Cristóbal, entre las ocho de la mañana y las doce, vas a ver, esto será un desastre, vamos a tener que alquilar nomás la carretilla.

Mientras tanto, Tachito se había acostado en el asiento delantero del Falcon, con el propósito de dormir un poco pero no podía, era inútil que se empecinara en cerrar los ojos, en primer lugar porque no tenía sueño, y además porque cada vez que escuchaba un bombo levantaba la cabeza para ver cuántos eran, y para alegrarse y para gritar —desde adentro del auto— las consignas o simplemente: Perón Perón. Hasta le dieron ganas de ayudar a

los muchachos y vender él también, pero en realidad tenía cierto temor de que lo encontrase un conocido del barrio y lo quemara. Más que temor sentía vergüenza, porque, como le había contado antes al negrito Rocamora, probablemente los padres de su novia iban a pasar por ahí, temprano, y casi toda la familia se venía para Ezeiza.

—Si mi suegro hace dieciocho años que espera, negro —le había dicho, en el Falcon, pero el negrito no le había dado bola porque estaba medio dormido.

Póster póster póster a los auténticos póster y con papel francés de póster de nuestro querido General, póster del maestro de la táctica, compañeros, gritaba Willy; como le había aclarado a Cristóbal, era mejor atacar con los pósters por la mañana, cuando viniera el grueso, y cuando volviera el grueso, después de que hablara Perón, atacarían con los diplomas de bienvenida y recibimiento.

—Acordate, Cristóbal. Cuando la gente salga nos los van a sacar de la mano, los diplomas se van a vender como pan caliente, será una papa, andá consiguiendo la carretilla.

Póster póster a los maravillosos póster de nuestro maravilloso General; Willy veía que Rocamora había abandonado su puesto en la banquina y venía caminando hacia él, lentamente, ya se le estaba acercando. No le preguntó qué quería porque se le arrimó una viejita para preguntarle cuánto valía la foto.

—Quinientos pesos, abuela —respondió Willy.

—Qué ladrones —dijo la viejita; Willy sonrió.

—Se me enojó la abuelita —dijo Willy, simpático.

La abuela siguió su camino, maldiciendo a los ladrones, envuelta en una bandera argentina.

Póster póster póster a los magníficos póster del General; se le había arrimado Rocamora.

—Dicen que vienen unos con banderas verdes. Son de la Juventud Sindical Peronista, los de Rucci, viste. ¿Sentís? —preguntó Rocamora—, oí el quilombo que hacen.

Póster póster póster de nuestro idolatrado General y estaban aproximándose alrededor de setenta tipos con banderas verdes, y cada tipo traía un bombo, por eso hacían tanto barullo, si hasta parecían más.

Póster póster de nuestro heroico General y todavía Willy no había vendido un solo póster y claro, si todavía no había comenzado a caer el grueso, Cristóbal, fijate, la gente que caminaba era suelta, no ves, muchas familias, chicos, matrimonios, alguno hasta con un perrito; continuamente pasaba gente desfilando y Willy ofrecía, con mucha cancha póster póster del General, pero la gente lo pasaba de largo. Como alambre caído, pensaba Rocamora.

A los póster póster del mago de la Reconstrucción Nacional y la Argentina Liberada póster póster del General y de vez en cuando Willy se miraba con el vendedor de escarapelas a cien pesos y con el vendedor de dedos plásticos y

gigantes en forma de *ve* y con el vendedor de banderines con las caras de Cámpora, Isabel, Evita y Perón y con el vendedor de banderines con la cara única de Perón y con el vendedor de gorritos celestes que decían en blanco Perón y con el vendedor de cintas con los colores patrios y con el vendedor de azulejos para cocina que tenían la cara de Perón y con el vendedor de vasos irrompibles con la cara de Perón y con el vendedor de calcomanías y postales y almanaques y láminas y mariposas con la cara de Perón y todos se miraban como cómplices, se guiñaban, esperaban pacientemente que comenzara a caer el grueso.

Póster póster póster del General, compañeros, y ya estaban muy cerca los barulleros de las banderas verdes, banderas en que se podía leer Juventud Sindical Peronista.

Perón Evita
La Patria Peronista
Perón Evita
La Patria Peronista

Perón Evita la patria peronista y con los bombos a todo lo que daban.

Póster póster al póster auténticamente peronista para la patria peronista sin yanquis ni marxistas —gritaba Willy—, viva la patria peronista sin yanquis ni marxistas y los de la Juventud Sindical Peronista abandonaron por un minuto los bombos y lo aplaudieron fervorosamente y ahí mismo empezaron a corear:

Ni Yanquis
Ni Marxistas
Peronistas
Ni Yanquis
Ni Marxistas
Peronistas

Ni yanquis ni marxistas peronistas y Willy también gritaba con ellos peronistas ni yanquis ni marxistas y también se prendió en el coro el de las escarapelas y el de los azulejos y el de los almanaques y todos peronistas ni yanquis ni marxistas peronistas y Willy tuvo la suerte de desvirgarse: vendió el primer póster del retorno a un morocho gordo que lo abrazó y le dijo chau compañero y todo.

El escarapelero se había agitado en los saltos y no había vendido nada;

dijo que estaba requeterrecontrarrecagado porque los tipos las habían guardado desde el 25 de mayo, cuando asumió el tío Cámpora.

—Qué bronca, mirá, todos tienen la escarapela puesta.

Póster póster del gran Liberador póster compañeros, del hombre máximo de América, del orgullo de nuestra historia, póster para el recuerdo de este día señero en los corazones peronistas, compañeros, y no vendió un solo póster más en quince minutos de desfile y póster del General. De nuevo, el negrito Rocamora había abandonado su puesto en la banquina y venía caminando: se le arrimó, asombrado.

—Me dijeron que se viene una columna de la puta que los parió. Son de Córdoba, vienen con banderas de los Montoneros.

Willy había interrumpido el póster póster y miraba al negrito, interpretando que ése tenía tantas ganas de vender fotos de Perón como él de comer cebolla cruda. Ocurría que el negrito, con cualquier excusa, abandonaba la banquina que le pertenecía.

Ahora, como Willy no le había llevado el apunte, el negro dijo un póster, bella compañerita, a una muchacha peronista que estaba muy pero muy bien.

Póster póster póster del gran General y efectivamente se acercaba una columna muy gruesa, compacta, y en la cabecera una inmensa bandera: Montoneros, Córdoba.

Montoneros Montoneros
Son soldados de Perón
Los gorilas tienen miedo
Tienen miedo al paredón

Póster póster del General y la columna era impresionante, como de trescientos metros de largo. La ruta, la banquina, apretados, con muchos carteles de FAR, Montoneros, Perón o Muerte.

Póster póster del General y Willy pretendió mezclarse, pero los cordobeses venían tomados de la mano, haciendo cordón, cantando muy alto.

Si Evita
viviera
sería Montonera
Si Evita
viviera
sería Montonera

Willy no podía meterse en la columna, qué lástima, ahora que había comenzado a caer el grueso. Decidió entonces comprárselos, caerles bien, más que ellos coreaban:

Perón Evita
La Patria Socialista
Perón Evita
La Patria Socialista

Póster póster del General y claro tenía que comprárselos; entonces comenzó a gritar póster póster del General auténticamente Montonero, al póster montonero, y también gritó Perón Evita la Patria Socialista, a los póster montoneros, muchachos, sonreía gritando por la Patria Socialista y vivan los Montoneros y FAR y Montoneros son nuestros compañeros y la Patria Socialista pero la sonrisa se le quedó colgada de los labios al escuchar:

—El pueblo no está para fotos.

—Qué carajo vas a ser montonero, comerciante.

—La reputa que te parió.

—Si sos peronista regalalos, cornudo.

—Con el pueblo no se comercia.

Póster póster al póster del General Montonero y la Patria Socialista, pero en realidad Willy debió comprender que esa columna no estaba para fotos.

—Regalalos, guacho —le seguían gritando.

—El pueblo no necesita fotos.

Cuando los Montoneros se alejaron, Willy le dijo a Cristóbal: ésos son unos pobres guachitos fracasados que se hacen los guapos porque están en barra. Obedeciendo a su costumbre, Cristóbal no dijo nada, pero Willy, de inmediato, adivinó los deseos de su socio.

Entonces le entregó los primeros —únicos— quinientos pesos; ocurría que el gordo del camión rojo, a las ocho y media de la mañana ya tenía los chorizos a punto. El humito, el olor, ya no podía soportarse; un sándwich a cada uno probablemente les daría más fuerzas, y sobre todo, un poco más de suerte.

Uno, Rocamora, nunca sabe qué puede ocurrir durante un viernes, en qué sórdido lugar puede terminarse, haciendo qué, con quién, cómo. Son para vivirlos y olvidarlos; recordarlos alguna vez (sobre todo cuando estás con Vitaca, te mira, te escucha, te admira), en todo caso inventarlos. Pero no, amigo Rocamora, jamás la invención superará lo que verdaderamente pudo haber ocurrido; por eso Rocamora prefiere terminarlos acompañado, aunque sea por Rosqueta, para que cuente (a otros, más que nada) qué hizo. Los viernes —a veces— Rocamora recobra el conocimiento, se toca, mira como un turista, pregunta como el viernes pasado, mientras subía la escalera mecánica del subte en la estación de Pacífico, suponiendo que se hallaba en el hall central de la estación de tren de Montevideo. Es que no puede predecir nunca: los viernes Rosqueta invita a cenar, acto inevitable de Pichín o Pippo, abundante vino, gritos, cuentos verdes, balances del pedal. Los pingüinos de vino tinto pasan como en una ruta; se jode estúpidamente, como es natural, hasta que surge un departamento, hembras, un taxi, whisky, la deriva. Un calabozo, un hotel, la costanera, Montevideo, cualquier fin es probable.

Ahora el negrito Rocamora camina por Sarmiento; regresa del fotocromista que lo miró muy mal, ni siquiera le ofreció sentarse, ni lo hizo pasar, es un lagarto. Cuando le entregó los negativos de Perón, el fotocromista puso una particular cara de resignación, como quien se reconoce "pasado", como quien adivina que lo van a estafar; que se joda.

Las ocho de la noche, invierno; probablemente los muchachos ya no estarán en la oficina. Willy ya estará con la novia (es una fija, cada vez que Rocamora recuerda a la novia de Willy, se ríe solo; ella tendrá a lo sumo dieciséis años, es secundaria, gordita, bastante ingenua, por si fuera poco se llama Solange, calentona como toda gordita, como toda gordita —según Willy — muy acabadora), Cristóbal estará en su casa de Lanús, o por llegar, Cristóbal muy buen padre de familia, manso, quieto, demasiado fiel, hasta dominado —supone Rocamora—, mirará televisión en chancletas y al lado de su patrona (es otra fija, cada vez que Rocamora piensa en la esposa de Cristóbal, se conforma, decide que su negra vale oro, porque para qué negarlo, con la mujer de Cristóbal no jugaría ni a la perinola, es muy hinchona, absorbente).

Pero con subir hasta el quinto piso no perdía nada; quién sabe, los muchachos estarían conversando aún el balurdo ese de las fotos de Perón. Quién te dice, Rocamora, si total uno tiene que poner el dedo en el botón del ascensor, esperarlo, abrir la puerta, meterse, cerrar, apretar el botón número

cinco, mirarse en el espejo, silbar, abrir la puerta en el quinto, salir dejando la puerta abierta, comprobar que no hay luz, pero igualmente uno presiona el imbécil piquito del timbre.

Uno, Rocamora, no puede explicarse, si sabías positivamente que los muchachos no podían estar; es la víspera del viernes.

Después, al salir de nuevo a la calle, Rocamora piensa adónde ir. Enciende un cigarrillo, mira dos pibas, abre su sobreportafolio apenas para hacer tiempo, para ocuparse, pensar.

Pensó: era un ingenuo; se dejó llevar por las ganas de contemplar a los muchachos en la mala, por las ganas de ofrecerles cien pesos, contemplarlos bien tirados, en la última, hambrientos, por las ganas de sentirse superior —al menos por un minuto— al ofrecerles cien pesos (un soretito, muchachos), cederles un atado de cigarrillos por la mitad.

Se quedó en la puerta como esperando, comprendiendo: era un ingenuo; jamás un viernes se quedarían los muchachos. Los viernes son los días indicados para citar a los acreedores más cargosos (los cuervos, puntualizaría Willy) a última hora. Es simple, uno tiene apenas que espiantarse antes, desaparecer; espiantarse a veces no es simple, eso es arte. Si son dos los deudores, como los muchachos, mejor. Jamás deben encontrarse juntos cuando aparece un cuervo; siempre hay que enfrentarlos de a uno, aisladamente, cosa de poder echarse la culpa uno al otro, fabricar malentendidos, inventar coincidencias, cosa de poder asombrarse, poder decirle al cuervo:

—Pero cómo, ¿no arregló con mi socio?, él me dijo que. Espérelo, debe venir de un momento a otro, yo salgo y regreso en un cuarto de hora.

El negrito pisó el cigarrillo, pero igual permanece parado, apoyado contra la fría pared. Sin preguntarse el motivo, recuerda las grandes actuaciones de los muchachos; otro que Sir Laurence Olivier, lo matan, Olivier pierde con ellos, por goleada. A Rocamora les parece verlos: Willy y Cristóbal sorprendidos por un cuervo.

Automáticamente, uno de los dos desaparece (fija, Cristóbal). —Vuelvo enseguida.

Se apura; hace falta un poco de habilidad, costumbre, necesidad, existir en el pedaleo, estar reventado, vivir como Tarzán, en pelotas y a los gritos.

Cierto, los viernes hay que escaparse, hasta el lunes uno puede estar tranquilo, perdurar. Cualquier cosa, uno el lunes aparece tarde en la oficina, gana otro día al pedaleo, inventa una nueva excusa:

—Me estafaron. Le cambié un documento a un amigo. Me rebotó un cheque de un millón y medio, estoy reventado, venga mañana.

A los cuervos hay que darles ofensiva, no puede uno dejarles el medio campo.

—Venga mañana. O mejor llamemé a mediodía para ver si tengo novedades, no quiero hacerlo venir y...

Al cuervo hay que anticiparle la bicicleta, si llama por teléfono uno nunca

tiene que estar, si viene personalmente, el socio debe decir:

—Pero mire qué fatalidad, lo estuvo esperando hasta recién, por qué no llama mañana por teléfono.

Está bien, que pedaleen, que se desesperen, que revienten, piensa Rocamora, si estamos todos en la misma, giramos.

Ahora el negrito decidió olvidarse de los muchachos; comienza de nuevo a caminar, piensa en seguir hasta Paraná, se meterá en Las Palmas, si no encuentra ningún conocido tomará un café, hasta que aparezca alguien y lo pague. Rosqueta o Vitaca o Álamo Jim o alguna mina, preferiblemente Rosqueta porque invita a cenar, o el Boga Fumanchú, que tiene la misma excepcional costumbre.

No tuvo tiempo de asombrarse cuando entró en Las Palmas (humos, piernas, murmullos) porque de inmediato descubrió la mesa del medio, con Álamo Jim, Rosqueta, Vitaca y alguna mocosa. Reían estruendosamente: daban asco. Rosqueta y Álamo Jim se llevaban como chanchos; era seguro, Rosqueta le había solucionado el viejo asunto del cheque. Bebían Royal Command (salvo las dos mocosas que acompañaban a Vitaca, muy tiernas, muy —aparentemente— vírgenes), whisky que no le gustaba a Rocamora pero en fin. Apenas se sentó, el negrito se sintió inferior al comprobar con qué inaguantable vanidad Álamo Jim ordenaba al mozo:

—Sírvale rápido un whisky al señor Rocamora.

Qué circo, pensó, escuchando anécdotas de Rosqueta, de cuando hacía revistas de fotonovelas, escuchando (después de que se fueron las mocosas de Vitaca, repartiendo besos hasta a Rosqueta) cómo se cojía Rosqueta a las pibas que posaban para las fotonovelas.

—Querían ser actrices —decía Rosqueta—, las minas caían solas, era un cojedero, todas querían trabajar, por salir en un cuadrote hacían cualquier cosa, la fiesta que les pidieran.

A las que iban, Rosqueta les decía que debía sacarles fotos, hacerles pruebas en bromuro, diversas poses. Y a alguna le decía: —Primero te cojo y después te saco las fotos.

O si no mientras estaba posando, se le tiraba encima, un polvazo y a otra cuestión. Contaba Rosqueta que después se contaban entre ellas:

—Andá a tal lado, primero te cojen y después trabajás en fotonovela, andá.

Todos reían cuando Rosqueta relataba, mas cuando Vitaca le preguntó si alguna se resistía, Rosqueta respondió: alguna sí, y Vitaca investigador quiso saber qué hacía Rosqueta con la que se negaba, Rosqueta que las mandaba a la puta que las parió, les decía nunca van a llegar a nada, algunas se iban cabreras pero otras entonces aflojaban. Rosqueta decía no quería hablar, pero muchas de las primeras actrices de ahora, fueron cojidotas pero bien cojidotas por él. Aunque Vitaca intentó preguntarle quiénes, Rosqueta le dijo yo no soy bocote.

Uno debe escuchar, Rocamora, debe reír, debe simular hasta admiración,

si total hoy paga la cena, da pedal; uno debe reír cuando Rosqueta cuenta el caso de la chica que fue a sacarse fotos acompañada de la madre.

La madre —mientras la nena se preparaba para la prueba fotográfica— le dijo a Rosqueta, que ya la había apurado:

—A mí haceme lo que quieras pero a mi hija respetala.

Tiene que reír uno, Rocamora, cuando Rosqueta cuenta que terminó reventándose a las dos.

Uno debe reír con el caso de la mina que fue con el marido, ella era actriz, decía, el marido decía que cantaba tangos. Y Rosqueta hizo la rosqueta gracias a un amigazo, porque el amigazo le llevó al marido para hacerle una prueba de canto. Rosqueta le dijo a la mina:

—Acompáñeme que tengo que ir al canal nueve.

Cuenta Rosqueta (uno tiene que reír, Rocamora, no olvides) que el marido cantó en una pieza como treinta tangos, mientras él se metía a la mina en el hotel de enfrente.

—Ma qué canal nueve, sabés cómo la chupaba, y nunca la saqué en ninguna revistota.

Así, Rocamora; ríe mucho, acota, palmea, sabe: tanto Rosqueta como Álamo Jim tienen en ese viernes mucha guita. Presiente: será un circo; con Vitaca les harán el contrapeso, los escucharán, reirán, comerán, aguantarán a Rosqueta detrás de sus anteojos negros tan siniestros, con la bufanda que no se quita —según Álamo Jim— ni para hacer caca, metido en ese sobretodo que garantizaría limosnas en cualquier iglesia.

Rosqueta continuaba con las minas de las fotonovelas, pronunciaba polvazos, tubazo, rosqueta, vinote; daba asco comprobar lo bien que se trataba con Álamo Jim, parecía un matrimonio reconciliado, brindaban, se festejaban, se emborrachaban. Provocaba risa también que Rosqueta no lo llamase Álamo Jim, sino Roitenberg, o Sammy; provocaba risa también que Álamo Jim no lo llamase Rosqueta sino que le dijera, respetuosamente, señor Andrade.

IV

A las diez y cuarto de la mañana, pretextando un fuerte dolor de cabeza, un mareo repentino, además de una molestia estomacal, Rocamora fue a sentarse al automóvil dispuesto a no tratar de vender más. A tratar, porque no había vendido un solo póster; apenas se estiró en el asiento trasero del Ford Falcon, le hizo el comentario a Tachito.

—Esto es un sapo de la puta que los parió.

También le dijo a Tachito que él —no era por decir— ya se la veía venir, cuando anoche y anteanoche fueron los pedaleros a esperar los trenes, que venían desde el interior, de las provincias, viste, venían repletos, negros hasta en los techos de los vagones, y los guachitos de la Juventud Peronista no les permitieron vender.

—Mirá cómo le pasan de largo a Willy; cómo te cagaron —le decía a Tachito.

En un momento se arrepintió de haberle dicho eso al taxista, porque probablemente —pensó— Tachito podía asustarse más, pero también pensó que si lo asustaba más era lo mismo, a esa hora era inútil que pretendiera irse, ya no podría, si la ruta era una permanente aglomeración de tipos, colectivos en la banquina que ya no podían avanzar ni un metro, si la única manera de avanzar que tenía la gente era a pie; se comentaba que la gente venía a pie desde la General Paz, y desde la estación Liniers, una montonera de kilómetros.

—Che, yo no veo a ninguno que compre —tímidamente Tachito.

—No, a la vuelta compran —Rocamora.

—Qué decís a la vuelta si Willy decía que la mejor hora era a la mañana.

Sonriente, Rocamora se agarraba la cabeza.

—No, Tachito, Willy se equivocó. La gente va a comprar cuando vuelva, porque imaginate que no se va a clavar durante toda la concentración con un póster en la mano, no ves que son grandes. Se les puede arrugar. Ahora cuando la gente vuelve a su casa es diferente, sí que compran, va a estar mejor para la venta, después de que hable el viejo ese atorrante.

La explicación totalmente improvisada conformó —en principio— al taxista que ya estaba muy preocupado. Pobre taxista que se adivinaba despedido por su patrón por pelotudo, porque quién demonios le mandaba meterse con esos tipos de quienes ya sospechaba y con razón que eran una manga de buscas; a veces, el taxista trataba de sacarle algo al negrito, de hacerlo hablar, y le preguntaba, pero eternamente le respondería con ironías

por el estilo.

—Por guita no te preocupés, viejito, la tuya está, quedate tranquilo. Ves ése, el Willy, vive en el Sheraton, no hay nada que hacerle, si no es en el Sheraton no se le para.

De vez en cuando, Tachito se olvidaba de que esa manga de buscas lo iba a pasar, y se olvidaba tan bien que hasta le daban ganas de gozar como un alegre y común peronista esa jornada sinceramente gloriosa y peronista; en algún momento descendió del auto y caminó unos metros y se agregó a una columna y cantó la marcha peronista y si Evita viviera sería montonera. Pero era un tonto porque tenía miedo de que los buscas hasta le robaran el auto, y por eso volvía; al comprobar que en el Falcon estaba únicamente el negrito Rocamora durmiendo, se decía que era más que un tonto, porque en la guantera no guardaba nada de valor, y el Falcon no podrían moverlo ni un metro. Entonces era un gran tonto si no gozaba y saltaba y cantaba prendiéndose en todas las columnas, si no avanzaba hasta donde pudiese, aunque apenas si podía llegar hasta cientoypico de metros del palco donde iba a hablar Perón. Qué lástima, se dijo, hubiese querido llegar hasta el borde mismo del palco, contemplarlo de cerca a Edgardo Suárez, el locutor, pero era imposible. Retornaba entonces hacia el Falcon, miraba los cartelones, una bandera argentina que tenía como cien metros. Leía en la bandera Fuerzas Armadas Revolucionarias - Mendoza.

Se detenía Tachito; miraba cada dos metros una parrilla con chorizos, cada metro un vendedor de cualquier cosa, y gente alegre por todos lados, de todas las provincias, jamás había visto tanta gente, y cada vez llegaba más, alegre, cantando, era lindo.

Comió un chorizo, bebió una coca cola ya decidido a ir a sentarse al Falcon y esperar, si total podía escuchar claramente en el Falcon la voz del General, porque justo estaban debajo de un parlante.

Pero cierto, qué lindo hubiera sido estar al lado del palco, mirar a Perón levantando los brazos, mirar las lágrimas en la cara de Perón, y hubiera gritado y llorado como le contaba su padre, su abuelo, su suegro, gritar llorando Perón Perón mientras Perón también llorando después de tantos años diría compañeros.

De veras, hubiera sido inolvidable, pero Tachito no podía pasar, y además debía atender el auto; entonces no tenía otra alternativa que conformarse con el parlante, mejor que nada era.

Cuando estaba caminando hacia el Falcon, vio desfilar una gruesa columna de los telefónicos; se detuvo en el borde de la banquina para ver si estaba su amigo Federico, pero era utópico distinguir a alguien, si todos saltaban y coreaban Perón Evita la Patria Socialista, y estaba lleno de banderas y carteles, quién distinguía, y gritaban Telefónicos con Perón. Al que distinguió saltando entre ellos era al Willy ese con las fotos de Perón en la mano, coreando por supuesto por la Patria Socialista. Desfiló íntegramente la columna telefónica, y Tachito también vio desfilar una columna de los

Montoneros que no se acababa nunca, era increíble, compacta, Tachito se paraba en puntas de pie y veía banderas que decían Montoneros hasta donde le alcanzaba la vista.

Montoneros Montoneros
Son soldados de Perón
Los gorilas tienen miedo
Tienen miedo al paredón.

Willy ni siquiera ofrecía cuando desfilaban los Montoneros; por la cara que tenía ese que se llamaba Cristóbal, Tachito comprendió que les iba para el demonio. Mientras tanto, Willy —mudo— miraba la columna interminable de Juventud Peronista, con carteles de FAR y Montoneros. Había para rato, Willy la miraba con ganas de que pasara pronto, sin animarse a ofrecer póster póster del General. Delante de los Montoneros tenía que callarse la boca, pero a Cristóbal le dijo que porque quería fumarse un cigarrillo tranquilo.

Se siente
Se siente
Evita está presente.

Willy se fumó el cigarrillo hasta la última pitada y todavía seguían desfilando esos mocosos que gritaban FAR y Montoneros son nuestros compañeros y por la Patria Socialista.

Tachito abrió la puerta de su Falcon; Rocamora se desperezó, intentaba abrir los ojos.

—¿Vino Perón ya? —preguntó.

Pero ya lo conocía Tachito, sabía que estaba jodiéndolo; el taxista encendió un cigarrillo.

—Che, cómo te cagaron, vos sí que no cobrás más Tachito —sonreía y bostezaba Rocamora.

No le respondía Tachito, pero el negro seguía picándolo, con altibajos, diciéndole a veces cómo te engancharon, o no te preocupés, vos vas a cobrar.

—Si te lo avisé, viven en el Sheraton, yo por cargarte.

Evita está presente
En cada combatiente
Evita está presente

En cada combatiente

Hasta que Cristóbal se acercó al auto; cuando Rocamora se dio cuenta que se aproximaba Cristóbal, comenzó a quejarse, a decir que tenía un dolor de barriga hinchapelota, y un dolor de cabeza de la puta madre que los parió.

Tachito miró hacia la ruta: era inadmisible, todavía seguían desfilando Montoneros. Por lo visto, habría Montoneros para rato, por un tiempo bastante prolongado porque Willy, nervioso, también se aproximaba al Falcon. Por si fuera poco, no tenía más remedio que escucharlos:

Si ayer fue la Resistencia
Hoy Montoneros y FAR
Y mañana todo el pueblo
En la Guerra Popular.

LA ESPERPENTO MAYOR

Por lo general, la Esperpento Mayor, después del quinto whisky se ponía a llorar; el único gladiador que a esa hora podía hacerle contrapeso era Rocamora, más aún porque Vitaca se había ido, la Esperpento Menor también se había ido, aunque a horas distintas, pero Rocamora ponía las manos en el fuego: estaban juntos, en alguna cama, salvándose. Para colmo a la Esperpento Mayor le hace muy mal la presencia de Vitaca; algún día el negrito se lo dijo a Vitaca, pero ése es un guachito que no quiere a nadie.

Sucede que Vitaca le da manija, le habla de arte, del color de sus ojos, con esa blusa, Alba, parecés un valle primaveral, la trata muy bien, se hace el espiritualista, dice no le interesa el dinero el hijo de puta, dice al dinero, lo trata de usted, dice yo con tal de tener pinceles y poder crear soy feliz; es un turro.

Sabe además Rocamora que Vitaca se guarda los billetes de cinco y de diez mil pesos adentro de la libreta de enrolamiento; en el instante de pagar los whiskies, Vitaca saca su bolsillo hacia afuera, como para colaborar, y muestra cien pesos, o cien y monedas, dice con tal que me alcance para el colectivo. A la Esperpento Mayor eso le hace mal, la enternece, dice acariciándole la cabeza pero qué pibe hermoso, mi hijo adoptivo, eres (no dice sos) hijo mío. Entonces Vitaca, falso como el mundo, se hace más el espiritualista, el eterno poeta que no escribe, le dice a la Esperpento tú también eres poeta, dice hablan los dos el mismo idioma, dice la aprecia mucho, como a una madre, dice frases.

Tal vez lo peor son las frases, Vitaca se hace el profundo, encaja frases de Marx, o de Víctor Hugo, o de Picasso, total ella no entiende; Vitaca se hace el místico, el escéptico, el decepcionado. A la Esperpento Mayor le hace mal, porque ella también quiere decir frases pro fundas, hacerse también la que va más allá de las cosas, quiere ser mística; el resultado es francamente desastroso.

—La soledad —dice por ejemplo la Esperpento Mayor— es una gasa oscura que te ahoga —pero ahora se lo dice al negrito, solos, en el Píccollo.

La reputísima madre que lo parió a Vitaca, pensaba Rocamora, el estúpido que debe aguantar a este adefesio soy yo. Aunque era viernes, hasta le daban ganas de irse; pero era una lástima, un asesinato irse, porque le seguían llenando *ese vaso que parecía un florero*, con whisky muy superior al que pagaba el chantún de Rosqueta, con etiqueta negra.

Sin embargo la Esperpento Mayor lloraba; recordaba lo feliz, dichosa que había sido con su primer esposo, recordaba a Rocamora hasta los detalles más

prescindibles acerca de un aborto, que le habían hecho en 1958 —cuando la presidencia de Frondizi—, ese hijo ahora tendría quince años, y lloraba.

Llorando, la Esperpento Mayor era más fea todavía; utilizaba moditos demasiado finos, estaba en el delicadismo, hablaba despacio, cerraba los ojos (parecía una diosa de fuego, le decía Vitaca, su conversación era mágica, una especie de elixir mitológico), mencionaba la injusticia, se pronunciaba —lagrimeando— en contra de la falsedad, decía si ella fuera gobierno mandaría a ejecutar a los envidiosos, a los mentirosos, a los individuos que hicieran malas jugadas a los amigos.

Ahora, mientras la Esperpento Mayor decía la palabra es lo más importante que debía tener un individuo, un individuo que no respeta la palabra empeñada es un paupérrimo, Rocamora pensaba que debía salvarse, quedarse y reventarla, o pegarle una trompada e irse.

—Porque la amistad, querido, es como una antorcha que jamás debe apagarse entre dos individuos, ¿no te parece?, dime si estoy equivocada, si estoy equivocada por favor dímelo.

Ocurre que Rocamora estaba podrido de verla llorar, de escuchar todas esas pavadas referentes a los individuos; pero, si la puteaba, quedaba mal. Aunque ahora, mientras ella hablaba de la lujuria y de la gula, le daban ganas de fajarla, decirle andate al carajo vos y los individuos y tu whisky, zamparle el whisky en la cara como en las películas. Además, parte de culpa tenía Vitaca; pobrecita, Vitaca le había hecho un verso que no podía tirarse a la calle así no más. Las dos Esperpentos tenían guita, eran socias, brindaban la posibilidad de salvarse, de caminar un poco, ganarse una comisión. Ellas se ganaban la vida leyendo los diarios, *Clarín* y *La Nación*: llamaban a quienes ofrecían departamentos para alquilar, o para vender, llamaban a los que pedían alquilar un departamento, o comprar, o casa, o terreno, o chalet en la playa. Las Esperpentos ponían un aviso de una línea ofreciendo soluciones diversas, comprar, vender, la única inversión era el gasto del teléfono. Las intermediaciones iban aparentemente bien: almorzaban y cenaban en el Píccollo, las larguísimas sobremesas inundadas de whisky lo aseguraban. Por si fuera poco, las Esperpentos empilchaban como reinas, tenían las relaciones del país, en la cartera siempre llevaban varios tomates de diez mil pesos, algún lorito de cincuenta. Y claro, Rocamora las aguantaba, ya llegaría el día del reviente; les pediría que le cambiasen un documento pistoleado, les prepararía un *chocolate* especial, las haría salir de garante en algún crédito jugoso. Llegado el caso, las Esperpentos no podrían negarse; entonces también Rocamora le decía la amistad es lo más grande que hay.

—Es como decís vos, Alba, es una antorcha que no debe apagarse.

Valía la pena oírla reflexionar acerca de los individuos inescrupulosos, verla llorar, si después de todo la ceremonia venía alcohólica. Sin embargo era viernes; Rocamora aún no se había salvado sexualmente. Además que era un viernes largo de una semana muy pedalera y también muy larga, había bebido y soportado y pedaleado mucho: quería terminar entre las piernas de

una mujer, como acostumbraba los viernes (y los días que pudiera). Ya era tarde, casi las cuatro de la mañana, para los teóricos sería el sábado; otra mujer no quedaba. Entonces minga, no quedaba otro sendero; tenerle la vela a la Esperpento Mayor, responder con monosílabos aburridos a sus preguntas aburridas:

—¿Puedes admitir a un individuo que no sea humano?, dime la verdad, ¿puedes admitirlo?

Rocamora le respondía no, no podía, decía si un individuo no es humano mucho mejor es que se vaya a la puta que lo parió, porque es un insecto vil, un perro sarnoso, me cago en él, mientras la Esperpento agregaba alguna palabra entrecortada, la arrojaba sobre la mesa, arrojaba además alguna lágrima sobre la mesa, y Rocamora pensaba que no había más remedio que sacrificarse, no quedaba otra mujer, la única mujer que existía en el mundo era la Esperpento Mayor. Sin embargo dudaba, no sabía qué hacer; temía hacerle la boleta, porque a mujeres como ésta (que ofrecen posibilidades de pedal), vale la pena mantenerlas a cierta distancia de la cama. No hay que darle a todas, pensaba, aunque cuando conversaba con Vitaca, decía cualquier cosa que tenga faldas, así sea un zapatero.

—El individuo tiene que ser inexorablemente un individuo pensante, dime si estoy en un error, quizá me equivoco, soy humana —decía la Esperpento Mayor, estirando la mano, afirmando sus huevadas con la mano en el centro de la mesa; tenía cuatro anillos, los dedos eran finos, largos.

Rocamora le decía no estaba equivocada; temía que, en caso de encamarse, perdiera la probabilidad de comisiones. Las cometas, madre de Dios, el pedal, ruega por nosotros. Pero era viernes (sábado para los teóricos) y desde Vitaca hasta Willy hasta cualquier obrero de la construcción estaban salvados. Misteriosamente conservaba un poco de lucidez, virtud difícil durante los viernes. Dudaba también si mejor no correspondía un mangazo, o sea decirle con cualquier excusa que necesitaba unos pesos para... para qué quiero plata de este mono, se preguntó, mirándola fijamente, comprobando que ya no lloraba: había abandonado el tema de los individuos, lo miraba.

Con una mano, la Esperpento Mayor llevaba el cigarrillo hacia su boca asqueante; la otra seguía extendida, apoyada en el centro de la mesa. El negrito miró el reloj de la pared: cuatro y cuarto; bebió el último trago, volvió a mirarla. La Esperpento Mayor continuaba mirándolo, fumando como pensativa; el negrito tuvo mucho miedo de que ella retornara a los malditos individuos, por favor no, cualquier tema menos los individuos.

Hay que salvarse; estiró también su mano el negrito, apoyándola en el centro de la mesa, acariciando los cuatro anillos que ya estaban apoyados, petrificados, aguardando a lo mejor.

En la mañana del sábado, Rocamora descendió del colectivo 66 en Pasco y Salta; hacía un frío que ni te cuento, Vitaca, desfilaban por su pensamiento cansado imágenes desdobladas de individuos solemnes, circunspectos, etiqueta negra, Royal Command en cantidad considerable, nuevas probabilidades comerciales (bicicletas, Vitaca) para la semana próxima, desfilaba el jadeo, el permanente llanto de la Esperpento Mayor debajo de su cuerpo, el penetrante olor a maquillaje, recordaba Rocamora y con ciertas ganas de revivirlos, los cuentos del Boga Fumanchú en la cantina, desfilaban los estornudos de Rosqueta, la abominable generosidad de Álamo Jim, tu sonrisa de guacho, Vitaca, desfilaba también por si fuera poco la increíble cara de boludo que tenía el caniche del General Perón en la transparencia.

Había sol y todo en Temperley, Vitaca; además de haber sol, abundaban doñas haciendo ya los mandados, concentradas en el arte de la verdulería, así que no tuvo más remedio que pensar o mejor dicho imaginar la cantinela vergonzante que iba a hacerle su negra, probablemente todavía sentada en la cocina, esperándolo para la pelea como acostumbraba los sábados por la mañana, el tradicional combate sabatino, Vitaca.

De manera que Rocamora se disponía —mientras caminaba tambaleante hacia su hogar— a no brindarle ni siquiera un centigramo de pelotas a su negra, es decir dispuesto a hacerse el burro espectacularmente, el inocente, el despreocupado ciudadano que entraba a su casa como si retornara de comprar cigarrillos en el quiosco de la esquina.

No se había equivocado el negrito: ella se hallaba sentada en la cocina. Pero al verlo se paró repentinamente, le dijo sos un irresponsable, creí que te había pasado algo, para proseguir con una choricera de palabras ampliamente memorizadas por él, palabras agitadas a las que el negrito no prestaba ni esto de atención, Vitaca, limitándose a mirarla o a no mirarla, a reírse, a decirle andá y salvate, si me gano el prode no me ves más, si me gano la lotería desaparezco, diciéndole qué clase de mujer sos, te abusás, negra de mierda, porque tengo dos botellas de whisky en la bodega, le peleás a un hombre indefenso, borracho, en inferioridad de condiciones; andá a cagar, dejame dormir un rato, después peleame si sos tan machita, pero de igual a igual, de hombre a hombre, ahora no te peleo porque estoy borracho, ya me voy a ganar la lotería, vas a ver, mala hembra, negra prepotente, esperate que duerma un cacho.

Rocamora se tiraba en la cama mientras su esposa se quedaba sin palabras, lo seguía, deletreaba una protesta, decía todavía te hacés el vivo,

pero el negrito cerraba la puerta del dormitorio con llave, dejándola afuera, solita, protestando vanamente.

Me tiro a apoliyar, Vitaca, no me para nadie; su esposa podía llevar a una orquesta que el negrito no iba a despertarse. Ma sí, puede gritar todo el día, no le doy bola, sabés como atorro, como un santo, vestido y todo, ma sí, duermo cuatro horas y listo, ya está, suficiente, Vitaca, estoy nuevo como un pajarito. A veces me despierto y todavía está gritando. La llamo, le abro la puerta, le echo un polvo bien echado, y sabés qué suavidad después, aquí no ha pasado nada, Madariaga.

Más tarde el negrito hacía el fuego en el patio, ponía la parrilla, la limpiaba cuidadosamente, lo apasionaba la disposición de los chorizos, la morcilla (una sola, grande, Vitaca), los chinchulines alrededor, el asado en el medio, de centrojás. Bebía bastante vino en el almuerzo, dormía después apaciblemente una prolongada siesta Rocamora, olvidando los motivos que pedaleaban a Rocamora durante la semana, porque el sábado y el domingo son para la negra y los hijos, para la familia, que entre nosotros y dicho sea de paso, Vitaca, es lo más grande que hay en el mundo.

Sábado oscuro de junio en un deshabitado e inhallable bar de Lanús; en una mesa del lado de la ventana que permitía distinguir el paso y el humo de los trenes, Willy y Cristóbal analizaban, discutían construyendo un papelerío increíble. Faltaba muy poco para ponerle punto final a los proyectos: el fotocromo estaba en marcha, el papel estaba en eso, porque habían decidido, de común acuerdo, irlo a mangar a Rosqueta, el único que —por Cristóbal— no podía negarse.

Si no podía negarse era porque Cristóbal le había hecho muchos favores a Rosqueta, lo había sacado de apuros de cualquier índole; él nunca le había pedido nada. Aunque imaginaba que Rosqueta sabía que alguna vez iba a pedirle, de manera que no era cuestión de solicitarle cualquier favorcito, sino que había que utilizarlo en una parada fuerte como ésta, la de conseguir el papel para las fotografías de Perón.

Hay que destacar, además, el entrañable odio de Willy hacia Rosqueta, un odio que limitaba suavemente con el asco; es de destacar la bronca que le daba a Willy recurrir precisamente a ese roñoso que no tenía la mínima ética, no tenía trato (decía Willy), era una abyecta piltrafa, un cargoso rufián. Sin embargo otro palenque no había y ellos tenían que atar el caballo; aunque en realidad, no se trataba de un mangazo, sino que simplemente Rosqueta debía encargar el papel, como si fuese una rosqueta propia, puesto que, aunque nadie lo quería, en el ambiente tenía su prestigio ganado: pagaba. Entonces Rosqueta jamás tenía inconvenientes para conseguir papel, imprenta, minas que posaran para sus revistas pornográficas. Fue por el entrañable odio hacia Rosqueta, que Willy había decidido birlarle a Cristóbal, llenarle la cabeza, quitárselo, sólo por ese motivo Cristóbal trabajaba ahora con Willy, contento, de socio, con graves deseos de lomos de jabalí. Willy se lo había ganado de frente, se lo había quitado de frente a Cristóbal, y eso Rosqueta no podía negarlo, admitía haber perdido, con rencor, por supuesto.

Cristóbal presentía los motivos de la sociedad pero se hacía el tonto, si estaba segurísimo: con Willy pasaría al frente, pegaría el salto, dejaría de ser el pinche eterno, el colaborador valioso, el asesor testaferro. Pero desde que establecieron la sociedad, Willy y Cristóbal no pegaron una: ni la edición de las fórmulas para ganar el prode, ni la edición de la revista *Machos* (revista masculina de modelos), ni la campaña publicitaria para el café de Colombia, ni la película para Bienestar Social, espantosamente nada-nada les había resultado.

El gran golpe —pensaba Cristóbal— debía ser éste: las fotos del General

Perón. Habría millones después para repartir, para tapar a los acreedores, para empezar sin un lastre, de nuevo, directamente para reventar al mundo. Porque apenas Willy retornara al lomo de jabalí ni iba a abandonarlo más, le sería fiel, sentaría la mente, te lo prometo, Cristóbal.

Willy se lo prometía a Cristóbal varias veces al día, le prometía además unos trascendentales lomos de jabalí (sabés, no tienen nada de grasa, Cristóbal, es un manjar), con un buen vino cosecha del 47, o 52 a lo sumo, Cristóbal, y Cristóbal se ponía brillante al suponer el estreno de su lomo.

Pagarían el papel para taparle la boca a Rosqueta, al fotocromista y al imprentero, a Vitaca que les había dibujado la V de la victoria y una hermosa letra P en el medio de los dedos, un hermoso círculo debajo de la mano, con los colores argentinos.

(Pagarían, por si fuera poco, hasta el alquiler de la oficina.)

Ahora miraban el dibujo que les había hecho (regalado) Vitaca y dijeron que Vitaca era un pibe muy gauchito, quería ser útil, y también les había obsequiado la idea de poner en el diploma, debajo del caniche, la emotiva inscripción Bienvenido mi General.

(Pagarían a quienes los habían ayudado, reventarían a los cuervos que les hicieron la mala imposible. —Te lo prometo, Cristóbal.)

Ahora, después de acercar otra mesa porque el papelerío era inordenable, les faltaba tan sólo redactar la parte de adentro del diploma, para mandarlo a componer. Borronearon unas ideas, fumaron los parliaments que otra vez les había comprado la noviecita de Willy, rieron con algunas oraciones disparatadas, se cagaron varias veces en el General, pero entendieron al concluir, que el texto para el diploma había quedado lo que se dice un kilo.

AL COMPAÑERO

QUE ME DIO LA BIENVENIDA EN MI REGRESO DEFINITIVO A LA PATRIA LIBERADA, MI SINCERO AGRADECIMIENTO Y UN GRAN ABRAZO CON TODO MI CORAZÓN.

Buenos Aires, 20 de junio de 1973.

JUAN PERÓN

De un artículo aparecido en *Las Bases* titulado “Carta abierta a los Dirigentes”, Willy recortó la firma de Perón, para transcribirla en el diploma. Con el póster gigante no había mayor inconveniente porque apenas debían aguardar el fotocromo.

Willy, alterado, miraba a través de la ventana del bar, fijándose si venía su noviecita, mientras Cristóbal repetía por cuarta vez mañana bien temprano me voy a la casa de Rosqueta.

De inmediato decidieron no mencionar más a Perón, dejarlo de lado aunque sea por unos minutos. En una mesa vecina se hablaba exultantemente

de fútbol; sin motivo aparente, Willy y Cristóbal se pusieron a conversar sobre estadios de fútbol. Willy aseguró que era una equivocación que hubiesen tantas canchas, lo más conveniente sería que dos clubes que estuvieran cerca, se asociaran o hicieran un nuevo estadio, más cómodo, amplio y moderno, una sola instalación para los dos. Por ejemplo Racing e Independiente, Vélez Sársfield y Ferrocarril Oeste, Banfield y Lanús o Los Andes.

—Estudiantes y Gimnasia —interrumpió Cristóbal.

—Estudiantes y Gimnasia —dijo Willy, agregando enseguida—: Rosario Central y Ñuls, una hermosa cancha para los rosarinos, otra hermosa cancha para los de La Plata. El estadio se utiliza todos los domingos, cuando Racing es local, juega en el estadio, al otro domingo es visitante, entonces Independiente juega de local en el estadio, ¿entendés?

Plenamente coincidieron en que los terrenos libres podrían explotarse como depósito de mercaderías, o podrían instalar una fábrica que sería una fuente primordial de trabajo para la comunidad. Cristóbal dijo, o mejor dicho se preguntó en voz alta cuánto costará hacer un estadio de fútbol, privado, un estadio con todo moderno, para después vendérselo a; menos mal que apareció Solange. Después de besar a Willy en la boca, antes de que le preguntara, dijo sí, algo había conseguido.

V

De repente, Willy se permitió un intervalo, para ir a orinar detrás de unos arbustos (total seguían desfilando Montoneros), aunque no llegó hasta los arbustos porque decidió orinar detrás de un viejo camión peronista. Ya era el mediodía, transpiraba; Cristóbal lo acompañó, si total él no vendía. De paso, podía conversar un minuto con Willy; orinaban.

—Duro, ¿eh? —Willy.

—No hay un mango —Cristóbal, nerviosamente.

Volvieron hacia el Falcon sin hablar; llegaron al Falcon donde Rocamora dormía, donde el taxista leía el diario, donde había dejado Willy descansando —en el techo— los pósters del General.

—Pero va a salir, va a salir —agarrando los pósters Willy.

—Está duro para todos —mientras caminaban hacia la ruta, Cristóbal—. ¿Viste el que vendía los dedos de plástico?

—¿Qué le pasó? —Willy.

—Largó.

—¿Tan pronto?

—Se metió con un amigote que tiene un puesto con chorizos, para ayudarlo aunque sea, y salvarse.

Respiró profundamente Willy; le dio un suave sopapo en la mejilla a Cristóbal.

—Pero tiene que salir, es temprano, recién son las once y pico.

—Son las doce y cinco —Cristóbal.

Willy se acomodó en el pecho un póster de Perón; lo prendió con alfileres. Se acomodó un póster en cada brazo.

—Mirá qué lindo perro —le dijo Willy a Cristóbal, acariciándose el caniche en el pecho.

Ya en la ruta, como Cristo, abrió los brazos. Justo debajo de un parlante; la marcha peronista estaba en su apogeo.

—Esta marcha ya me tiene podrido —dijo Willy a su socio, por lo bajo. Caminó hacia atrás unos pasos, por la ruta. Un poco de viento hacía flamear los pósters del General en sus brazos religiosamente abiertos. Willy cantaba acompañando al disco del parlante:

Por ese gran argentino

Que se supo conquistar
A la gran masa del pueblo
Combatiendo al capital

Póster, compañeros, póster inéditos del conductor de la Liberación, a los mejores póster del tercer Libertador.

La gente (que pasaba de largo) miraba los pósters, a veces los tocaba, a veces —muy pocas— preguntaba cuánto. Pero nadie, carajo, nadie los compraba.

ÁLAMO JIM ROITENBERG

Ocurría en esos trágicos y dolorosos días durante la Guerra de Secesión; casi ni había sol, pero igualmente la mañana era en tecnicolor en el pueblo de Payne, situado al sur de los Estados Unidos, pueblo que ya, en el primer cuadro, reflejaba una áspera desolación.

Sin embargo, en el cuadro siguiente, ya podía distinguirse el lento cabalgar de Álamo Jim, en su caballo negro, con su sombrero, su pañuelo, su barba desde hacía quién sabe cuántos días. Buscaba Álamo Jim, se vislumbraba en el otro cuadro pacientemente el saloon, y un cuadro más adelante, lo encontró. En el próximo, ató el caballo, en el próximo abrió esas puertas tan particulares que tenían los saloones de las historias de cáubois. Una sureña joven y rubia era la cantinera; se encontraba lavando copas y sola cuando entró ese cáuboi fornido. Lógicamente, al comprobar su porte varonil, personal, al contemplar sus ojos crueles de cáuboi que mataba, se asombró sobremanera. Álamo Jim, algún cuadro más adelante, se hacía el boludo; dándole escasa bola, se apoyó en el mostrador y pidió sin mirarla:

—Whisky, chica.

En el cuadro siguiente, la rubia cantinera lo miraba embobada, preguntándose de dónde vendrá, parece cansado.

En el otro, Álamo Jim, ya mirándola debió insistirle:

—Pero tráeme el whisky por favor, Llanura.

Sonriente, Llanura le sirvió un vaso y le alcanzó la botella; en su rostro se adivinaba el deseo de permanecer al lado de ese cáuboi de locura, escuchando los patéticos relatos de sus aventuras, ah. Sin embargo, Álamo Jim apenas se limitaba a beber hoscamente, acodado en el mostrador. Un cuadro más adelante, Llanura Rubia lavaba copas de nuevo, hasta que pronto (un cuadro más tarde), Álamo Jim y Llanura Rubia oyeron ruidos de caballos, jinetes, la gran puta. Además, oíase el ruido característico de una trompeta.

—Oh, los cobardes asesinos del Norte —implacable Llanura Rubia Sureña.

Angustiada, trató de auxiliarse en los ojos crueles de Álamo Jim o, al menos, poder comentarle que venían tropas de los del Norte; probablemente los norteños entrarían al boliche.

Mientras tanto, Álamo Jim, indiferente, ni pelota, bebía como extraviado en alguna mística lejanía.

Un despelote increíble hicieron los norteños cuando entraron al saloon, uniformados, con evidentes ansias de beber, de divertirse, de llevarse el saloon por delante. Ocuparon distintas mesas, reían. Un cuadro más tarde, el capo de los oficiales se acercaba al mostrador; acariciándole el mentón a

Llanura Rubia Sureña, le dijo:

—Whisky para la tropa, sureña.

En el cuadro sonrió el oficial; también dirigió una mirada —en el otro cuadro— a ese extraño personaje que bebía acodado en el mostrador, extraviado en esa mística lejanía mencionada unos cuadros antes.

—¡No me has oído! ¡Sírvenos! —Volvió el oficial calentón a acariciar a Llanura Rubia, esta vez el pelo. Hasta que ella, en el otro cuadro, le retiró la mano bruscamente, y dejó pasar otro cuadro para escupir en el suelo, aunque la escupida aterrizó en el mostrador.

—Aquí sirvo a los que yo quiero —en el próximo cuadro dijo Llanura Rubia Sureña.

Entonces el oficial se cabreó; cabrero, la cazó del cuello, para decirle en el otro cuadro:

—Sucia coyote sureña. Yo te enseñaré cómo se trata a un oficial del Ejército de los Estados Unidos de América.

Pero Álamo Jim se interpuso y le dio un empellón al atrevido oficial, tirándolo bochornosamente al piso.

—Y yo te enseñaré cómo se trata a una mujer —dijo Álamo Jim en el otro cuadro, y después de hacerle decir eso a Álamo Jim, Álamo Jim Roitenberg no tuvo más remedio que pararse y abandonar momentáneamente la máquina de escribir; se dijo había estructurado una maravillosa situación dramática digna de sus mejores obras; se dijo esa historieta sería un éxito, apenas la mostrara en Columba iban a aceptarla inmediatamente y cincuenta mil mangos a la bolsa; se dijo era uno de los más grandes escritores de historietas, se dispuso a leer lo producido en tres agobiantes horas, se entusiasmó con esa figura de la mañana en tecnicolor, era un pipi bárbaro, y sin hablar del final, era extraordinario, cuando Álamo Jim increpó al oficial diciéndole y yo te enseñaré cómo se trata a una mujer.

Aunque pensándolo bien, Álamo Jim Roitenberg debía depurar un poco ese desenlace, porque la escena del empellón al oficial endosaba un neto contenido antimilitarista; a lo mejor en Columba podrían rechazársela y era comprensible, los dueños estaban en la Nueva Fuerza, ellos no querían quemarse con los militares. Pero ésas eran consecuencias inconscientes de la creación, digamos superficialidades del mercado; lo importante —reflexionaba Roitenberg— era la situación dramática y límite que había creado, partiendo de pautas solamente imaginativas, situación que en raras oportunidades emerge en las historietas con tanta claridad y pureza de estilo, sin necesidad de forzar los caracteres de los personajes.

Convencido de que era un genio maldito, Álamo Jim Roitenberg pensaba que las historietas de Álamo Jim se las darían exclusivamente a él, iba a cagarlo a Alviak y a todos, serrucharía pisos con devoción. Porque su Álamo Jim era el más apasionante y bello Álamo Jim que se hacía en la Argentina, y quizá en toda Latinoamérica.

Después fue al baño, orinó, se miró en el espejo, se miró como si fuera el

auténtico Álamo Jim, tratando de descubrir gráficamente cuál era la mirada exacta que quería para su Álamo Jim, mirada que coincidiera con la fluidez de su texto, para explicarle después a Vitaca, así lo tenía en cuenta cuando dibujara. Entonces Álamo Jim Roitenberg emitía miradas crueles y desgarradoras frente al espejo, aunque cuando se lo contaba al negrito Rocamora, el profano le decía que estaba rayado y tenía en el bocho un despiste bárbaro. Y no, Álamo Jim Roitenberg no estaba loco, se decía, porque él enriquecía sus textos estudiando la imagen justa de sus criaturas manejadas. No daba importancia a los profanos incultos, si muchos lo hacían aunque en otro nivel. Por ejemplo Adolf Hitler —admirado mucho por Álamo Jim Roitenberg— ensayaba sus discursos frente al espejo; en varias oportunidades lo argumentaba, ante la fácil ironía del profano e inculto Rocamora.

El ruido del teléfono interrumpió la búsqueda exacta de sus criaturas manejadas, porque Álamo Jim salió desenfrenadamente del baño para atender el llamado y sí, era Liliana, era Liliana para culminar —como todo genio— un domingo de vicio —hipódromo— y creación casi lisérgica.

Oh era su Liliana diciéndole que estaba en la confitería Las Palmas con los chicos y que... pero hoscamente la interrumpió Álamo Jim Roitenberg, respondiéndole en poco menos de media hora estoy contigo, Llanura.

Se puso la polera roja, se despeinó pacientemente, se puso el saco azul con el escudo de la Alianza Libertadora Nacionalista y, por las dudas, se metió el revólver en el bolsillo, un treinta y dos corto, descargado.

En la calle, el taconeo de Álamo Jim Roitenberg era cinematográfico: Gary Cooper en *A la hora señalada* era un maní a su lado. Caminaba presuroso, pensaba entre las historietas para Columba y los cuentitos para Rosqueta podría redondear el millón de pesos mensuales. Eso sí, tendría que escribir demasiado, pero era el oficio que había elegido; ya sabía qué debía hacer para quedar bien, andar bien perpetuamente con Rosqueta, una onda que no debía abandonar si deseaba enriquecerse.

Ya llegará el día, Roitenberg, se decía, el día en que escribas en una casa frente al mar, rodeado de whiskies y mujeres, y llevarás a vivir también a tu familia, y ya comprenderán tus verdades, ya te aceptarán, te admirarán, la Sociedad Hebraica pedirá de rodillas que des una conferencia. Se decía genio, torturado, marginado, cuando estaba por llegar a Las Palmas.

Abrió la puerta del saloon Las Palmas como si estuviera aguardándolo el oficial del Ejército del Norte, para matarlo. Pero no, estaba Liliana, en una mesa junto al montón de desocupados y tirados; ella se levantó al verlo y se encaminó hacia la puerta del saloon para abrazarlo. Tenue, Álamo Jim recibió un beso cálido, y caminó directamente hacia la mesa, con Liliana muy cargosa que lo toqueteaba; él, le daba poca bola.

Saludó a los chicos, al tano Luigi, a la petisa, a Aurora, a Peter, a ellas con un beso, a ellos con una mirada. Sin embargo no atinó a sentarse; permaneció de pie mientras ellas se paraban a rodearlo, para pedirle algo, o contarle

cosas, o para escucharle alguna significativa palabra, o para decirle:

—Sé bueno, Samuelito, pagame un café.

Serio, Álamo Jim Roitenberg las escuchaba, miraba, gritaba, ordenaba, amenazaba, prometía, invitaba a comer o a tomar café y entonces le obedecían ciegamente; Samuelito Roitenberg era cruel, dadivoso, imperturbable, rígido e implacable, pero en el fondo era pura bondad.

Ah pero en ocasiones Álamo Jim Roitenberg defenestraba a alguno de sus efímeros subordinados; delante del grupo lo defenestraba, lo humillaba diciendo que él, Samuel Roitenberg, poseía una importante Distribuidora de Pelotas. Decía implacablemente las pelotas se las daba a quien quería, a quien se le antojara, y a quien no quería darle más pelota, no le daba y listo, se las retiraba.

—¡Está claro!

Oh Álamo Jim Roitenberg era insensible a los arrepentimientos, cuando lo desobedecían adiós: era capaz de no conseguirles un cuarto para dormir, era capaz de no pagarles un plato de tallarines en Pippo y de otras torturas más o menos graves. Aunque lo peor: jamás les llevaría el apunte.

Y ahí en Las Palmas se hallaba una parte del reino de Álamo Jim; por ejemplo Liliana, oriunda de Don Torcuato, escapada de la casa de alguna tía, su prometida, su bella Llanura Torcuateña, como la llamaba ese domingo; ahí estaba también la petisa más petisa del mundo, Olga, oriunda de la provincia de La Rioja, embarazada ni el diablo sabe por quién, quince años, que gracias a Samuel dormía en una pensión de la calle Cangallo, gracias a Samuel trabajaba atendiendo el teléfono en la oficina de un amigo, los martes por la mañana y los jueves por la tarde, no le pagaban, pero le daban comida y amor; ahí estaba Adriana, con sus tres intentos de suicidio, quizá preparando minuciosamente el cuarto, oriunda de La Paternal, casada y separada y echada y frígida, actriz y anémica, con la madre en el manicomio y con su viejo en algún país de Europa, eternamente agradecida a Samuel por ser el único que la había escuchado como amigo, y no pretendió llevársela a la cama, y la aconsejó y le dijo o mejor dicho le pidió que por favor no se acostara con nadie, cuidadito con ese Rocamora, mirá que esa frivolidad no es vida, te va a joder más, Adriana muy agradecida a Samuel porque fue el único que le brindó un poco de cariño, le había prometido conseguirle un trabajo de secretaria y otro de actriz en alguna compañía amiga, y le pagaba cafés, y a veces hasta yogurt; ahí se hallaba también la Aurora, oriunda de Mar del Plata, desvirgada por su hermano, Aurora con sus catorce años, ingenua y hermosa, la única que de vez en cuando trabajaba vendiendo la yerba que le pasaba su hermano, pero su hermano ahora está preso y ella vive con una prima de la cuñada de la madre en una pieza que, y Samuel le dice que se comporte bien, y que no haga caso a las proposiciones de ese Vitaca y de Rocamora y de todos esos que; ahí se hallaba la parejita (Peter y Jenny) que se había escapado cada uno de su casa, él cantaba baladas, ella no sabía hacer un pito (estudiaba, viste), mi padrastro y la madrastra de él nos hacían

la vida imposible, sabés, la parejita que caminaba durante las noches y dormían en algún bar o en alguna plaza por las tardes, o dormían en la casa de algún chico, viste, hasta que tuvieron la fortuna inmensa de conocer a Samuel que les prometió que.

En fin, ahí estaban temerosos los subordinados de Álamo Jim Roitenberg implacable, deseosos de saber a quién defenestraría esa noche, a quién invitaría a cenar en Pippo, quién estaría gratificado por un billete de cien pesos.

—¿Por qué no te sentás, Samuel? —tímidamente se atrevió a sugerirle Peter, el cantor de baladas.

—No —respondió Álamo Jim, hoscamente, y tomó a Liliana (de un brazo), a la petisa más petisa del mundo (de la cintura); caminó con ellas hacia el mostrador. Se sentó en un taburete, apoyó el codo en el mostrador, miró hacia abajo, como extraviado en alguna mística lejanía. A la gordita que atendía le dijo:

—Un whisky si es tan amable, Llanura.

Mientras, besó a Liliana en la boca; después, levantó el flequillo de la petisa más petisa del mundo, y la besó en la frente. Al tomar el primer trago, volvió a levantarle el flequillo, y le dijo:

—Olga, yo nunca te pedí un favor.

VI

—Si Evita viviera los regalaría —le gritó una Montonera.

Willy se hizo el tonto, como si no la hubiera oído; para taparla (porque la Montonera seguía gritándole), Willy gritaba más fuerte póster póster póster del General. No alcanzaba a entender por qué le gritaban tanto, por qué no lo dejaban trabajar tranquilo, si no estaba haciendo nada de malo, por qué debía soportar que le gritasen comerciante de mierda, no comercies con el pueblo, o vos no sos peronista, no tenés nada de peronista.

Póster póster del General y a veces le daban ganas de contestarles a esos compadritos y piojosos que —con banderas de FAR y Montoneros— gritaban lo más campantes duro duro duro somos los Montoneros que matamos a Aramburu, qué van a matar. Si preferían no comprar que no compraran y chau, a otra cosa, pero por qué tenían que insultarlo, por qué tenían que pedirle que los regalara, cualquier día. Hubo momentos en que cerró los ojos para aguantarse, se mordía los labios.

—Mocosos de mierda —le comentaba a Cristóbal que, a esa hora, ya estaba mudo.

Póster póster del General y un comentario del que vendía escarapelas a cien pesos (y estaba perdiendo como en la guerra) le dio una momentánea excusa.

—A vos te reventaron los del *Descamisado*, varón.

—¿Por qué?

—No viste el último número, ese que en la tapa pusieron “Vuelve Perón, Carajo”, salió con una foto grandísima de regalo, más grande que la que venden ustedes.

—¿Cuáles son? —Willy.

—Pará un cacho que te las muestro.

El escarapelero miraba una columna respetable de la Juventud Peronista, tratando de encontrar el retrato, obsequio de la revista *El Descamisado*.

—Ves, macho, es ése, en blanco y negro, ese que dice Perón o Muerte, mirá cuántos lo traen.

Willy y Cristóbal los miraron: los muchachos habían hecho pancartas con esas láminas; después de mirarlos y lamentarse, se miraron, casi se compadecieron.

—¿Así que se los regaló *El Descamisado*?

—Sí —respondió el escarapelero.

—Qué hijos de puta —Willy.

Pero no interesaba, se dijo, porque el póster que vendía él era en colores, y con el caniche.

—Miralo —le dijo al escarapelero—, decime si no es una belleza.

El escarapelero le dijo que sí con la cara y se alejó unos metros, mientras Willy se refugiaba en el póster del General en colores naturales nuestro General pero todavía pasaban tipos con carteles Montoneros.

—Che, el Cohete hizo un sapo bárbaro en el Namuncurá —Cristóbal—, ahí se concentraban los mocosos y lo sacaron cagando aceite, no vendió ni uno. Hasta ahora, entre todos, vendimos, bah, vendieron nada más que cuatro pósters.

Además le contó a Willy que todos se quejaban, nadie vendía nada, los que apenas estaban salvándose eran los choriceros, pero tenían que cobrar barato porque los vigilaban.

Póster póster del General, y la gente lo pasaba de largo como si fuera un parlante.

—Puta madre, ¿qué se le podrá vender a esta gente? ¿qué sorete quieren? —se quejaba Willy—, decime, hermano, ¿qué quieren? ¿qué hay que venderles?

—A mí me lo preguntás, qué sé yo qué quieren —respondió el escarapelero, también decepcionado.

Las columnas pasaban gritando:

Perón
Evita
La Patria Socialista
Perón
Evita
La Patria Socialista

ROSQUETA

Reventadote, puteando todavía al gato, enojadísimo con el universo, cortísimo, friolento y arrepentido de haber tomado el subterráneo, mejor hubiera tomado el 86 en Primera Junta y no el subterráneo, la reputísima madre que los parió carajo, con las manos en los bolsillos, el *Clarín* apretadísimo entre su brazo y su sobretodo, la cabeza metida hasta la mitad en la bufanda, los anteojísimos oscuros, acordándose y maldiciendo al General Perón, a Álamo Jim, Cristóbal puto de mierda, y al gato ese de mierda que se vaya otra vez a la recontraputísima, maldiciendo al lunes y al viento, maldiciéndose porque presentía que esa semanota le iba a ir mal, que las rosquetas preparadas para esa semana se iban a ir a pique, maldiciendo la hora en que puso a trabajar con él a Cristóbal, reputo del demonio, vividores, me quieren cafiolar a mí.

Lunes de mañana y ya Rosqueta no tenía ganas de ver a nadie, ganas de encerrarse e irse a la mismísima, agarrarse alguna purretota y desaparecer, pegar un tubazo, armar la rosqueta y chau, pero aunque pegara tubazos estaba segurísimo de que ninguna minota le iba a dar bola. Desde que se le ocurrió viajar en el subterráneo la reputa que los parió, y se le paró esa viejita de mierda al lado y para colmo con un nene, y el subte enterote lo miraba, cómo no iba a ceder el asiento. Él, que viajaba acurrucado y pensando en las rosquetas, tuvo que viajar parado por culpa de la vieja esa la putísima, y la gente lo miraba. Vale la pena aclarar que siempre le parecía que lo miraban, el mundo lo miraba, el mundo entero quería enterarse de él para hacerle daño, la gente a veces hasta lo perseguía. Y ese lunes le daban ganas de hacerse el enfermo y quedarse en su casota, pero si volvía a su casota tenía que soportar las roturas de cojones de su esposa, que me tiene podridote. Venía mal Rosqueta desde que se le apareció Cristóbal, y apenas lo vio comprendió que era una visita rara, se vio venir el mangazo, puto de mierda desde que se juntó con el turro ese hasta le sale a manguear, le hace los mandados, es una minota fiel, le hace la calle.

Pero qué ganas de recagarle el fin de semanota, Cristóbal puto se abusa porque le debe favores, maldigo la hora en que trabajé con él. De manera que lo engancharon, quedé bien prendido en el asunto ese de las fotos de Perón, rosqueta que se comieron solos los hijos de puta. Fue a pedirle que consiguiera el papel, nada más vividores, arribistas, ventajeros de mierda. Que le consiguiera el papel, dijo el putote, porque mi socio (así dijo el puto) tiene un *repor* grande, Andrade. Aia, tiene un repor grande, dijo el maricón barato. Aia, ella.

Pero qué ventajeros que son, che, no le dieron participación en la rosqueta, sólo le pidieron la gauchada, y como no le dieron participación en la rosqueta y además lo mangaron, le dijo a Cristóbal que esa rosca era peligrosa, arriesgada, imaginate que llueva. —Y vos, vos vas a vender fotos, andá a cagar —le dijo a Cristó bal la esposa de ese chanta.

Con ganas de desanimarlo, Rosqueta le dijo que en una rosqueta así no entraba ni aunque los sindicatos le garantizaran tres millones de ganancia segura, con ganas de arrepentirlo le dijo ése es un negocio de mierda, metete, metete, después me la vas a contar.

Aia, la maricona. Y cuando se quedó solo o mejor dicho acompañado de su mujer rompiéndole los quinotos, Rosqueta pensaba que era una lástima que un tipo como Cristóbal se metiera con el delincuente ese, no me lo puedo explicar, si a ese hijo de puta no lo quiere nadie, es un charlatán, y no sé qué hace con él, se la debe dar por atrás, seguro, lo machetea.

Es que a ellos el papel se lo iban a bajar el día del perejil, si no te ponés no te lo bajan ni borracho, a mí sí, yo pego un tubazo, armo la rosqueta, y listo, total ellos saben que yo me pongo, llega la hora de poner los mangotes y yo los pongo en la mesa, le decía Rosqueta a su mujer, el domingo, mientras viajaban a la casa de su suegra. Son muy amigos, muchos vinotes con ellos pero cuando llega el día o te ponés o no te dan un gramo más. Está bien, se cuidan. ¡Qué querés, Tota, cómo no se van a cuidar!

Eso recordaba Rosqueta caminando el lunes hacia su oficina, más temprano que nunca porque no había pegado un ojo, por ese gato de porquería que se pasó la noche maullando, miau miau, y aunque le tiró dos chancletazos el hijo de puta miau miau miau, se iba y volvía miau miau, y no pudo dormir ni un cachote, y además le dolía la úlcera miau miau, y la Tota más hinchapelota que nunca le decía que no tenía que haber comido tuco miau miau, embromate porque comiste tuco, te enojás cuando te digo que no miau comas.

Pero ahora el ardor se le había pasado; únicamente cuando caminaba sentía la molesta picazón de los sabañones en los pies. Pensaba que debía quedarse solo en la oficina y echarlo a Álamo Jim, es muy bocote. Pensaba en despedirlo en la primera de cambio porque sí, andaba mal, decirle che, nene, no vengas más porque sos muy bocote, y porque sos judío, y los judíos no me gustan, y chau.

Se apuró al llegar a Sarmiento porque temía encontrar alguno de esos vividores que estaban todo el día ahí adentro, y qué lástima, hubiera sido lindo tomarse un cafesote y leer el diario. Entonces resolvió ir a leerlo en su oficina; subió la escalera maldiciendo a Cristóbal otra vez, ahora porque le había hecho alquilar esa oficina que ni tenía ascensor, y los sabañones, la gran puta, y después de alquilar me dejó en banda por ese delincuente que le debe dar por el culo. Boludo de mierda, un tipo inteligente, valioso, qué ganas de perder el tiempo con ese malandra, pirata, bocote.

Abrió la puerta de su oficina y notó que alguien estaba durmiendo en el

sofá. Asombrado, entró y se acercó hacia el sofá, se dijo lo único que me faltaba, el que tiene la llave es Álamo Jim, si me trajo a dormir a un vago lo reviento, lo mando en cana, y lo echo. Desorientado, apenas distinguía un cuerpo pequeño, totalmente cubierto por un tapado marrón; dejó el diario sobre una silla y ni siquiera abrió la ventana, aunque el olor a viejo, a humedad, en la oficina era casi insoportable. Sin embargo, unos hilitos de mañana se colaban entre las rayas del ventanal. Rosqueta se arrimó más hacia el sofá, levantó un poco el tapado: distinguió una cabeza de mujer. Uia, es la provincianita, se dijo, la petisita amiga de Álamo Jim; ella temblaba, aparentemente de frío. Rosqueta levantó un poco más el tapado marrón, para ver cómo estaba de piernas. La miró bien: estaba pasable para un lunes a la mañana; entonces repentinamente se quitó el sobretodote, la bufanda, los anteojos, el saco, el pantalón y los zapatos. Pero las medias no, en primer lugar porque no tenía necesidad de sacárselas, y segundo y principal por los sabañones que picaban, y picaban.

VII

Rocamora decía que tenía hambre pero mentía que no tenía un peso encima, y sí que tenía plata pero no quería gastarla por cualquier cosa, vieja técnica del pedal. Tenía un billete de mil pesos escondido en el pañuelo, y era preferible aguantar el hambre a tener que pagarles probablemente a todos, bah, aunque sea a cinco, porque cada sándwich de chorizo costaba doscientos pesos. Soportaba entonces; había escuchado a Tachito durante unos instantes hablando de la novia, si podía pronto iba a casarse, se había comprado un terreno en Merlo y lo pagaba por mes, y si las cosas le iban bien se compraría un taxi, y me cago de risa, negro, es mejor ser patrón, trabajar por mi cuenta. Pobrecito —pensaba Rocamora—, era un buen pibe.

—Pero, Tachito, cómo te cagaron, cómo no te avivaste.

—Acabala —sonriendo Tachito.

Retornaba a hablar de la novia o del cambio de aros que tuvieron que hacerle al Falcon la semana pasada, o de la ruptura de cruceta de la semana pasada, y la semana pasada me pasó de todo, negro, trabajé dos días nada más.

—Pero quedate piola porque a vos te van a pagar. Te vas a la oficina, te hacen un cheque, y te salvás, aunque ahora estén haciendo sapo; cómo te cagaron.

Tachito miraba por la ventanilla sin que ya lo asombrara la cantidad de gente, ya acostumbrado a la multitud; se había puesto los anteojos oscuros, y también tenía hambre, y si se le antojaba podía invitarlo hasta a Rocamora porque andaba con bastante dinero encima, consecuencia de la recaudación taximetrera del día anterior, que debía liquidársela al propietario del coche.

—¿Sabés dónde tienen la oficina, no? —continuamente jodón Rocamora.

Abrió inmediatamente la guantera Tachito; sacó un papel doblado en cuatro.

—Sarmiento 1558, quinto piso, oficina 23 —leyó Tachito.

—Uy qué hijos de puta que son, cómo te la vendieron —reía el negro.

Tachito no sabía qué hacer con Rocamora.

—Y vos sos taxista, profesional del volante. No sabés que en esa dirección está la Municipalidá.

—Estás en pedo.

—Ma qué en pedo. Te digo que ahí está la Municipalidá, la parte de atrás del Teatro San Martín, el nuevo, viste.

—Dejate de hablar pavadas si la Municipalidá está del lado de enfrente, de

los números impares.

—Ah sí; ojalá, mejor para vos, Dios quiera que sea así, Tachito.

Salió del Falcon Rocamora; se quedó parado.

—Ves, Tachito, de esta mano están los pares, la Municipalidá —señalando con la mano Rocamora—, y de esta mano los impares, enfrente de la Municipalidá.

También salió del Falcon Tachito; se paró al lado de Rocamora, rascaba su cabeza.

—Estás equivocado, negrito. La Municipalidá —pero ya no estaba seguro Tachito— está de esta mano, del lado impar.

—Está bien, dejemosló así, andá ahí y vas a ver, todavía que te cagaron sos caprichoso, no quiero hablar más del tema —repentinamente serio Rocamora.

Caminaron unos pasos; el negrito se asombró.

—Mirá la cantidá de gente que viene.

Se veían kilómetros de cabezas.

—Y mirá allá —señalaba a la gente que ya había llegado Tachito.

Tachito dijo que estaba con el pueblo, y si el pueblo era peronista por algo era, yo también soy peronista.

—Vos no sos peronista, negro. ¿Qué sos?, ¿radical?

Rocamora le miró la ingenuidad.

—Yo estoy al costado, Tachito —y agregó—: me gusta que seas peronista. Pero cómo te cagaron.

Cierto, provocaba una sensación particular mirar esos kilómetros de cabezas y encontrar que una de esas cabezas pertenecía a Willy, y Willy continuaba gritando efusivamente póster póster póster del General, y encontrar que otra de esas cabezas pertenecía a Cristóbal, mudo, cara de idiota.

Durante algún minuto, Tachito y Rocamora contemplaron cómo los propietarios de muchas cabezas pasaban de largo, sin detenerse a observar la magnificencia cromática del póster, sin detenerse a maravillarse con el detalle artístico de los ojos del caniche, para no ir más lejos sin detenerse aunque sea para acomodarse los zapatos, o para quitarse alguna misteriosa piedrita del zapato. Minga, pasaban de largo pero para verlo al General Perón, pero de carne y hueso.

Sin embargo Willy era indestructible; póster póster del Líder de América, compañeros.

—Che, ¿esos ruidos no son tiros? —preguntó Tachito.

Pero había un bochinche bárbaro porque justo pasaban unos de la Juventud Peronista de Bernal y los bombos sonaban estrepitosamente.

—Te parece —respondió Rocamora—, deben ser petardos.

Se conformó Tachito; dijo de inmediato:

—Qué contenta está la gente, qué lindo.

El negrito le dijo que le había caído muy bien; era un muchacho que le

gustaba, le parecía que estaba bien ubicado.

—Sos un pendejo centrado, Tachito.

Sonreía Tachito.

—Tachito —le dijo de repente Rocamora—, vos que estás ubicado políticamente, vos que estás esclarecido, vos que compartís cosas con el pueblo, y estás con el pueblo, por qué no te pagás un sánguche de chorizo y me dejás de joder.

EL CHOCOLATERO

—Esperate un cacho que ahí pasó el Chocolatero —le dijo Rocamora a Vitaca, levantándose y saliendo hacia la calle; el Chocolatero caminaba por Sarmiento, apresurado, y Rocamora debió gritarle —aunque no correspondía — pero de otra manera se le hubiera escapado.

—Noel, Noel —gritó.

Noel tardó un minuto en darse vuelta; primeramente permaneció parado, y esperó; después se dio vuelta, cuando se aseguró que debería ser un conocido.

—Salud, negrito —dándole la mano Noel—, ¿cómo andás?

—Pedaleando —respondió Rocamora—, ¿estás apurado?

—Sí, macho, tengo que rajar.

—Te estaba necesitando, Noel.

—Así me gusta más, ésos son hombres —le palmeó la espalda Noel.

—¿A cuánto están los chocolates para mí?

—Para vos, medio tomate.

—Necesito dos.

El Chocolatero consultó su reloj, sacó la lengua afuera, se la mordió.

—Después te los alcanzo —dijo después de meter la lengua adentro Noel —, ¿estás en tu escritorio?

—Venite, damelós ahora, Noel, ¿qué te cuesta?

—No puedo, negrito —y agregó en voz baja Noel—: tengo que ir a buscar un lorito que me está esperando, sabés.

—Bueno, te espero en mi escritorio —aceptó entonces Rocamora.

El Chocolatero se fue casi corriendo a buscar su lorito, mientras Rocamora retornó a su escritorio, es decir a una mesa de la confitería Las Palmas, donde lo esperaba Vitaca, quien miraba insistentemente a una rubia que fumaba junto a un homosexual, sin pensar ya en quién podía ser el chocolatero ese, pero decidido a no preguntarle a Rocamora. Si le quería contar, cosa de él, pensaba, sabiendo que de cualquier forma iba a averiguarlo. Apenas debía no preguntarle Vitaca; el negrito le diría igual quién era el chocolatero. Rocamora se dirigió al teléfono público, habló, volvió a la mesa: Vitaca era mirado por el homosexual, mientras la rubia estaba en vedette del Maipo.

—Puta madre —apenas se sentó Rocamora—, es para pegarse una puñalada con un alelí. ¿Sabés a cuánto están los chocolates?

—No tengo idea —sin entender nada Vitaca.

—Medio tomate cada uno. Necesito dos para un muchacho amigo que tiene que solucionar un fragote, viste.

Lo dejaba hablar Vitaca; en realidad, la mirada fija, detenida del maricón era francamente insoportable.

—Me voy a quedar tecleando porque encima tengo un tomate nada más, y dos o tres soretitos para el colectivo.

Algo empezaba a descifrar Vitaca: tomate, soretito, un chocolate a medio tomate, en fin, pero más que nunca no iba a preguntarle.

—Qué loco este Chocolatero —rió solo, tocándose la frente Rocamora—, ahora viene.

El puto y la rubia se levantaban.

—Lo tenés que conocer —continuaba Rocamora—, fue a buscar un lorito y viene.

—¿Un lorito? —asombrado, sin contenerse Vitaca.

—Sí, un lorito, un billete de cincuenta mil pesos, viste que es verde, se le dice lorito —catedrático Rocamora.

En realidad —pensaba Vitaca— no era muy vergonzoso preguntarle, pero temía quedar como un turista; además Rocamora ya le había presentado varios tipos raros, por ejemplo, a uno muy elegante y después le dijo: ése es el Ladrón de Expedientes. También le presentó a Rosqueta, y le habló del Boga Fumanchú, del Escribano Muerto, Drácula al Revés, tipos que no tenía por qué haber conocido, de esos tipos prohibidos que uno no puede creer que caminen por Buenos Aires, que estén ahí, a la vista, al lado de los sicoanalizados. Por supuesto, para un dibujante nuevo —aunque trepador— como Vitaca, no era tan terrible ignorar quién era el Chocolatero; decidió preguntarle.

—¿Sabés qué vende el Chocolatero, no? —ganándole de mano le preguntó el negrito.

Chocolates, iba a responder Vitaca, pero le pareció muy primario, sobre todo muy estúpido responderle eso. Prefirió responder la verdad, que no sabía, sin palabras, apenas con un gesto.

—Chocolates vende —conteniéndose Rocamora; a Vitaca le parecía que estaba por reírse de él. No importa, se dijo, sabiendo que el negrito no aguantaría sin hacerse el maestro.

—Mirá, chocolate viene de checonato. ¿Sabés quién era Checonnato, supongo?

Criado en el fútbol Vitaca, cómo no iba a saberlo.

—El insai derecho de Independiente —dijo— cuando jugaban Micheli, Checonnato, Bonelli (o Lacasia), Grillo y...

—Claro, por eso —interrumpió Rocamora—, pero también checonato se le dice a andar seco, sin un peso encima, por ejemplo decís ando checonato. Y también se les dice checonato —bajó la voz, arrimó la cara Rocamora— a los cheques. El Chocolatero vende cheques.

Como para constar, Vitaca trató de decir algo, pero más que nada para darle un pie a Rocamora, cosa que siguiera, y contara cómo hacía el Chocolatero para conseguir los cheques. Pero el negrito se lo dijo más tarde

(cuando iban a la oficina de los muchachos); los levantadores —ladrones— de portafolios entregan las chocolateras que están adentro, a los chocolateros, que vendrían a ser los distribuidores de chocolates.

Y si Vitaca se quedaba junto a Rocamora un rato más, conocería a Noel, el Chocolatero exclusivo de la zona centro, desde Callao hasta Alem, desde Las Heras hasta Avenida de Mayo.

—Puta —dijo Rocamora—, con este tomatito pensaba irme a mojar el bicho.

—Agarrate otra vez a la Esperpento grande, ella te copa, paga el mueble y todo —dijo Vitaca, sabiendo que Rocamora retornaría al nuevo tema: el embarazo de la Esperpento Menor.

—Dejame de joder con ésa, te crés que soy como vos, andá al Píccollo que te están esperando. Sí, cagate de risa nomás, pero está embarazada en serio, pobre Esperpentita, y eso que la agarraste una sola vez. Qué leche potente que tenés, Vitaca. Yo le di la dirección de tu casa, que hable con tu mujer, si entre mujeres se arreglan.

Reía Vitaca; lo apreciaba de veras a Rocamora. Sabía además que al negrito le había caído muy bien, le regaló un par de dibujos prescindibles, charlaron de mujeres en varias mesas, esperpentearon, pedalearon, jodieron.

—Te salvaste porque la Esperpentita se metió con un ingeniero. Está bien, se salva, que pague el pato el ingeniero ese, quién le mandó estudiar, que se joda.

A cada minuto, se ubicaba en alguna mesa un flamante homosexual.

—Tenés que verlo al Chocolatero —cuando detuvo lo del embarazo Rocamora—, tiene una cara de pelotudo que se muere.

Apenas había concluido de pronunciar la frase pelotudo que se muere, cuando Rocamora le dijo seriamente:

—Hacete el fesa que ahí viene.

Nunca se equivocaba Rocamora, pensó Vitaca; tenía razón: el Chocolatero llevaba puesta una cara de inocente padre de familia, de oficinista apocado, correcto bancario, una nariz gorda y cómica, el pelo engominado, era demasiado blanco, poseía algún granito con punta, muy serio, equipado con anteojos intelectuales y portafolio marrón.

—Noel, te presento a Vitaca, es dibujante, muy posta, tiene nuestra piel, pero tené mucho cuidado con las mujeres porque te las embaraza a todas, jamás le presentes a tu mujer.

Sonrió el Chocolatero, le extendió la mano.

—Es un peligro entonces —Noel.

Miró hacia los rincones, se sentó, dijo cuántos putos, dijo es una epidemia, tengo miedo de probarla, porque a lo mejor pienso que he perdido los mejores años de mi vida, no conozco a ninguno que se haya hecho puto y después se haya arrepentido, debe ser lindo, macanas.

—¿El joven —preguntó el Chocolatero a Rocamora, señalando a Vitaca— también es bufarrón?

Rieron; el Chocolatero dijo estaba muy cansado, dijo era feliz.

—Pedite algo, Noel —Rocamora.

El Chocolatero no respondió; se había callado.

—Sabés, negro —dijo después de una pausa molesta—, el lorito se me voló. Decime la verdad, ¿no es una pena?

—Uy pobrecito —Rocamora.

Mudo, posta y fesa, Vitaca convidó cigarrillos, pero Noel dijo no tenía vicios. Cuando se acercó el mozo, se quedó mirándolo sin decir nada, y el mozo esperaba inútilmente: Noel lo miraba con los ojos muy abiertos. Cuando el mozo se cansó de esperar y se dio vuelta, el Chocolatero le pidió un café. Dijo le dolía la cabeza, había bicicleteado mucho, hacía bastante frío, era feliz.

—Che, Noel, qué te iba a preguntar... ah, ¿y el Catarrito?

—Está en el *colegio*.

—Pero... así que empezó el colegio de nuevo. ¿Pero cuánto hacía que había dejado?

—Tres meses.

—¿Hace mucho que estudia de nuevo?

—Un mes. Es el ballotage, viste, la segunda vuelta, está de moda.

—¿Tiene buen Boga?

—Sí, Caruso es. Pero lo pescaron con un certificado mal hecho. Y vos sabés, negrito, piden reconocimiento. Si no te reconocen no pasa nada. Y si te reconocen, tenés que pagar todas las travesuras que se cometen en Sudamérica. Y el Catarrito es muy travieso.

Trajeron el café; Noel —mirando al mozo— abría mucho los ojos. Se sacó los vidrios, los cerró, se los frotó con las manos, volvió a ponerse los anteojos, miraba a las cuatro puntas, revolvía el café, decía era feliz.

—Yo estuve por entrar al colegio hace una semana, pero me salvé. Mi señora presentó un ave a tiempo.

Esa sí que Vitaca la pescó al vuelo; ya sabía, también por Rocamora, que el ave era un hábeas corpus. No, si uno, después de todo, entiende fácil, más cuando Rocamora pretendía mostrarle al Chocolatero, con cierta insistencia, el libro que Vitaca estaba leyendo. Sospechosamente había sacado algo del bolsillo Rocamora, lo había metido entre las hojas del libro: era el tomate, claro.

—*Las Tumbas*, de Enrique Medina, Ediciones de La Flor. Es un kilo, Noel, comprátela.

Se hacía el oso Vitaca, pero más el oso se hacía el Chocolatero cuando sacaba el tomate del libro, diciendo si aumentaba su felicidad iba a leerlo, cómo no, mientras Rocamora continuaba con que era una gran novela, te va a gustar mucho, Noel, sí, te va a hacer feliz. El Chocolatero miró de nuevo hacia las cuatro puntas, se concentró en una tetona impactante que probablemente estudiaba teatro, tetona que estaba sentada junto a un —más o menos— amigo de Vitaca, también homosexual, actor, culoncito. El marica

miraba a los tres; saludó a Vitaca.

—Éste es bufarrón, seguro —dijo el Chocolatero por Vitaca, y agregó—: Bueno, negrito, qué precisás. Nacionales, gallegos, tanos, provincianos, ingleses, municipales, certificados, hoy hay pa'elegir, de todos los gustos.

—Ma cualquiera, Noel —respondió Rocamora—, yo no tengo pretensiones, soy muy goloso, cualquier chocolate me conforma, de cualquier marca.

El Chocolatero contempló a la tetona de nuevo, dijo qué madre sería, qué felices podríamos ser juntos; se paró, agarró su portafolio, dijo voy al baño y vengo, parate un cachito.

Permanecieron Vitaca y Rocamora solos menos de un minuto; suficiente para que Rocamora le dijese con la mirada: sé que entendiste todo. Y hasta iba a comentarle algo con palabras a Vitaca, cuando notó que retornaba del baño el Chocolatero.

—Ah, me olvidaba —abriendo su portafolio Noel—, aquí te dejo los impuestos, ya te los pagué —y le entregó un sobre al negrito.

Lo guardó Rocamora; mientras, el Chocolatero decía que se iba, debía proseguir bicicleteando, pedaleando, pero igualmente era un hombre feliz. Le dio otra vez la mano a Vitaca, pero ahora el novel dibujante sintió que esa mano le pertenecía más, porque el Chocholatero le dijo, cómplice:

—Vago, dejá alguna sin embarazar, qué nos queda pa los feos —y agregó, bajando la voz—: si necesitás un chocolate alguna vez, avisale al negrito.

VIII

—¿Qué estará pasando allá adelante?

—Se están cagando a tiros.

Ya se oían los balazos patentemente y todos se miraban, comentaban, preguntaban asombrados qué estaría pasando allá adelante; la marcha peronista a todo volumen.

—Escuchá —dijo Tachito a Rocamora, mientras masticaba su chorizo—: si ésos son petardos yo soy Carlitos Gardel.

La gente que venía corriendo desde adelante era interceptada por quienes estaban atrás; alguno venía puteando, diciendo esos hijos de puta nos cagaron de nuevo como en León Suárez. Lo rodeaban, decía eran los matones de Rucci, los fachos, los alcahuetes a sueldo de los burócratas. Rocamora escuchó a un gordo que dijo por ahí que deberían ser los comunistas. Algún otro presumía, y otro que no sabía que ese algún otro estaba presumiendo, suponía que era verdad lo que decía, pero lo había entendido a medias, y con la presunción a medias, contaba como si fuera verdad a muchos otros que también lo malentendían. Nadie entendía qué estaba sucediendo.

—Compañeros, tranquilidad, no pasa nada, quédense en sus lugares —decían desde los altoparlantes—, compañeros, paz, paz, hoy es un día de fiesta, hoy es un día que fue largamente esperado por el pueblo, el día del reencuentro del General Perón con su pueblo, no empañemos esta jornada de gloria, compañeros. Tranquilidad, por favor un médico, un médico.

—Ese que habla es Leonardo Favio —Tachito.

Pero los balazos seguían, y Willy como si nada gritaba póster póster póster del General; alguien decía que había muertos: estaban tiroteándose entre los del palco y los de los árboles; otro decía que en los árboles estaban escondidos los francotiradores que querían matar a Perón.

Los balazos seguían.

—Qué joda —Rocamora—, Favio dice que no pasa nada pero llama a un médico —y continuaba masticando.

—Si sigue el tiroteo Perón no va a venir —Tachito—, vas a ver, negro.

El negrito —comiendo su segundo sándwich de chorizo— pensó que si Perón no aparecía, los muchachos tendrían que meterse los diplomas de bienvenida en el culo, y eso sí sería una calamidad. Resolvieron por si acaso (una bala perdida, viste), guarecerse en el Falcon. Mientras caminaban, se toparon con varias ambulancias. El ruido insoportable de las sirenas de las ambulancias y la marcha peronista y mucha gente que recién llegaba,

cantando, sin imaginar siquiera que adelante estaban reventándose a tiros.

Póster póster póster del General compañeros, póster del Gran Líder; Rocamora se le arrimó a Cristóbal y Tachito siguió a Rocamora. El negrito —que a Cristóbal lo conocía de memoria— comprendió, al verle la cara, que tenía ganas de largarse a llorar; estaba aguantándose, tenía los ojos hinchados.

—¿Así que hay tiros por el lado del palco? —preguntó Cristóbal.

—Dicen que sí —Rocamora.

—¿Quiénes son?

—Entre ellos —Rocamora—, los giles que se pelean por la patria peronista o por la patria socialista. Una discusión de putas, hay que dejarlos, con el que gane me prendo.

Los tres contemplaron a Willy: sonreía gritando la vida por Perón y póster póster póster del General; Rocamora dijo que envidiaba su fortaleza y Cristóbal asintió.

—Si esto nos llega a salir mal, tenemos que escaparnos del universo —se puso a mirar hacia abajo, levantó la cara de nuevo, reventado Cristóbal—, qué mala leche, hermano, debe ser algo sobrenatural. ¿Te parece que no se vendan los pósters, negro?, decime, ¿te parece?

Rocamora ponía cara de quéselevacer; interiormente, deseaba que Cristóbal se pusiera a llorar, deseaba que no vendieran un solo póster más, que les fuera asquerosamente mal. Ocultaba sus deseos mientras oía los lamentos de Cristóbal.

—Lo que nos falta ahora para completarla es que no venga Perón.

Sin embargo, exteriormente Rocamora trataba de irradiarle un poco de optimismo.

—Pero sacátelo de la cabeza, Cristóbal, cómo no va a venir. Por dos o tres tiros. Tiene que venir, quedate tranquilo, a vos te parece, no ves que hay gente que vino hasta de Jujuy, de Formosa. Viene seguro, no puede fallarles. Por tres negros que quieran cagarse a cohetazos, por favor.

Ahí Tachito, aunque después se arrepintió, por Cristóbal, pobre, intervino.

—¿Pero qué te creés?, ¿que Perón es boludo? ¿Si sigue el tiroteo qué va a venir a hacer?, ¿a hacerse matar al pedo?

Los balazos seguían.

Ya estaban acostumbrándose al tiroteo, a las ambulancias y a las sirenas. Sin embargo el pueblo se quedaba, esperaba nada más que verlo a Perón —pensaba Tachito—, mientras Willy continuaba increíblemente póster póster póster del General, con una sonrisa casi casi espontánea.

Orgulloso, Vitaca vio irse al Chocolatero, lo siguió con la mirada hasta que cruzó Sarmiento, hasta que se perdió de vista, hasta que Rocamora le dijo que no necesitaba los chocolates para él, sino para un amigazo del pedal que debía tapar un fragote bravo. Digamos que Rocamora lo dijo en un arranque de decencia, de pureza que le quedaba mal, forzado, quizá sin entender que a Vitaca no le importaba si los chocolates eran para él o para un amigo, y tal vez sin entenderlo, Rocamora justificaba la utilidad de los chocolates.

—Porque pongamos el caso, vos tenés un apuro, una cuenta de esas que te acogotan, le hacés un chocolate a treinta días y momentáneamente la frenás hasta que llegue la fecha —y agregó, socarrón—: además, nunca pasa nada, es puro cuento.

Contaba que Noel proveía de chocolates a muchos comerciantes frígidos de la zona, si total, Vitaca, los cheques son putas que van de mano en mano, nadie tiene que ver, a todos se lo dieron, somos todos Pilatos. Vitaca pensó (pero no lo dijo) que el chocolate servía además para comprar cualquier cosa y desaparecer, pero no tenía sentido decírselo, porque sería algo así como hacerse el sanito, y además de que no tenía interés en hacerse, no lo era.

Sin embargo Rocamora le contó de Desiderio, un reventado divino, que compraba jamones al por mayor y los vendía en las provincias. Todos los meses se llevaba dos millones de pesos en jamones y siempre pagaba, con cheques buenos, y cuando le tuvieron confianza pidió el doble de mercadería, y se la dieron, más de cuatro millones de mangos, Vitaca, y les encajó un chocolatazo que todavía los gallegos deben estar llorándolo. Reía Rocamora, decía a propósito Desiderio ahora se había salvado, se había enganchado bien, en Bienestar Social, cazó la manija de la Cegeté de Santa Fe, coordinaba el asunto de la ayuda, viste, y ligó el terremoto que hubo en San Justo, ¿te acordás?

—El tornado —Vitaca.

—Bueno, el tornado, y ligó para colmo las inundaciones en Santa Fe, se salvó, hizo como cien millones, le dieron una medalla de agradecimiento por la ayuda y todo, es un hijo de puta genial. Está bien, que se salve, me dijo el reventado para qué le voy a mandar la leche condensada a la gente, para qué, si en su puta vida la vieron la leche condensada, no la chuparon ni en fotografía. Me dijo el reventado para qué voy a darles las frazadas si se taparon siempre con bolsas de arpillera. Sabés, Vitaca, mandaban camiones enteros con frazadas caras, y el hijo de puta las cambiaba por las berreta, y se quedaba con la diferencia, está bien. Se desvió tres o cuatro camiones de ésos,

y camiones con frazadas, leche condensada, aceite, ropa, vitaminas, todo lo hacía guita, total. Si tiene suerte con el Brujo, va a coordinar la ayuda en todo el país, una tormenta más y pasa al frente para el resto de su vida. Es divino Desiderio, dice que desvirgó a muchos empleados que eran sanitos, que nunca habían tragado. Sabés qué les dijo: oiganmé, boludos, quesecrén, que todos los años vamos a tener inundaciones o terremotos, agarremos a dos manos ahora que puede durar poco. Dice que después que se desvirgaron, los empleados querían afanar cada vez más, es divino, peleaban para ver quién era más guacho. Vitaca, ojalá que agarre la coordinación para todo el país, me salvo, me hago nombrar su secretario, es todo tanga, Vitaca. Es un bacán Desiderio.

Era fenomenal reírse del mundo con Rocamora; reírse, por ejemplo, cuando Rocamora contaba lo que dijo Desiderio el 12 de marzo, después de las elecciones, cuando se enteró del resultado:

perdimos los radicales pero ganamos los peronistas.

—Desiderio es un muchacho macanudo, muy noble —Rocamora—, te da lo que no tiene.

Vitaca dijo que el Chocolatero también parecía un tipo muy noble, un vago sensacional que tiene nuestra piel, negro, y el negro asintió. Es verdad, dijo Rocamora, si el Chocolatero sabe que vos pedaleás y andás mal, filtrado, y él anda bien, te tira un tomate como si nada, diciéndote tomá, hermano, caminá.

Y si un día lo encontrás con varios tomates y loros en los bolsillos, te invita a Montevideo, a putañear, cuando tiene mucha mosca la tira, está bien, porque dice que guardar la guita o invertirla es cosa de desgraciados, y tiene razón, dice que gastándola es un hombre feliz. La guita la revienta, la quema, y lo felicito, Vitaca. La guita es para hacerla moco, reventarla. Yo quisiera tener guita para hacerla moco ahora; para qué vas a laburar, decime, Vitaca, para qué vas a amarrocar el mango. Para que a los sesenta años la disfrutes. Para que te vayas a Europa con un corazón prestado, a pila, agitado, con reuma, para que mirés como un gran boludo la torre Eiffel, o mirés una montañita, o un edificio arruinado, y saqués fotos, y ya no puedas chupar vino, ni correr, ni cojer.

No, Vitaca, la guita quema, hay que reventarla pronto, ahora. Jamás nos tiene que faltar un tomate en el bolsillo para una regia hembra, un hotel con espejos, unos whiscachos, y el pendorcho duro como un garrote. Porque con el pendorcho duro tenemos que atacar, Vitaca. Pero miralos, miralos a esta manga de imbéciles que nos rodea, infelices, pelotudos, por ejemplo acá, miralos bien, fijate y decime si no es para matarlos. Vos te crés que estos imbéciles normales son más felices que el Chocolatero. Miralos bien y después me vas a decir. Oílos, estudialos. Son taraditos, todos débiles sicoanalizados, bien currados por el sicoanalista, puro curro eso. Miralos bien, los taraditos se empujan, se arrastran, se aprietan, se pelean, es un vacío total. No sirven ni para reventarse. Hablan del suicidio y no tienen coraje ni para suicidarse. El

otro día no pude aguantar y les dije en una mesa: aquí todos hablan de suicidio, pero el único que terminará amasijándose voy a ser yo. Miralos, se levantan temprano para fichar en la oficina, o no se levantan simplemente porque los padres tienen guita, los papis. Con nuestro resentimiento, Vitaca, podemos hacer una ciudad. Miralos bien, fijate si no es para reventarlos, son cornudos, maricones, tienen conflictos. La van de superados, están de vuelta, nada los asombra creen. Miralos, son tan boludos que si les regalás dos tortugas se les escapan. Están hechos, Vitaca, nosotros no, nosotros tenemos que pedalear, somos muy pocos y tenemos que juntarnos, porque en esta selva si la vamos de monitos perdemos como en la guerra. Vitaca, si fueran todos monitos vaya y pase, uno la aguanta, pero no ves que está lleno de yararás, de culebras, de leones, con todos estos hijos de puta cómo la vas a ir de monito, hermano, de perdedor nunca. Carne de cañón en la puta vida, Vitaca. Si no comés, te comen. A afilarse los dientes, Vitaca, a pedalear, a agarrarse bien fuerte de la liana que nosotros tenemos que vivir como Tarzán.

—En pelotas y a los gritos —Vitaca.

En pelotas y a los gritos, matando en la selva para que no nos revienten, con un resentimiento encima de la puta que los parió. Qué querés, Vitaca. Que nos metamos a trabajar en una fábrica. Te lo imaginás al Chocolatero trabajando en una fábrica, en la Alpargatas, en la Ducilo, dejame de joder. Hay que ser feliz, Vitaca, no hay que dejarse reventar por los leones. Tenemos que estar siempre colgados de la liana, agarrados, como garrapatas, tenemos que estar siempre al costado, Vitaca, prendidos. Y si alguna vez en este país manda el Partido Comunista, nos compramos una hoz y un martillo y chau, seremos revolucionarios, es todo curro. Como dijo Desiderio, perdimos los radicales pero ganamos los peronistas, perdimos los peronistas pero ganamos los comunistas, perdimos los comunistas pero ganamos los conservadores. Siempre al costado, Vitaca, uno tiene que subirse al carro y chau. Si no te hacen lugar, hacételo de prepo, heroico, como Tarzán, aaaaauuuuuaaaaauuuuu.

Hay que ser feliz, Vitaca, la vida es linda, y Rocamora lo palmeaba comprendiendo que Vitaca lo quería mucho, sabiendo Vitaca que Rocamora también lo apreciaba, tenemos la misma piel. Relatando ahora el negrito que a veces los chocolates están más baratos porque hay de sobra en el mercado, en esta época del año, porque se afanan muchos portafolios viste. Y en el verano, principalmente en enero y febrero, hay muy pocos. Ni te imaginás, el Chocolatero no da abasto, suben que es un desastre. Con poca materia prima el Chocolatero se salva, baja bien la caña. Pero éste, Noel, es muy noble. No es como el Catarrito, Noel es más gente, no especula como el Catarrito que se los guarda esperando que aumenten, pero se jode solo, porque cuando los vende ya están deschavados, por eso se la pasa en el colegio, es un ignorante, un opa. Y eso que son hermanos, sí, má qué hermanos de tarea, son hermanos de veras, paridos por la misma olla. Pero Noel es mejor, más transparente, más... cómo decirte, más como nosotros, Vitaca, tiene nuestra piel.

Vitaca pagó los cafés y salieron; ambos debían pasar por la oficina de los muchachos, y Rocamora decía puta, me gasté el tomate, sólo me quedan dos soretitos para el colectivo, menos mal que tengo cigarros. Mientras caminaban hacia la oficina, Rocamora le pidió a Vitaca que se hiciera el oso, vos nunca hablés con referencia a mí cuando estoy con gente, con quien sea, nunca sabés nada, eh.

Llegaron a la oficina y los encontraron como de costumbre: reventados. Agarrándose la cabeza porque los cuervos los acosaban, las cosas habían empeorado, los acreedores los perseguían y no tenían un peso. Willy y Cristóbal trataban de consolarse diciendo pensar que después del 20 vamos a estar llenos de guita, que ya estaba listo, mañana nos entregan los pósters y los diplomas, salió regio.

—Hablamos con un distribuidor de interior para venderle de antemano diez mil y diez mil, grandes y chicos, pero no quieren adelantar ni un mango, a ciento ochenta días quieren, todavía — Cristóbal—. Además casi tenés que regalárselos.

—Los distribuidores, si pueden, te bajan los pantalones y te violan — Rocamora.

—¿Sabés cuánto les falta para bajarme los pantalones a mí?, ¿con qué me los van a bajar? —Willy.

Se lamentaron unos instantes; Cristóbal dijo estaba podrido, se sentía ahogado, mañana les entraba un cheque de una papelera, Vitaca, y no habían podido pararlo, nos cierran la última cuenta bancaria.

—Yo no sé si es una brujería, Vitaca —Willy—, o si realmente estamos orinados por los perros, no embocamos una.

Pero tanto el negrito como Vitaca intentaban alentarlos, decirles que faltaba muy poco, con las fotos de Perón harían un golazo al ángulo, y los muchachos decían sí, de eso estaban convencidos, el problema es ahora, Vitaca, no poder salir a la calle.

Willy miraba su escritorio, Vitaca miraba cómo miraba Willy las fotos que estaban debajo del cristal del escritorio, una foto de Willy hablando por micrófono, más delgado, probablemente de la época del lomo de jabalí, una foto de Willy pateando una pelota de fútbol, una vestido de jugador de tenis, una tarjeta que tenía una inscripción: Guillermo Pédersen, y abajo productor canal nueve; otra que decía también productor pero abajo decía Lowe, otra de Proartel; una foto abrazado con Ringo Bonavena, una con Violeta Rivas, muy sonrientes, una con Augusto Vandor, una con Néstor Rossi. Cuántas cosas había hecho Willy, y ahora se agarraba la cabeza y fumaba y decía qué hacés, Vitaca. La pregunta era refractaria, el mismo Willy respondía yo mal, hermano, filtrado, meado, mi única solución será pegarme un tiro.

Diariamente amenazaba con pegarse un tiro, más a esa hora, cuando hacía el balance y comprobaba que todo le salía mal, que no veía la luz. Más a esa hora cuando los recuerdos confabulados con las fotografías lo atacaban furiosamente; cuando contemplaba sobre todo las dos fotografías de esa

mujer que alguna vez tuvo, esa mujer preciosísima mezcla de ángel y vedette, que Vitaca permanentemente miraba impresionado. Esa mujer que había pertenecido a Willy en la época del micrófono y del lomo de jabalí, cuando Violeta Rivas y Bonavena querían ser sus amigos y desde el Lobo Vandor hasta Néstor Rossi le temían. Antes de caerme, Vitaca, antes de ese descenso que llegó precipitadamente, antes de vivir en esta oficina, Vitaca, de poseer apenas un colchón caro pero viejo, algunos trajes muy reformados que perduraban todavía desde la época del micrófono.

Y cuando todos se iban y Willy no se pegaba el tiro, ponía contra la pared las sillas, corría el escritorio, estiraba el colchón en el piso, y se acostaba debajo de la única frazada que le compraron entre Solange y Rocamora. Y sin poder evitar la idea del suicidio, reventado de frío, se dormía.

Pero ahora en la oficina, agarrándose la cabeza y mirando las fotos, maldecía con Cristóbal que nada les saliese bien, que la vida fuera una sucesión de acreedores, de amenazas.

—No, no puedo seguir, voy a tener que pegarme un tiro. Ando con el colchón al hombro, Vitaca, guita que entra es guita que se tiene que pagar.

Sonó el teléfono y atendió Cristóbal.

—No estoy —Willy.

—Solange, mire —Cristóbal por teléfono—, Willy salió hace diez minutos, ya no creo que vuelva. Sí, entiendo, pero cuando se fue yo no estaba, me dejó un papel escrito diciéndome que tenía que salir, creí que iba a verla a usté, a lo mejor está en camino. Bueno, si viene le digo que la llame urgente a usté, hasta luego, Solange.

Reía Rocamora; Willy dijo estaba avergonzado: Solange había robado plata a la madre para él.

—Creí que podía devolvérsela hoy, pero... —y bajaba la cabeza, hacia el escritorio—, voy a tener que pegarme un tiro.

A Vitaca le daba lástima; cambiando de conversación —Rocamora—, estuve con el Chocolatero en el bar. Cristóbal preguntó a cuánto estaban los chocolates.

—Cinco mil —respondió Rocamora.

Agregó que había comprado uno, para Calleja, viste, que tiene que solucionar el fragote del aluminio, Willy dijo era una lástima no tener cinco lucas porque hubiera necesitado un chocolate. Vitaca no dijo palabra, sabía que Rocamora había comprado dos, pero él repetía que había comprado sólo uno, para Calleja, por el aluminio. Además el negrito le había advertido; si no se los daba, sabría quizá la causa, cosa de él, pero igualmente a Vitaca le daba bronca que se comportara así, que no fuera solidario. El negrito sacó un chocolate del sobre y leyó:

—Che, Banco Nación, es lindo.

Sonriendo, Rocamora repetía es Banco de la Nación Argentina, casa central. Cristóbal lo miró, Willy seguía concentrado en el escritorio. Vitaca también lo miró: era perfecto, un cheque común, con la particularidad de que

era robado a algún pobre y adinerado cristo que ya habría denunciado a la policía. Rocamora, con el chocolate en la mano, dijo a Willy:

—Me lo dibujás.

Willy levantó la cabeza:

—Pero qué te voy a dibujar, hoy me tiemblan las manos. No puedo ni siquiera agarrar un revólver para pegarme un tiro.

Cristóbal intervino:

—A mí me conocen la letra, negrito.

Antes de que se lo pidiera, Vitaca sabía que debía dibujarlo, no podía negarse, si no era un turista; Rocamora lo miró:

—Vitaca —dijo.

Rocamora sabía que iba a dibujarlo Vitaca, y Vitaca estaba seguro de que iría a parar alguna vez a la cárcel. Pero también pensó que uno no debe estar en forastero, en ningún rincón; además pensó que la cárcel no sería un lugar del otro mundo. Agarró una birome y Rocamora le entregó el cheque.

—Dibujámelo bien.

—Pero sí —haciéndose el gran gángster, el conocedor Vitaca—, ¿para cuándo te lo dibujo?

—Hacelo para el... a ver... a ver... estamos a 17 de junio, cuarenta y cinco días ponele, sería para el...

—1º de setiembre —Vitaca.

—1º de agosto —interrumpió la calculadora, Cristóbal.

—No, entonces ponele sesenta días —Rocamora—, dibujameló para el 17 de agosto, es el aniversario de San Martín, mi compadre correntino, pero no importa —y agregó—: no te preocupés, hasta esa fecha sabés por la cantidá de manos que va a pasar esta puta.

—No, no me preocupo —canchero Vitaca—, si llega a pasar algo, me hago cargo hasta de la muerte de Kennedy.

Rió Rocamora, también Vitaca mientras comenzaba a dibujarlo, pensando que si llegaba a pasar algo con la policía, deschavaría a todo el mundo.

Vitaca dibujó 17 de agosto de 1973. Arriba, dibujó en números 18.896, o sea que dibujaba casi por dos millones de mangos, pensó. Dibujó en letra cursiva dieciocho mil ochocientos noventa y seis.

—¿Pesos ley 18.188 pongo?

—No, no, así nomás.

Dibujó una rayita y todo Vitaca; abajo, dibujó una firma impresionante, por lo menos de ejecutivo, y le entregó el chocolate dibujado a Rocamora. El negrito contempló el dibujo; sonriente, lo mostró a Willy y Cristóbal. Después, palmeó a Vitaca.

—Se ve que sos un Picasso, Vitaca —le dijo, y metió el chocolate en el sobre.

APUNTES SOBRE ROCAMORA

En ciertas mesas del bar Las Palmas, Rocamora tenía la maldita (o no maldita) costumbre de ponerse sentimental, especialmente cuando se hallaba acompañado por Vitaca y por alguna mocosa de esas que constantemente rodeaban a Vitaca. Y si había dos mocosas, más sentimental se ponía. Decía Vitaca que cuando el negrito se ponía sentimental era —de veras— un sentimental de mierda, a cualquiera podía impactar.

Por ejemplo, el negrito se ponía sentimental cuando —mientras tomaban café o divagaban— aparecía un pibito desposeído, inevitablemente morochito, sucio, por lo general a vender cafiaspirinas, o repartiendo estampitas de algún santo en liquidación, o sencillamente pidiendo una moneda. A Rocamora se le caía la ternura de los ojos, y Vitaca ya presentía que el negro estaba recordando. Entonces insinuaba a Rocamora (si había mocosas, claro), trataba de que contase algo de su infancia en Corrientes, más porque sabía que al negro le gustaba contarlo.

Recordaba entonces sentimentalmente Rocamora su infancia en un pueblito que cuando yo me fui, hace treinta años, tenía dos mil quinientos habitantes, ahora tiene mil setecientos. Contaba el negro que él y muchos pibitos (como éstos, decía, señalando a los que pedían en el bar), algunos eran sus hermanos, otros primos, otros de ahí, del pueblo, y había algunos que eran menores que él y eran tíos míos, hijos de mi abuelita, claro. Rocamora narraba pausadamente deteniéndose en los detalles más crudos y simbólicos y desgarradores, los que más podían impactar a las mocosas.

Decía que al padre lo habían matado en una pelea, le metieron como siete puñaladas, contaba que el padre tomaba mucho vino, o caña, o lo que fuese, decía la madre había abandonado al padre, y también a él, claro, y a los hermanitos, y mientras decía, por debajo de la mesa, con sus piernas apretaba las piernas de alguna mocosa.

Proseguía relatando que lo había criado la abuelita y eran en total como catorce chicos, y pasábamos un hambre, Vitaca, increíble. Sabés que robábamos pomelos, me la pasaba comiendo pomelos cuando podía, si no había otra cosa. Me acuerdo de que un día el hijo del farmacéutico —que comía bien, Vitaca— me dijo que Greta Garbo comía pomelos todos los días, igual que yo, lo había leído.

Contaba que la abuelita (jamás diría abuela, abuelita sonaba mejor) era muy tierna, era la madre de su padre, por ellos hacía lo que estaba a su alcance, pobre: contaba que ellos pedían limosna en la estación del tren y también (como estos pibitos, ves) repartían estampitas, y apretaba

pronunciadamente las piernas de la mocosa que, a esta altura del relato, también se las apretaba a él.

Contaba que tenía trece años, iba al colegio, sí, pero descalzo, en patas, decía, y un día de setiembre, no me olvido más, había un solcito lindo, yo caminaba me acuerdo por la estación, y tenía mucha hambre. A veces me quedaba mirando la vía en la estación; bueno, te decía que tenía mucha hambre, un hambre tan atrasada que ni comiendo diez días la podría calmar, cuando la recuerdo ahora me dan ganas de pedirme un sánguche, decía, y apretaba.

Contaba había solcito y tenía hambre, y decidí irme, sabés, irme en el tren, y estuve juntando coraje, y fui a las casas a decirle a la abuelita que me iba.

—Me voy, abuelita.

La abuelita estaba sentada, fumaba un toscano; le había acariciado la cabeza, dado un beso en la frente, y se sacó el toscano para decirle:

—Está bien, váyase, Dios lo va a ayudar, usté es un niño muy despierto, le va a ir bien, váyase, acuérdese siempre de nosotros.

Y el chico, por la noche, se fue en el tren.

Contaba el negrito que sólo una vez volvió: la abuelita había muerto, los hermanos andarán por ahí, uno está en Buenos Aires, vive por Laferrere, no lo veo casi. Contaba Rocamora que trabajó de cualquier cosa y que en la vida tenía una gran ventaja: peor que como estuvo en la puta vida no iba a estar. Lo peor que pudiese ocurrirle ya no le asustaría, total, y apretaba las piernas de la mocosa.

Y la mínima satisfacción que lograra, el pan más duro que alguien le pudiera otorgar, era un triunfo, un triunfo pequeño pero triunfo al fin.

Estuve en Bolivia, Perú, Brasil, Paraguay, Colombia, vagué como un ciruja hasta que llegué a... a esta altura del relato ya Vitaca le había guiñado un ojo, y una de las mocosas (la apretada) lo miraba mucho.

Después, indefectiblemente, por esas consecuencias oscuras del sentimiento, se iban los cuatro (con dos mocosas) por algún rincón, a salvarse; a Rocamora lo enloquecían esos manjares jóvenes, decía lo inmortalizaban, y para las mocosas, presentía, era una experiencia notable que quién sabe nunca podría repetirse.

El conflicto para Rocamora (aunque no se hacía ningún conflicto) era hacerle creer a Vitaca que lo que había contado referente a su infancia era cierto, trágicamente cierto. Tan cierto era que hasta él deseaba creer que era mentira, había sido un sueño: nunca pidió limosna de chico, nunca el hijo del farmacéutico le dijo Greta Garbo come pomelos igual que vos. Claro, y lo decía para impresionar, y nunca la abuelita le había dicho, quitándose el toscano de la boca, después de acariciarle la cabeza:

—Dios lo va a ayudar, váyase, usté es un chico muy despierto, acuérdese de nosotros.

Es inútil, amigo Rocamora. En cualquier instante regresa la imagen de los

trenes, la vía que parecía no terminaba nunca, el reparto de las estampitas, el solcito y el hambre que todavía no saciaste, el toscano de la abuela, su manera de sentarse en las casas, con la silla dada vuelta.

A no ponerse sentimental, amigo Rocamora, a borrarlo, a rejuvenecerse con las pendejas porque mañana hay mucho que pedalear, bicicletero.

IX

De pronto, una voz histérica se oyó por los altoparlantes.

—Ordeno —gritaba el histérico— que las personas se bajen inmediatamente de los árboles; les doy cinco minutos para hacerlo, están en óptica de nuestros fusiles. Si no se bajan en cinco minutos, los ejecutamos. Es una orden.

—¿Y ése quién carajo es? —Rocamora.

—Vaya a saber —respondió cualquier peronista.

—Debe ser de seguridad —dijo otro.

—Parece una suegra deshonrada —pretendiendo causar gracia y quedarse a charlar un rato Rocamora, sobre todo porque esos muchachos se hallaban tomando mate, y porque además les había descubierto termos con café y porque tenían empanadas. Le dijeron, porque Rocamora les había preguntado, que ellos vinieron desde La Pampa.

Repentinamente rieron por otra ocurrencia ligeramente aporteñada de Rocamora, rieron los peronistas pampeanos y entonces sobre el pucho les mandó otra ocurrencia y de nuevo; a continuación les dijo que él afortunadamente no era porteño, sino que correntino y a mucha honra, y hacía muchos años que vivía en esta ciudad de mierda. En un atropello de palabras les dijo había vivido en La Pampa, y por poco se casaba con una pampeana, les mintió que vivía en Santa Rosa, cerca de la plaza esa cómo se llama (mentía, sabía que obligatoriamente tenía que haber una plaza, o una calle llamada San Martín, o Rivadavia, o Sarmiento).

Les preguntó a los pampeanos si eran también de Santa Rosa, qué lindo lugar, la gente qué buena, pura, no como aquí que tenés que cuidarte porque cualquiera te estropea, allá es otra cosa, porque la gente es más transparente, hasta que —por fin— lo convidaron con un mate.

—Parece que se esconden entre los árboles —dijo un pampeano que estaba al lado del negrito, comiendo un sándwich que Rocamora miró bien: era de cantimpalo.

Por no despreciar les tomó otro amargo más y les comió —porque no podía decirles que no— una empanada de dulce de membrillo, y se despidió y retornó caminando hacía el póster póster póster del General sabiendo que les estaría yendo para el demonio. Caminaba hacia el taxi y observó que Willy también caminaba disfrazado de cara de Perón y de perro de Perón, Perón en el pecho, en los brazos, caminaba pero en sentido opuesto, es decir hacia él, de manera que se quedó parado, esperándolo. Willy pasó de largo sin verlo, y

entonces el negrito se le acercó; con mucho agrado, experimentó que la venta iba para la misma mierda, y se enteró además de que apenas llegara a la oficina, Willy se pegaría un balazo, pero Rocamora ya estaba acostumbrado a que Willy dijera eso: no le dio mayor pelota. Caminaron juntos mientras Willy ofrecía póster póster póster del General.

—Cortate con un vidrio —le dijo el negrito.

Gozó mucho también cuando acompañó a Willy hasta una canilla porque decía que tenía la boca reseca; lo contempló agachado ahí en la canilla tomando agua, mojándole la cara al General Perón de su pecho. Cuando Willy se llenó de agua, comenzó a decir:

—Qué balazo me voy a pegar hoy.

El negrito no podía explicarse que Willy riera y dijese Perón no va a aparecer ni en figurita y los diplomas de bienvenida los vamos a tener que comer, y repitiera casi alegremente me voy a pegar un hermoso tiro, en la cabeza, negro.

Cortate con un vidrio mejor, le repitió Rocamora; ambos estúpidamente reían, más aún cuando Rocamora le dijo:

—No, Willy, no, así no tenés que ofrecer. A la gente tenés que agarrarla del cuello de la camisa y decirle: ¡Hermano, comprame un póster!

Después le dijo que ahora le dolía menos el estómago, y la cabeza más o menos, pero Willy no le pidió que volviera a tratar de vender: apenas le dijo chau hasta luego, negro, voy a seguir llenándome de guita. Se adelantó precipitadamente gritando póster póster póster del General y los ruidos de los balazos seguían aún. A cada minuto pasaba una ambulancia, algún arriesgado decía por lo menos eran cincuenta los muertos, un tipo que tenía una radio portátil estaba más rodeado que una vedette, la marcha peronista, Rocamora caminaba cantándola, y cuando se dio cuenta de que la cantaba se dijo que la marchita era muy pegadiza, linda, se dijo que Hugo del Carril debió haber hecho mucha guita (se salvó) con la marchita esa, está bien; miró —cantando la marcha peronista— hacia el palco donde hipotéticamente iba a hablar Perón, contempló los gigantescos murales de Perón, de Evita y de Isabelita, por lo menos de diez metros por diez, y pensó que el fotógrafo que cazó la onda esa también se había salvado, está bien, que se salven. Pensaba en que debía encontrar alguna ganga para salvarse con Perón, se dijo que si no se salvaba con Perón no se salvaba definitivamente más, cantaba *un grito de corazón viva Perón viva Perón por los principios sociales*, los balazos continuaban.

Los balazos y las ambulancias y el desconcierto, pero era interesante mirar la gente de las provincias, asombrarse —eso sí— al comprobar que todos los provincianos vinieron con carteles de FAR y Montoneros, los contempló sentados o parados o caminando o gritando si Evita viviera sería Montonera, esperando —como esperaba él— que llegara Perón y se acabase el tiroteo y Perón dijese desde el palco la palabra compañeros.

Cómo no va a venir Perón, se decían muchos, tiene que venir, pero los

balazos seguían adelante, y se sabía que adelante estaban cuerpo a tierra, desde Leonardo Favio hasta cualquier peronista que quería gritar Perón Perón y ver de cerca a Perón cuando levantara los brazos y dijera compañeros.

Mientras cantaba la marcha peronista a Rocamora le llamaba la atención una estrofa que le habían agregado los muchachos y chicas que portaban cartelones de FAR y Montoneros Juventud Peronista; se acercó y la escuchó bien.

Si ayer fue la Resistencia
Hoy Montoneros y FAR
Y mañana todo el pueblo
En la guerra popular

Le vinieron incoherentes y repentinas ganas de cantar también con ellos pero no se animó; se dijo que alguna vez verdaderamente iba a armarse una podrida bárbara.

Siguió caminando Rocamora, hasta que encontró a quienes inconscientemente buscaba: a los que venían desde Corrientes. Sintió una satisfacción y recordó una vía que no terminaba nunca y recordó a una abuela y a un farmacéutico cuando leyó una bandera: Montoneros de Corrientes. Descubrió varias en que se leía FAR, o Juventud Peronista de Corrientes. Se metió entre ellos y cantó con ellos FAR y Montoneros son nuestros compañeros, y se sintió indio, rotoso, los vio rotosos, feos y correntinos y eran más de quinientos aunque no sabía calcular bien. Es que a veces Rocamora parecía escapado milagrosamente de una fotonovela de esas que publicaba Rosqueta; miró hacia los costados y se aseguró de que no lo miraba nadie, ningún conocido pedalero, y cantó *Montoneros Montoneros son soldados de Perón los gorilas tienen miedo tienen miedo al paredón*, y avanzó unos metros con ellos, gritó efusivamente *Corrientes Montonero*, los tocó, aprovechó que nadie lo miraba para permitir que una lágrima se cayera de sus ojos duros.

Como los muchachos del pedal podían descubrirlo, decidió abandonar a los correntinos; permaneció parado mientras los correntinos avanzaban. Cuando desapareció el último correntino, Rocamora se puso la cara de Rocamora, se dijo y repitió que era un sentimental de mierda pero menos mal que nadie lo había visto.

Retornó entonces hacia el taxi; ya antes de llegar veía a Willy con los pósters y ya le resultaba inadmisible que estuviese gritando como si fueran las ocho de la mañana y como si adelante no estuvieran reventándose a tiros. Por si fuera poco, mucha gente decepcionada y atemorizada se iba, totalmente convencida de que Perón no pronunciaría la palabra compañeros. Otros, como Tachito, conservaban todavía una secreta esperanza; Rocamora

se le arrimó. Después de pedirle un cigarrillo, le dijo:

—Tachito, cómo te cagaron.

EL PRÍNCIPE

Plena, repleta de linaje, majestuosa, desparramando alcurnia, noble, la Esperpento Mayor salió a la calle a lucir al Príncipe; en su mano ella llevaba un sable viejo, envuelto en papel madera, que había sacado de un mueble antiguo simplemente para que el Príncipe lo viera, él, que sabía, para que le dijese con total imparcialidad si ese sable no era una reliquia. Era un sable que le habían obsequiado a su bisabuelo, un individuo muy importante; sobre todo, un individuo muy humano, como decía.

Plena, del brazo del Príncipe, la Esperpento Mayor empuñaba el sable envuelto en papel madera, mientras el Príncipe, blanco, lampiño, rubio, corpulento y cuarentón, vestido de impecable traje azul, un poco más acá del bien y del mal, se limitaba a saludar cortésmente —como un Príncipe que era — a todo aquel que le fuera presentado.

En el Píccollo, el Príncipe conversó con el Gordo, a quien la Esperpento Mayor había presentado como el barman máximo de Buenos Aires, y además, un individuo sensacional, humano.

También la Esperpento le presentó al distinguido señor Andrade (el Príncipe no sabía que el señor Andrade era Rosqueta); le presentó además a un promisorio artista, *dibuja tan bien*, tiene el futuro en las manos este muchacho, el señor Rolando Vitaca, anotar bien su nombre, Erick, recuerda.

A solas, Vitaca le dijo a la Esperpento:

—Para una diosa mitológica como tú, un Príncipe es lo apropiado.

Después, en el bar Las Palmas, en la oficina de Rosqueta, en el estudio del Boga Fumanchú (que también había sido presentado), no se hablaba de otro tema que no fuese la precipitada irrupción del Príncipe. La señorita Ethelvina suspiraba, estaba melancólica. Todos, mirándose extrañados, se preguntaban cómo pudo habérselas ingeniado la Esperpento Mayor para conseguir un Príncipe, y enamorarlo. De las embajadas, de ahí, claro, se respondían.

Cuando se lo dijeron, Rocamora rió, pero él constantemente reía; dijo la única reventada que en Buenos Aires podía enamorarse de un Príncipe era la Esperpento Mayor.

Sin embargo, nadie sabía con exactitud en qué paraje del universo existía el principado del prometido de la Esperpento Mayor, pero igualmente lo imaginaban verde, con lagos, con castillos que se levantaban sobre los lagos, con cascadas y misterios, y tendría un pueblo alegre y rubio, y el pueblo festejaría el matrimonio del Príncipe con la Esperpento Mayor arrojando los sombreros al aire, y beberían ron, y bailarían hasta la madrugada.

Rocamora le decía a la Esperpento, cuando se hallaba sola, generalmente

en el Píccollo y a mediodía, que le encantaría conocer al Príncipe. La Esperpento Mayor le decía que Erick era un individuo muy ocupado, pero se lo iba a presentar.

Hay que destacar lo rejuvenecida que estaba la Esperpento Mayor desde que noviaba con el Príncipe: era una neomuchacha, hacía gestos, caritas de veinteañera.

Sus ojos eran dos sueños realizados, le decía Vitaca.

Pero Rocamora tenía un presentimiento; él, lógicamente, ya no creía en los príncipes de colores, pero tenía ganas de conocerlo, porque difícilmente uno tiene la oportunidad de conocer a un príncipe.

—Príncipe de las pelotas debe ser ése —decía Rocamora a Vitaca.

—Me da la impresión de que estás celoso —respondía Vitaca; entonces era peor.

Al otro día o quizá esa misma noche, Rocamora y el Príncipe fueron presentados.

—Erick, el señor Rocamora.

El Príncipe Erick y Rocamora se miraron muy a los ojos; el primero que desvió la mirada fue el Príncipe, para hacerle, delante de Rocamora, un elegante y noble arrumaco a la Esperpento Mayor.

El Príncipe Erick vestía un brillante traje azul de gabardina y llevaba prendido en la solapa un inentendible escudo; la Esperpento Mayor llevaba un saco de corderoy rojo, y en la solapa, el mismo inentendible escudo. Ella, al comprobar que Rocamora miraba los escudos, le dijo:

—Es un blasón.

—Ah.

El negrito tenía ganas de preguntarle de dónde podía ser Príncipe el hijo de puta ese; lo miró como pensando hay un algo que te vende yo no sé si es la mirada. Pero el Príncipe, altanero, real, fruncido como un Príncipe, apenas miraba los labios de la Esperpento Mayor, labios que permanentemente trabajaban en la elaboración de palabras inútiles que escasas veces eran escuchadas, palabras que aparentemente sí eran atendidas por el Príncipe. Rocamora pensó que a lo mejor Erick era un Príncipe de veras, y la debería querer en serio. Que a lo mejor él y Vitaca eran dos guachos que jamás valoraron la capacidad de la Esperpento Mayor; y por eso la tomaron para la joda, de entrada, y por eso se le reían, la usaban. Entonces Rocamora dejó de mirar al Príncipe —digamos— con agresividad, y los contempló a los dos con cierta ternura, casi arrepentido, y se despidió muy cortés. Erick le dijo, utilizando un acento raro, probablemente polaco:

—Ha sido un placer, señor Rocamora.

La Esperpento Mayor, como estaba delante del Príncipe y quién sabe era celoso, no le dio un beso a Rocamora, sino la mano; los vio caminar del brazo por Paraná hacia Corrientes. El negrito permaneció parado, raro, polaco, tratando de acostumbrarse a pensar que la Esperpento Mayor se había metido de novia con un Príncipe. Pensó que entonces ella iba a ser una Princesa;

pensó que él una noche se había reventado a una Princesa, y como era un superficial, jamás la había valorado. Era un boludo.

En Las Palmas y en la oficina de Rosqueta comentaron con Vitaca y con Álamo Jim el romance apasionado que estaba viviendo la Esperpento Mayor. Rocamora decía la flaca se salvó. Hasta Vitaca debió acostumbrarse a pensar que la diosa mitológica que ellos tomaban para la joda se había metido de novia con un Príncipe.

Y trataban de explicarse dónde pudo haber conocido y conquistado a un Príncipe.

—Para saber, así mando a mi hermana —decía Vitaca.

Sin embargo, se lo explicaron: ella concurría a las reuniones de las embajadas, si muchas noches se iba temprano del Píccollo porque tenía una fiesta en la embajada.

—Qué carajo sé qué embajada, yo creí que era grupo —decía Rocamora.

—Tenía buenas relaciones con los consulados —decía Vitaca.

—Claro, habrá armado la rosqueta por ahí —decía Rosqueta.

Transcurrieron dos días y volvieron a contemplarlos juntos, de la mano; ya con respeto saludaban a la Esperpento Mayor, haciéndose los finos y delicados, en oportunidades besándole la mano, y con cierta reverencia saludaban al Príncipe Erick.

Después, apenas se encontraban Rocamora con Vitaca o con Álamo Jim o con Rosqueta o con el mismo Boga Fumanchú, se preguntaban:

—¿No lo viste al Príncipe?

Una noche Vitaca trajo la noticia: la Esperpento Mayor había viajado con el Príncipe hacia Mar del Plata. El Príncipe no conocía la costa atlántica argentina; por eso, en un arranque de nacionalismo, la Esperpento Mayor se lo llevó a Mar del Plata. Se lo había contado el Gordo del Píccollo: viajaron en uno de los coches del Príncipe, con chofer y todo.

Extrañaban en el Píccollo la presencia de la Esperpento, aunque en realidad no a la Esperpento, sino al Príncipe.

Álamo Jim Roitenberg había inmortalizado una historieta de piratas, historieta en la que participaba un Príncipe; la anécdota: un secuestro en altamar, secuestraban a un Príncipe. La historieta —que iba a proponer en Columba— se titulaba: Han secuestrado al Príncipe.

Rosqueta quería averiguar si en el país del Príncipe podría realizar alguna rosqueta rara, por ejemplo enviar fotonovelas, traducís el testo y chau, yo le mando los cuadros, hay que conversar.

El Gordo del Píccollo podría radicarse con su mujer y sus hijos en el país del Príncipe, porque Buenos Aires —decía— le hacía mal. Además podía asistir invitado especialmente para las nupcias, porque era el máximo barman de Buenos Aires, y a lo mejor se quedaría definitivamente ahí, en Alemania o en Bulgaria o en algún país de esos polacos, donde mandaba el Príncipe.

Vitaca se veía becado por el Príncipe; haría una exposición de sus dibujos, el Príncipe lo promocionaría, no tendría que dibujar más historietas, sería

amado perpetuamente por rubias de ojos azules que se tirarían en la alfombra para verlo pintar.

Rocamora podría hacerle aquí algún pedal al Príncipe, por ejemplo una cobranza, impuestos, representarlo aquí y en el Uruguay, conseguir exportar, importar, alguna concesión, hacerse amigo, guardaespaldas, mangarlo.

La Esperpento Menor apareció una noche por el Píccollo y preguntó si no iba la señora Alba (la Esperpento Mayor); le contaron todos a la vez que la señora Alba se había puesto de novia con un Príncipe, y estaban invernando en Mar del Plata. Rocamora le preguntó primero qué tomaba y segundo por qué no aparecía más y tercero si habían disuelto la sociedad con la Esperpento Mayor (dijo con Alba). La Esperpento Menor respondió primero que un whisky con hielo y segundo porque estaba muy ocupada y tercero que sí, habían disuelto la sociedad, pero no porque las cosas anduvieran mal, con Alba somos como hermanas, sino que porque estaba por casarse, y su novio —que era ingeniero— no quería que trabajase más. La Esperpento Menor se iba a casar dentro de diez días, y se radicaría en Río Gallegos, porque al ingeniero le habían otorgado un puesto de mucha relevancia en esa ciudad. Rocamora dijo qué bien, parece que les va muy bien a las dos, y la Esperpento Menor dijo que sí, aunque no le entusiasmaba la idea de radicarse en Río Gallegos, pero ellos eran soldados del Movimiento Peronista y estaban para obedecer, para servir donde se los precisara. En ese momento se enteró Rocamora de que la Esperpento Menor era soldado del Movimiento Peronista; había cazado una manija, entonces había que tratarla con cordialidad, porque a lo mejor en Río Gallegos se podía realizar alguna componenda.

Vitaca acompañó a la Esperpento Menor y probablemente se tomaron un taxi y se fueron a encamar como Dios manda; Rocamora permaneció solo, en la mesa del Píccollo, bebiéndose el whisky que había dejado pago Rosqueta, conversando de a ratos con el Gordo, el máximo barman.

Al cuarto de hora e inesperadamente entró sola la Esperpento Mayor, con un par de anteojos negros y desarreglada; se sentó con Rocamora y pidió un whisky doble. Rocamora no tuvo necesidad de preguntarle por el Príncipe; parece ser que el Príncipe era un mal individuo, un vago que la había enganchado en tres millones y medio de pesos, y había desaparecido del país, misteriosamente.

Se habrá ausentado solo, sin la Princesa, a ese lejano paraje verde donde hay lagos y donde los castillos se levantan sobre los lagos y donde a mediodía el aire se viste de un color particular y donde el pueblo es rubio y bebe ron y baila.

Menos mal que Rocamora pudo aguantar la risa cuando la Esperpento Mayor, avejentada y llorando, le decía que ese individuo se le había llevado hasta el sable que pertenecía a su bisabuelo.

X

—Tachito, cómo te cagaron —le dijo Rocamora por infinita vez al taxista que estaba apoyado contra el capó.

Tachito lo miraba; no podía matarlo.

—Prendé la radio —dijo Rocamora.

—No anda, rompepelotas —respondió Tachito.

Con pose de ejecutivo pagador, Rocamora le dijo:

—Yo no me explico por qué los muchachos contratan exclusivamente a un tachero de mierda que ni siquiera tiene una radio que ande. Cómo te cagaron.

Estaba cansado Tachito; pensaba en que podían echarlo, que el patrón, gallego cerrado, gorila, esperaba que esa noche apareciera por su casa por lo menos con sesenta mil pesos, y quince mil de la recaudación del día anterior. Por si no bastara, Perón no iba a aparecer; Tachito tenía deseos de estar en la casa de su novia, comentando, mirando el noticiero de tevé. De ninguna manera quería tener al negrito al lado, jodiéndolo con eso de cómo te cagaron.

Cuando se lo dijo de nuevo, Tachito le tiró una trompada. Pero con el negro es imposible enojarse; se ríe, a uno lo palmea, al final uno termina riéndose con él. O tal vez repentinamente se pone solidario; pregunta cosas, escucha de verdad.

—Qué hago, negro, te parece. Con qué cara voy a devolverle el coche al patrón, sin un mango, decime, con qué cara.

Pobre pibe, pensaba Rocamora, se hacía un drama bárbaro, no estaba acostumbrado al pedal; Tachito no vivía como Tarzán, estaba organizado. Sin embargo, uno no debe tener lástima a nadie, se dijo.

—No te hagás problemas, Tachito, ya está todo arreglado.

Ya presentía la joda Tachito; preparaba el puño.

—Apenas Perón suba al palco va a decir: compañeros, compren un póster mío, ahí hay unos muchachos que lo venden.

Tachito le tiró una trompada, pero el negro la esquivó; reía además: el taxista no tuvo más remedio que reír con él.

—Cortate con un vidrio, Tachito.

ROSQUETA ELUCUBRA UNA ROSQUETA

Sentado frente al escritorio de su oficinota, Rosqueta aguardaba un tubazo que, de llegar, le adelantaría la futura rosqueta; sucedía que Rosqueta, desde la semanota anterior, venía elucubrando la rosqueta. La rosqueta le daba vuelta y le daba vuelta por la cabeza; se preguntaba, elucubraba, analizaba qué rosqueta podría realizar.

Rosqueta elucubraba: no puede ser. El 25 de mayo hubo, más o menos, mil millones de pesos en juego. Desde chorizos hasta escarapelas. Pasando por revistas, fotos, cafés y jugos de fruta. Se hicieron cualquier cantidad de rosquetas y el 25 de mayo apenas había un millón de tipotes.

Rosqueta elucubraba: el 20 de junio, cuando regrese Perón, van a ir a Ezeiza, aproximadamente, tres millones de tipotes. ¿Y yo no voy a agarrar ningún mango? No puede ser; todos andan entreverados en alguna rosqueta y yo no puedo quedarme quieto.

Su amigo Montemorro había hecho la rosqueta de los discos de Perón, Perón hablándole a la juventud, Perón hablando de la doctrina peronista; además Montemorro también enganchó unos discos por encargo de la UOM, la UOCRA y otros sindicatos, así que todavía va a ganar más mangotes. El gordo —otro amigo de Rosqueta— publicó por su cuenta unos libros de Perón y los vendió como aguota. Son muy buenos rosqueteros, para qué negarlo.

Rosqueta elucubraba: y yo nada. Yo, como soy un gil, nada. Para el 20 de junio hasta el puto de Cristóbal se armó una rosqueta, pero la saben todos, son muy bocotes.

Menos mal, llegó el tubazo, le confirmaron; entonces se adelantaba la rosqueta.

Rosqueta, para hacer rosquetas, lo único que necesitaba era un teléfono, para pegar tubazos. Ayer lo había llamado un amigote, y le había pasado el dato de que el 21 de junio, viernes, como había huelga, los impresores de la revista *Así* no iban a trabajar. Buen dato, se dijo Rosqueta: y anoche, al darse vuelta en la cama y darse vuelta, la rosqueta se le iba aclarando. Y le confirmaron, adelante con la rosqueta; el 21 a *Así* no la imprimían.

De manera que Rosqueta se puso a armar —mentalmente— la rosqueta.

Elucubraba Rosqueta: Perón llega el 20 de junio, es el día de la bandera, el jueves 20, hoy es martes 18. El 21, viernes, hay huelga o paro o no sé bien qué carajote, la cuestión es que no se trabaja.

Rosqueta debía elucubrar bien: si a *Así* la imprenta el 21 no le trabaja, el 20 menos, tampoco le trabaja, 22 y 23 son sábado y domingo, recién podría imprimir el domingo pero difícil, hasta el lunes no creo. Pongamos que se

imprima el lunes 24; el 24 a la noche ya está distribuida. En los quioscos *Así* se verá recién el 25, martes, o en el perímetro de la capital, el 24 a la noche.

Rosqueta la vio de inmediato: había un claro. Si Rosqueta conseguía una imprenta que le asegurara la impresión de una revista el viernes, aunque hubiese parote. Una revista con fotos del retorno; necesitaba una imprenta que le trabajara desde el jueves 20 a la noche, pongamos desde las 23 horas, hasta el mediodía o un poco más del viernes 21. Podía, de acuerdo con la elucubración, llegar entonces a la *playa* el viernes 21 a la noche, y estaría distribuida en todo capital el sábado 22, a la mañana, y también en interior, porque al interior podía mandarlas por avión el mismo viernes 21. Así saldría recién el martes 25; entonces Rosqueta les rompería el culo a todotes. Les sacaría tres días de ventaja a todos. Y él ya estaría en la calle el 22, linda la rosqueta. Con que al pulpo le sacara sólo un día de ventaja, se salvaba, hacía una rosqueta pasable, para pucherear. Pero si le sacaba tres días de ventaja, la rosqueta sería sensacional.

Rosqueta pegó otro tubazo: el papel ya estaba.

Ya tenía la idea, tenía el papel, lo primordial. Ahora faltaba muy pero muy pocote.

Cuando Rosqueta pegaba el tubazo al de la imprenta, estaba seguro de que se le daría; no podían decirle que no. Además Rosqueta pagaba, siempre ponía los mangotes al contado, no como algunos.

Valiente la rosqueta; el imprentero le dijo que lo llamaba en diez minutos para asegurarle. Rosqueta encendió un puchote; quieto, esperó el tubazo. Exactamente a los ocho minutos le llegó el tubazo: el de la imprenta dijo que sí, le trabajaba, garantizaba la edición de la revista de dieciséis páginas, a las tres de la tarde del viernes 21 estaba lista, si tenía los originales listos el mismo jueves 20 a las once de la noche, o doce a más tardar, señor Andrade.

Rosqueta pegó otro tubazo: al amigote de la agencia, al que lo surtía en todas las rosquetas. Positivo el tubazo: el mismo jueves 20, alrededor de las nueve de la noche, tendría copias de todo el material fotográfico, de la llegada, del avión, de Ezeiza, etcéterata.

Era martes 18 y casi no le faltaba nada. Las fotos las tendría a las nueve y cuarto, pongamoslé; listo, a las doce de la noche se la entrego al imprentero diagramadota. Quizá antes, pero difícil.

Rosqueta pegó otro tubazo: al papel. Que directamente fuera para la imprenta.

Rosqueta pegó el último tubazo de la rosqueta: Vitaca estaba. Le dijo señor Vitaca, no se comprometa para nada el jueves 20 a la noche. A las nueve de la noche, puntual, debía estar en su oficinota. ¿Entendió? Sí, Vitaca, por una rosqueta. Después lo invitaría a cenar. Consiga mocosotas, Vitaca.

Primero titubeó Vitaca, pero de inmediato dijo que sí, que descontase: estaría sin falta. También le dijo: oiga, señor Andrade, déjese de embromar. Porque Rosqueta le anticipó: cállese, Vitaca, no diga nada, mire que no hay que ser bocote.

Por fin, concluyeron los tubazos. Rosqueta se dijo que con Vitaca (que parecía un tipo muy piolote) cocinaba la diagramación de la revista en una hora.

Se frotó las manos Rosqueta, con la satisfacción de la rosqueta armada; después se levantó, se calzó el sobretodote, la bufanda, y se fue a Las Palmas, con el justo propósito de tomarse, solo, un lindo y merecido cafesote.

XI

No, Perón ya no iba a venir; con menos fuerzas, Willy prolongaba la ceremonia del póster póster póster del General, pero estaba más que afónico, su voz estaba casi muerta, era apenas un chirrido en que alguna sílaba se distinguía, por ejemplo pos, o ron, o pe, pero ya ninguna podía pronunciarla completa. Además la gente se retiraba; sus colaboradores (pedaleros tarzanes que habían ido a salvarse, porque Willy les daba doscientos pesos de comisión por póster vendido, y les había anticipado que si no vendían —por lo menos — dos mil cada uno, se pegaba un tiro) no sólo desanimados, sino derrotados, cansados, hambrientos, sedientos, habían abandonado la vocinglería; se miraban entre ellos, lamentaban, se sentaban en la banquina o en el improvisado banco de hierro que dividía las manos de la ruta, se apoyaban, maldecía alguno en voz alta (la que podía, si todos estaban afónicos), contemplaban las ambulancias, interrogaban cuántos muertos, pedían cigarrillos.

Sin embargo persistía —aún— el agónico intento de Willy, pretendiendo vocalizar un póster póster del General. La gente retornaba y por supuesto ni lo atendía a Willy, volvía cansada y decepcionada. Tachito decía que se les notaba en la cara la bronca. Era difícil retornar a la provincia sin haber contemplado al General Perón.

No obstante Willy seguía; sus pedaleros colaboradores lo miraban; Rocamora, parado al lado de Cristóbal (cadavérico) y de Tachito, también lo miraba.

—Hay que pararlo —dijo de inmediato Rocamora—, no ven que está reventado.

Pero nadie se animaba a acercarse y decirle: pará, Willy, reconocé que perdimos, date por vencido. Para colmo, Willy exhibía su sonrisa tan ganadora, como si junio del 73 perteneciera a la lejana época del lomo de jabalí. Fue una suerte que Cristóbal (animándose, resucitando) le impidió que sacara los diplomas de bienvenida, ésos en que podía leerse: al compañero que me dio la bienvenida en mi regreso definitivo a la Patria Liberada, mi sincero agradecimiento y un gran abrazo con todo mi corazón. La fecha. Firmado, Juan Perón. Willy quería sacarlos y venderlos igual, pero Cristóbal —atinado— le dijo la gente va a pensar que la estás cargando, los de la Juventud Peronista te van a reventar, mirá la rabia que tiene la gente porque Perón no vino, con todo eso le vamos a vender los diplomas, no jodas.

Es que Cristóbal no podía entender que esa noche Willy quería matarse,

que ese 20 de junio era su último día. No hubiese llegado a entender nunca Cristóbal —pensaba Willy— que su socio deseaba que una bala perdida le ahorrase el trabajo. Y que si estuviese solo, hubiera gritado: Muchachos, compren el diploma de bienvenida, y los hubiera cargado a los Montoneros esos hasta encontrar algún bendito que lo amasijara. Pero según las apariencias, Cristóbal como los pedaleros, que lo siguieron siempre, tenían todavía ganas de vivir, cosa que, en el fondo, no veía mal. No tenía ningún motivo para comprometerlos a todos en su muerte.

La gente seguía desfilando; Willy afónico, agónico, de vez en cuando pronunciaba correctamente dos sílabas, es decir, una palabra, póster o Perón; o media palabra: neral. Comprendió que sus pedaleros lo miraban y que no daban más; se pasó las manos por los ojos, permitió caer dos pósters al suelo, los pisó disimuladamente pero con fuerza. Caminó hacia los pedaleros. Hasta Tachito escuchó, aunque Willy le preguntó a Cristóbal, como si soplara:

—¿Cuántos se vendieron?

—Nueve —Cristóbal.

—¿Cuánta guita hay? —más afónico Willy.

—No llegamos a mil pesos. Compramos sánguches para los muchachos. Tuvimos suerte porque el del camión rojo muchos sánguches no los quiso cobrar.

—¿Cómo le fue? —Willy.

—Le sobraron ocho mil chorizos, está medio mufa. Ahora los vende a cincuenta pesos.

—Comprame uno.

Después Willy se dirigió a sus colaboradores pedaleros, a los tarzanes que lo siguieron en varias, a quienes compartieron con él, en otros tiempos, jugosos lomos de jabalí.

—Perdonen, muchachos.

Los tarzanes lo vieron vencido, hecho bolsa como nunca lo habían visto; insinuaron algo de quéselevacer, vos no tenés la culpa, si era fija, es inadmisible, cómo no íbamos a vender.

—Es para pegarse un tiro —Willy—, apenas llegue a la oficina. Es lo primero que voy a hacer.

Sonriente, Rocamora lo dijo:

—Cortate con un vidrio.

El Cohete quiso reír pero no tuvo fuerzas. Justo cuando Willy miró al taxista, apareció Cristóbal con el sándwich de chorizo. Pegó un mordiscón exagerado Willy.

—Está bien pero bien asqueroso —saboreando el sándwich Willy, mirándolo al taxista que, por supuesto, detenidamente lo miraba, como increpándolo.

—¿Qué tal? —masticando Willy.

—Para la mierda —poco humor Tachito.

—¿Cuál es tu preocupación? —irónico, autoritario Willy.

—Que tengo que cobrar, me debés sesenta mil pesos, sabías —desenfrenado, nervioso, desconcertado Tachito.

Rocamora estaba un poco tentado de risa, de manera que se alejó unos pasos; se dedicó fulltime a contemplar frustración en la cara de la gente. Algunos todavía pasaban con las banderas altas; otros, la mayoría, las habían doblado. Eso sí, muchos miraban hacia abajo; nadie sonreía. Algunos lloraban.

—Che, Cristóbal. Pagale sesenta mil pesos a este muchacho —se largó a reír Willy; inexplicablemente, los pedaleros también comenzaron a reír. Cristóbal apenas hizo un gesto.

—No te hagás el pelotudo —desafiante Tachito.

Willy se metió en la boca lo poco que perduraba del chorizo; se chupó groseramente los dedos. El ruido de una sirena hizo que se diera vuelta; más tarde oscurecería.

—No ves que estoy reventado; no te pongás en cuervo —autoritario de nuevo Willy—, voy a tener que pegarme un tiro.

—Por mí pegateló —cara de cínico Tachito.

Mareado de mirar decepción, Rocamora a veces volvía la cabeza, presintiendo el diálogo de Willy con Tachito. Pensaba que debía cambiar de ambiente, debía rajarles a estos muchachos, andaban mal, había que pedalear por otro rincón. Si después de todo él no era gil, en cualquier rincón podía rebuscársela. Pero con ellos perdía el tiempo —pensó—, era un pedaleo vano, un bicicleteo sin sentido, estaban más que reventados.

—Queridito, si tuviera la guita te la daba —contemporizador Willy—, pero bien sabés que me fue mal. ¿O no sabés que me fue mal?

—Sí, pero yo no tengo la culpa —Tachito.

—¿La tengo yo? —Willy.

—Me importa un carajo, lo que te digo es que yo no puedo aparecer por la casa del patrón sin la guita.

Rocamora, que se había acercado, escondía la cabeza; volvió a mirar decepción.

—¿Qué pasa si no le llevás la guita hoy? —Willy.

—El patrón me echa —desorientado de nuevo Tachito, el tono de Willy era desafiante, seco, y los pedaleros colaboradores se habían parado.

—No, no te echa, no me empaquetés, ¿por qué te va a echar?

El Cohete se ubicó al lado de Willy; el Muñeco también.

—Sos un caso vos —dijo Tachito—, qué te parece, le llevo el coche roñoso, sin un mango, puede pensar que me fui de joda, o que me afané la guita —simple Tachito.

Tachito no vive como Tarzán, pensaba Rocamora. Yo siempre viviré como Tarzán, la gran puta, ma sí. Si Tachito es tachero que se joda, si maneja un taxi es porque no sirve para hacer otra cosa, ma sí.

—Yo te voy a solucionar el problema, confiá en mí —le dio una palmada, después de todo contemporizador, amigo Willy.

Tachito no dijo más, se limitó a esperar.

Willy tomó a Cristóbal del brazo y lo llevó aparte: Cristóbal era un cadáver, cualquier cosa le daba lo mismo. Además, como era una máquina calculadora, pensaba que vendieron el tres por millonésimo, porque habían vendido nueve pósters, y habían ido, según algunos, tres millones de tipos.

Rocamora miraba a los socios: ellos trenzando aparte, jefetones, pero sin un mango. Claro, había que bicicletear por otro lado, éstos andan bien pero bien fundidos, bien abajo, no se levantan ni con un criquet, nunca más.

Cristóbal decía a todo que sí; volvieron a Tachito.

—Mirá, pibe —autoritario de nuevo Willy—, te vas a llevar todos los papeles estos. Hay cinco millones de pesos en mercaderías.

Iba a interrumpirlo Tachito, pero Willy lo paró en seco.

—Dejame hablar a mí. A tu patrón le decís que cuando se armó el tiroteo nos perdiste de vista.

Rocamora se había acercado; oía con atención.

—Le decís a tu patrón que a lo mejor nos mataron, que no nos encontraste —se tocaba el cuello, luchaba con su afonía Willy—, pero que tenés la dirección de la oficina. Mañana hay huelga, después es fin de semana, te aparecés el lunes o el martes por la oficina y te pagamos. Eso sí, traeme toda la mercadería.

Dudaba Tachito; por si fuera poco se le arrimó Rocamora.

—Sí, Tachito —convincente Rocamora—, es lo mejor que podés hacer, agarrá viaje.

—Bueno —Tachito, sin otra alternativa.

En diez minutos le llenaron el asiento trasero, el baúl, el piso, la mitad del asiento de adelante, hasta el techo de rostros del General Perón y de su perro. Muchos miles más de los que había traído, porque ahora le habían agregado los de los muchachos que Willy denominaba sus colaboradores. Cuando terminaron, Willy le dijo para desgracia de Rocamora:

—Andate solo. Nosotros nos vamos a pata —también Cristóbal se asombró —, por si te ve algún conocido de tu patrón. Además, querido, no cabemos.

Rocamora pensaba en la caminata y se agarraba la cabeza: eran varios kilómetros; los pedaleros esperaban simplemente la orden de Willy.

—Vamos, caminemos junto al pueblo —irónico Willy.

Y se largaron a caminar, mezclándose en esa interminable caravana de peronistas tristes; Willy contemplaba sus torpes mocasines, llenos de tierra. Los tarzanes pedaleros lo rodeaban. Rocamora venía más atrás, caminando ligero para alcanzarlos, llevándose peronistas por delante. El negrito se había demorado al despedirse del muchacho del taxi, al decirle cariñosamente mientras le daba la mano:

—Viste, Tachito. ¡Cómo te cagaron!

Hasta que los alcanzó Rocamora; tuvo la ocurrencia de hacer punta. Empezó a cantar solo con su voz desafinada y gruesa:

Los muchachos peronistas
todos unidos triunfaremos

Aunque la gente que lo acompañaba en la caravana estaba cansada, apenada, había cantado y gritado bastante, se le prendió en el tercer verso.

Y como siempre daremos
Un grito de corazón

Y ya la caravana entera (hasta Willy, afónico):

Viva Perón Viva Perón.

EL BOGA FUMANCHÚ

Empuñando un sable, un milico —por lo menos coronel— desde la pared miraba a Vitaca y a Rocamora; la contemplación ocurría en la sala de espera del estudio del doctor Onofre Vega, más conocido en la cofradía por el Boga Fumanchú. Mientras eran estudiados por el coronel, ellos esperaban que el Boga concluyera de casar a una pareja; de casualidad, los muchachos habían visto entrar a la pareja: la mujer era gorda y vieja, y el novio era un petiso de cara muy blanca y bigotitos anchoas.

Sin embargo Vitaca no soportaba la mirada del coronel ese, con unos bigotes enormes y churriguerescos —dijo—, con ese sable tan ridículo.

—¿Y ese ñato quién es? —preguntó Vitaca a Rocamora—. ¿El bisabuelo de la Esperpento?

—Es el abuelo del Boga, bah, así dice —respondió el negrito, como acostumbraba, tratando de no reírse. Vitaca pensó que probablemente escondía las ganas de contarle algo.

De vez en cuando abría y cerraba y entraba y caminaba la señorita Ethelvina; Vitaca observaba a Ethelvina con las ganas que Rocamora le conocía de memoria, la miraba con esas intenciones que difícilmente a Vitaca le fracasaban. Ahí fue cuando el negrito se arrepintió de haberle relatado la ya nada secreta historia de la señorita Ethelvina, Ethelvina versus Sotomayor, Ethelvina versus el Boga Fumanchú, y de haberle relatado el fugaz combate que tuvo con él.

—Es la secretaria más chupeteada de Buenos Aires —le había dicho Rocamora, sin saber que se arrepentiría.

Ahora, por lo visto Vitaca tenía ganas de inscribir su nombre en el lenguaje; Rocamora presentía que podía ser, porque Ethelvina, mirando a Vitaca, sonreía.

—Dejate de joder. También a esta pobrecita la querés embarazar. No te conformaste con llenar a la Esperpentita, a la petisita amiga de Álamo Jim, dejá una.

Claro, Vitaca se sentía un rey con Rocamora. Casanova era un marica a su lado, cuando estaba con Rocamora. A cada rato le decía cosas por el estilo, y eso hace bien. De lo que realmente Vitaca tenía ganas era de conocer de una vez por todas al Boga Fumanchú, tan profusamente citado por el negrito. Pero Vitaca había aprendido a no demostrar: se hacía el apurado, fingiendo hacerle un favor a Rocamora en acompañarlo. Decía se quería ir, decía sos cuidador de conchas, negro, peor que Álamo Jim, porque no quería que se conquistara a Ethelvina.

—Parate un cacho, después nos vamos por'ai —decía Rocamora.

—Ese coronel —decía Rocamora cuando no pasaba ni salía y ni siquiera se oían los pasos de Ethelvina— tiene pinta de huevón. Similar a la que había encontrado en el póster de Perón y el caniche.

—Habrá sido muy valiente —Vitaca no aguantaba—. Te lo voy a contar, Vitaca, esa foto es puro curro, el Boga la pone para impresionar, no sé dónde la habrá comprado.

—¿De veras?

—Me lo contó Ethelvinita.

Repentinamente se oyó la voz del Boga Fumanchú:

—¿Acepta por legítimo esposo al señor Miguel Ángel Quintana Ibáñez?

—Sí —oyeron que respondía la mujer.

Si ese coronel hablara, decía Rocamora. Al petiso ese que está casando, ya lo casorió como cuatro veces en dos años. Es un hijo de puta el petiso, es un gallego. Se salva; se mete en lugares de viudas, feas, solteronas. Nadie sabe de dónde las saca. Anda por asociaciones raras, peñas literarias en el Tortoni, es medio poeta. El petiso tiene un chamuyo que puede venderte cualquier cosa, es una luz, también agarra avestruces reculando, la va de culto. ¿Sabés, Vitaca, para esos bagayos lo que es? El turro las escucha, le leen poemas, las hace pintar, les dice que pueden ser escultoras, ceramistas, es un guacho. El gallego las enamora y después las trae para acá. El Boga lo casa y chau, con libreta y todo. No, sin grupo, con libreta verídica, toda por derecha. Si querés te hace aparecer como soltero, te renueva. Pero te hace los papeles bien, con decirte que podés anotar los hijos en cualquier registro civil, sin inconvenientes. El Boga te cobra, si ve que tenés guita te la da por la cabeza, pero los papeles te los hace bien, en regla. Si te querés casar con una separada y ocultar que la mina es separada, el Boga te la hace aparecer como soltera, le consigue una cédula con nombre de soltera, de veras.

—Es bueno saberlo —Vitaca.

Pero este gallego es un exagerado, se pasa. Porque cuánto tiempo podrá aguantar a esta vieja. Tres meses, o cuatro, según lo que tarde en reventarla. La revienta en dos o tres millones, o le caga un departamento, o un auto. A una la mató, pero suerte que estaba muy enferma. La mató a disgustos el turro, le hacía cada cosa. Rascaba con la sierva delante de ella, pero la vieja estaba en la cama y no podía moverse, ni hablar. Y el petiso a los abrazos con la sierva, meta chupones, y la vieja muriéndose. Al Boga le molesta que sea tan exagerado; vas a ver que dentro de seis meses el gallego petiso este viene a casarse de nuevo, seguro.

—Los declaro marido y mujer —se oía al Boga.

Puta, decía Rocamora, ahora tenemos que esperar por lo menos quince minutos más para hablar con el Boga, porque fijate, Vitaca, ahora se aparece Ethelvina y abre esa cajita, ves, aunque te parezca mentira esa cajita es una heladera. Va a descorchar una botella de champagne, a lo mejor ligamos una copa.

De inmediato se abrió la puerta del despacho privado; emergió en la sala de espera la secretaria tan chupada. Abrió la cajita, sacó la botella:

—Señor Rocamora, si es tan amable.

Mientras el negrito hacía fuerza con el destapador, Ethelvina miraba insistentemente a Vitaca. Cómplice (o celoso), Rocamora le dijo a Ethelvina:

—Señorita Ethelvina, ya que está por qué no aprovecha. Digalé al doctor Vega que este joven quiere casarse con usted.

Y dirigiéndose a Vitaca:

—Dale tu libreta de enrolamiento —y descorchó la botella.

Ethelvina dijo: ay, este hombre, le envidio el carácter, mientras retornaba al privado llevándose la botella.

—No ligamos nada, coronel —dijo Vitaca al del sable.

Estaba calculado: exactamente a los quince minutos se abrió la puerta y salieron los recién casados. Vitaca no pudo verlo bien al gallego, porque Ethelvina se había puesto adelante. En cambio vio a la vieja: era muy feliz, y —probablemente por el champagne— tenía la nariz roja. Un señor alto y de pelo blanco los acompañó hasta el pasillo, les abrió la puerta del ascensor, los felicitó efusivamente de nuevo y les cerró la puerta. Volvió carajeando a la oficina, sin mirarlo a Vitaca (que no lo conocía) le dijo a Rocamora:

—Este gallego sinvergüenza se abusa porque soy muy amigo de su tío. A usted le parece, señor Rocamora, ¿otra vez?

Rocamora le presentó a Vitaca.

—Ah, así que éste es el joven semental —dijo el Boga Fumanchú.

Rió Vitaca, sin atreverse a mirar a Ethelvina, que también reía.

—Pasen —dijo el Boga y todos (hasta Ethelvina) pasaron al despacho privado.

La señorita Ethelvina tomó los ceniceros y — eternamente activa— fue a vaciarlos al baño. Vitaca se encontró con otro milico —por lo menos general — que, también parado y con otro sable, lo miraba. Al verificar el Boga el interés del joven semental, dijo:

—Era el general Aniceto Vega Uriarte Santamarino, abuelo de mi padre. Acompañó a Roca en la campaña del desierto. Estuvo tres días y tres noches en el desierto tratando de encontrar agua para la tropa. Lo agarraron los salvajes y lo mataron. Lo ascendieron post mortem.

—Oh —Vitaca.

—Y el que está allá adelante, no sé si lo habrá visto, era el coronel Aparicio Vega Sanabria y Montefusco, tío de mi abuelo paterno, héroe en la Patagonia en los tiempos de... —pero Vitaca recordaba las palabras de Rocamora: es todo curro, esas fotos las compró por'ai.

Sin embargo Vitaca escuchó el relato sobre las hazañas de los antepasados, sus intrépidas maneras de conquistar selvas, civilizar tribus, y se enteró de la vibrante capacidad amatoria que poseían, la franca entrega desinteresada y sin alardes en pro de la argentinidad y su grandeza potencial.

—Doctor —interrumpió Rocamora antes de que el Boga comenzara a

cantar el himno patrio—, quería consultarle un asuntito. Tengo un muchacho amigo que quiere casarse con una mujer que es separada, y... —y justo cuando Rocamora iba a plantearle el caso, se oyeron unos gritos impresionantes; provenían de la sala de espera.

—¡Dónde está ése!

Primeramente salió Ethelvina y después el mismo Boga; a Vitaca le había llamado la atención, pero el negrito hizo un gesto como diciéndole es natural, no pasa nada. El Boga volvió.

—Señor Rocamora, venga por favor.

Se fue también Rocamora, y Vitaca permaneció a solas en el despacho, acompañado por el general Aniceto Vega Uriarte Santamarino; desorientado, con cierto temor de que hubiese tiros, y con muchas ganas de reírse, Vitaca oía cómo gritaba el Boga, seguramente escudado en el lomo del negrito, y en la cara de guardaespalda que tenía.

—Porque usted es un raterito, señor —gritaba el Boga.

Además se escuchaban gritos de mujeres; aunque Vitaca trataba de entender, no podía, porque gritaban varios a la vez. Se dijo debe ser una pareja de esas que casa diariamente. A lo mejor les habría hecho un papel mal, o sencillamente los había estafado, total. Volvió a decirse que con facilidad podría terminar en la cárcel; imaginaba desde hacía días unas vacaciones en prisión, pero no importaba. Casi estaba esperando Vitaca el estampido de los balazos, y podía morir el Boga, o el negrito, o Ethelvina pobre chupetín, o quién sabe los que fueron a armar el quilombo. Encendió un cigarrillo importado, del Boga seguro; miró fijamente, casi desafiándolo, al general Aniceto Vega Uriarte Santamarino.

En el momento de aplastar el cigarrillo en el cenicero, entraron el Boga, el negro y Ethelvina, sonrientes; antes de que el joven semental les preguntara, el Boga dijo:

—No pasó nada.

—Es un atrevido —dijo Ethelvina a Vitaca—. Pero no, por usted no —y sonrió.

—Me da lástima no poder pegar —el Boga, agarrándose el brazo, que según él, estaba recalcado.

—Mejor que no le puso la mano encima, doctor —dijo Ethelvina, la señorita.

—Es un guachito, se achicó —Rocamora—, es pura espuma. Lo que pasa es que el guachito quería mandarse la parte delante de las mujeres.

Simulando una gran atención, Vitaca miraba de reojo a Ethelvina, y ni Rocamora se daba cuenta. Quizá sí el general Aniceto Vega Uriarte Santamarino.

—Ratero de mierda — el Boga, zafado—, con perdón de la palabra. Lo hubiera dejado pudrir en la cárcel. Diga que me lo recomendó un amigo, porque es el sobrino de un amigo de él, porque si no. Todavía que lo hice salir como preso político. Parece mentira, desagradecido. Hice que pasara

como Montonero. Que lo diga la señorita Ethelvina, que una noche tuvimos que caminar hasta las cuatro y media de la mañana, deshaciéndonos del llavero que tenía para afanar coches y casas. Se acuerda, señorita Ethelvina.

Ethelvina asentía.

—Tiraba una llave por cuadra, yo. Tenía como cien llaves el ratero ese. Y sabe por qué viene a hacer el lío, señor Vitaca. Por la turrita esa. Me viene a recriminar a mí que yo se la entregaba al secretario de Tribunales. Pero mire un poco. Le fue a contar la baratita esa que mientras él estaba en la cárcel, yo le pedía que se acostara con el secretario. Qué cosa. Vio cuando le dije que si se me antojaba lo metía en cana de nuevo, cómo se achicó, vio, ¿no?

Rocamora y Ethelvina asentían; el Boga Fumanchú —alterado— pidió a su secretaria que sirviera un poco de cognac.

—Un pelo tira más que una yunta de bueyes —Rocamora.

—Pero por favor, señor Rocamora, usted me conoce bien. Mire si yo voy a pedirle esa bajeza. Que se acueste con el secretario. Que se me haga la sanita ahora. Somos pocos y nos conocemos bien, viejo. Cuando era el lío y el novio estaba adentro, le dije: mire, señorita Norma, se llama Norma la mina del ratero, le dije parece que al secretario usted le cayó bien. Sonríale, trátelo bien, si la invita a tomar un café acepte, mire que por el expediente conviene, por cualquier cosa que surja. Y nada más. El secretario se le habrá tirado, se habrán acostado, yo qué culpa tengo. Soy abogado, nada más. Vaya a saber el lío que tendrá con el ratero. Las mujeres siempre tienen sus puñales bajo el poncho.

Ethelvina servía cognac a los tres; ella no quería beber, dijo —mirando a Vitaca— que la mareaba.

—Y porque me lo recomendó un amigo. Por eso lo agarré. Pendejo de mierda, salió el 25 de mayo como un señor. Preso político, él, que ni sabía qué quería decir esa palabra. En la cárcel misma se la tuve que enseñar, tuve que explicarle acordate que sos un idealista, vos robabas para la causa, no te quemés, vos no robabas, expropiabas entendiste, hablá poco, callate la boca, hacete el introvertido, y también tenía que explicarle la palabra introvertido. Montonero ese, así es como le agradecen a uno.

Rocamora pretendía hacerle la consulta del muchacho amigo que; pero el Boga, muy cansado, le dijo hágame el favor, señor Rocamora, véame mañana, hoy no quiero escuchar nada más, este pendejo me deprimió, de veras.

Hubo una distribución de manos: cuando Vitaca (que se había quedado con ganas de Ethelvina) y Rocamora (Ethelvina y el Boga se quedaron a ordenar unos papeles, aunque era tarde, bah) llegaron a la calle, se fijaron si permanecían los quilomberos aún por ahí.

Vitaca —al decirle Rocamora que se habían ido— se quedó con ganas de nuevo, pero esta vez no por Ethelvina, sino por no haberle visto la cara al falso Montonero.

No pudo aguantarse Rocamora: le contó a Vitaca que el Boga Fumanchú se la había tirado a la mina del ratero durante varios meses, cuando estaba

adentro. Y la largó, andá a saber, por eso se habrá armado el quilombo.

—Se jugó el Boga —dijo el negrito.

—¿Por?

—Sabés lo peligroso que es ser abogado de presos políticos.

XII

Llegaron de noche a la General Paz, por supuesto agotados, desde hacía varios kilómetros no hablaban. Ni siquiera Rocamora dijo una palabra en los últimos dos kilómetros; muy contados eran quienes canturreaban, o echaban culpas, comentaban. Los rostros demostraban por sí solos pesar, decepción, impotencia.

En la General Paz engancharon un camión que los transportaría hacia la estación de Liniers; atrás, en la caja de ese camión descubierto, hacía frío. Tal vez nadie se animaba a pronunciar una palabra o no tenían fuerzas de repuesto para pronunciarla, ni ganas. Rocamora, al llegar a Liniers después de una marcha lenta, tortuga, agotada, fue el primero.

—Llegamos en pie a Liniers —dijo, como si fueran al matadero.

Debió darle la mano a Willy para que pudiese bajar: no daba más. Para caminar hasta el andén, Willy debió apoyarse en el hombro de Rocamora. Cristóbal ni miraba; apenas se había atrevido, en un rapto de audacia, a pedirle un cigarrillo a un desconocido peronista que también había bajado del camión. Sin embargo no tuvo suerte; el desconocido le dijo que lo disculpara, pero le quedaba un solo cigarrillo, y no tenía más plata.

Afortunadamente no había que pagar boleto: los trenes eran gratuitos ese día. La ventanilla estaba cerrada; aunque estuviese abierta, nadie pensaba sacar boleto, porque no tenían un mango. Un diariero, en el andén.

—*La Razón*, con el tiroteo de Ezeiza, *La Razón*, con los muertos de Ezeiza.

Al parecer, la otra gente que los acompañaba en el andén tampoco tenía dinero, porque ninguno compraba el diario, ese diario que probablemente venía cargado de fotos, comentarios que seguro darían una respuesta, qué había pasado, quiénes murieron, por qué.

—Masacre en Ezeiza, *La Razón*, con los muertos de Ezeiza, *La Razón*, Perón no pudo saludar a su pueblo, *La Razón*.

Un solo tipo compró el diario; de inmediato todos lo rodearon. Ese tipo era más importante que Monzón; él, propietario del diario con fotos, el único que, aún, tendría más de cien pesos en el bolsillo y podía darse esos gustos. Rocamora, algún busca-tarzán-pedalero-colaborador, también se acercaron hacia el diario, pero llegar a él resultaba más difícil que llegar —por la mañana— al lado del palco donde iba a hablar Perón.

Póster póster póster del General, oía Willy, retumbaba en sus oídos el abominable póster póster póster del General.

Cristóbal no estaba sentado; despatarrado en el banco y con la cabeza muy

abajo, como si estuviera a punto de vomitar. Willy lo miró; a un desconocido que pasaba fumando, lo detuvo.

—Haceme una gauchada grande como una casa, campeón, dame un cigarro que estoy reventado.

Resignado, el desconocido se lo dio, casi a escondidas; Willy además le pidió fuego, agradeció, dio una bocanada larga, agradeció de nuevo, dio otra bocanada más larga todavía. Después, se lo puso en los labios a Cristóbal:

—Tenelo —le dijo.

Se aproximaba el tren; cuando Willy lo distinguió, pensó de repente que debía correr y arrojarse. Pero no, él no debía matarse de esa manera tan —digamos— trágica. Además, Willy no estaba desesperado por morir; no tenía ningún derecho a matarse así, bajo las ruedas de un tren, como cualquiera. El suicidio tendría que ser una ceremonia más trascendental para un tipo que había vivido comiendo lomo de jabalí. Por lo menos, un justo balazo. Vivamos un rato más, se dijo; de inmediato palmeó a Cristóbal.

—Vamos, Cristóbal —y se metieron en el tren.

Rocamora puteaba porque no quedaba un solo asiento desocupado; ni siquiera una manija para sostenerse. En Villa Luro se sentaron Cristóbal y Willy.

—Dejate de embromar —le dijo Willy a Cristóbal, porque había comenzado a lagrimear; el negrito también se había dado cuenta de que Cristóbal lloraba, y los tarzanes pedaleros, y otros que no eran de la cofradía. Un pasajero (que viajaba al lado de Rocamora) miraba con atención, o para distraerse, cómo lloraba Cristóbal.

—Llora porque no lo vio a Perón, sabe —le dijo Rocamora por lo bajo, y el Cohete le pegó un codazo.

Willy había apoyado su mano en el hombro de Cristóbal; le decía afónico:

—No va a haber problemas, león, conseguimos unos mangos para pagarle al pibe del taxi, cazamos los pósters y los vendemos a distribuidores del interior, a los sindicatos, la guita la vamos a salvar, a lo mejor quién te dice, hermanito, nos queda una diferencia, y nos salvamos.

Cristóbal iba a decir algo pero no le salían las palabras; se ponía las manos en los ojos. Cuando levantó la cara y abrió los ojos, se encontró con el negrito Rocamora, sentado frente a él, sonriendo y guiñándole un ojo.

—Tranquilizate, Cristóbal —le decía el negrito—. Si tu problema tiene solución de qué te preocupás, si tu problema no tiene solución de qué te preocupás.

Ocurre que Rocamora presentía; la mujer de Cristóbal era una hinchapelota, lo dominaba. Él la conocía, sabía que a Cristóbal lo tenía podrido; el negrito volvió a pensar que con una mujer así conviviría diez minutos, qué linda es mi negra. Fregona, laburadora, pero quévacer, está en la de ella, trabaja, cuida la casa. Cristóbal únicamente lleva deudas; qué linda es mi negra, hoy me la voy a tirar.

El tren estaba por llegar a Once; Willy, por entusiasmarlo a Cristóbal, por

poco olvidaba que había decidido matarse, encajarse un correcto cohetazo. Por un minuto pensó que no iba a animarse; pero sí, se mataría, pensó en el andén de Once, mientras caminaba junto a los muchachos pedaleros.

—Negrito, pagate un whisky —Willy.

—Aquí no, por Once es muy berreta, está lleno de negros —respondió Rocamora.

Rieron; en la plaza repartieron a la romana la plata que había, para que los pedaleros tomasen un colectivo. Los novecientos pesos apenas alcanzaron (y Rocamora no sacó el billete de mil que mantenía escondido en el pañuelo); Willy no agarró nada.

—Me voy caminando hasta la oficina. Total veinte cuadras más no me hacen nada.

Cristóbal estaba más calmado, por lo menos no lloraba. Junto a Cristóbal y el negrito, Willy caminaba por la plaza. En la parada del colectivo 32, que dejaba a Cristóbal en Lanús, se despedirían. Rocamora también tomaría el 32 hasta Lanús; de ahí, de colado, el tren a Temperley, total no se pagaba boleto.

Ya subía gente al colectivo.

—Mañana no se trabaja, ¿no? —preguntó Willy.

—No, hay huelga —respondió Rocamora.

—Hasta el sábado entonces —le dio la mano al negrito, y unos suaves sopapos en la mejilla a Cristóbal.

Antes de subir al colectivo (Rocamora ya estaba sentado), Cristóbal se dirigió a Willy.

—Willy.

—Qué, león.

—No me dejés solo, eh —casi le imploró.

Willy sonrió; levantó el brazo, movió los dedos.

—Chau —les dijo.

Antes de que el colectivo arrancara, Willy cruzó la calle, dispuesto a encaminarse hacia su oficina; conservaba en los labios la sonrisa, aunque no la ganadora.

Cuando el colectivo arrancaba, Rocamora sacó la cabeza por la ventanilla.

—Willy —gritó.

Willy se dio vuelta.

—Cortate con un vidrio —gritó Rocamora, y rió.

—Bueno —respondió Willy, afónico, agónico, y también rió.

EPÍLOGO ÚLTIMO

Caminaron juntos hablando de la muerte de Rucci, del quilombo que se avecinaba; caminaron exactamente hasta la esquina de Corrientes y Uruguay. Se pararon, despidieron tibiamente; Cristóbal iba a tomarse el 102, no sin antes asegurarle a Vitaca que ahora lo vería más seguido, pero por un tiempo permanecería trabajando en el Congreso. Le dijo también que cuando se estabilizara anímica y económicamente, reiniciaría algo, aún no sabía qué.

Vitaca se quedó solo, mirando Buenos Aires, como si recién la descubriera; la encontró desconcertada. La gente apresurada tratando de llegar hasta alguno de los últimos colectivos. Eran las seis y cuarto: ya había comenzado la huelga; pero no quiso irse, prefirió caminar por ese pedazo largo y misterioso de Buenos Aires que es la calle Corrientes, mirando cosas, pensando que permanentemente podía descubrir cosas, caras, asombros. Vitaca miraba precisamente caras, pensaba cualquiera en Buenos Aires puede ser guerrillero, cana, estafador, buen tipo. Al llegar a Libertad, recordó que Cristóbal había dicho que el negrito Rocamora paraba en un boliche de por ahí, uno que tenía olor a bifes. Dobló por Libertad hacia Lavalle, con muchas ganas de reencontrarse con Rocamora, pensando que en la ciudad uno podía permanecer escondido en cualquier parte, si total la ciudad está repleta de rincones. Uno sale de su casa, se mete por ahí, vaga, camina, pedalea, a veces nadie lo encuentra. Cada día veía más grande la ciudad Vitaca; caminaba hacia Lavalle por Libertad, recordando la cantidad de veces que había salido a encontrar a Rocamora: por la Premier, la Santa Inés, los Paulistas, el Vía Lavalle, y diversos bodegones. Sin embargo Rocamora paraba en un bodegón que tenía olor a bifes, a cuatro o cinco cuadras de Las Palmas; apenas a esa distancia, y en cuatro meses no lo había encontrado.

El bodegón era increíble, o más bien incomprensible; ese olor a churrasco en la vida iba a desterrarse. Las paredes grises por el humo, las mesas ocupadas por hombres con portafolio. Sin duda tenía que ser ése: miró bien, pero Rocamora no estaba.

Vitaca les decía a las mocosas que no había un solo bar en todo Buenos Aires en que no hubiera olvidado un paraguas, u orinado en su baño. Decidió

entonces entrar al baño para tomar confianza con el bodegón. Abrió la puerta: Rocamora estaba abrochándose la bragueta.

Se abrazaron; el negrito —mientras Vitaca orinaba— le dijo que tenía muchas ganas de verlo, pero por ahí no quería aparecer más.

—Por olfato, sabés. Eso estaba muy manoseado, deschavado, muchas narices.

Salieron del baño y en una mesa le presentó al Escribano; Vitaca recordó que era el Escribano Muerto, el que firmaba igual que un escribano muerto hacía años, pero que conservaba el protocolo, el registro, viste. Era un escribano portátil, hacía certificaciones, escrituras, sucesiones, aunque estaba muerto. Su rostro era muy pálido, ojeroso; claro, si estaba muerto. E inevitablemente conversaron de la muerte de Rucci; coincidieron en que iba a armarse una gran podrida, podía pasar cualquier cosa.

—Hay un ahogo, negro —decía el Escribano Muerto.

Vitaca lo miraba a Rocamora, parecía mentira encontrarlo.

—¿Y qué hiciste durante todo este tiempo?

—Pedalié —respondió Rocamora.

—¿Como Tarzán?

—Como Tarzán, agarrado de la liana, matando en la selva para que no me maten.

El Escribano Muerto se despidió enseguida; dijo tenía que verlo a Desiderio en el estudio de Fumanchú.

El olor a bifes era insoportable, pero Rocamora decía que había que acostumbrarse, más que ahí se podía comer un buen bifacho, y barato, que al mediodía estaba lleno de abogados y pedaleros, si los Tribunales están aquí a la vuelta. Mencionó otra vez que no quería pedalear más por ahí, mucho ruido y poca guita; dijo el coheteo de Willy lo había impresionado, me dejó mal.

—Por ahora la rebusco, Vitaca, cacé una mano posta, por izquierda, con Desiderio. De vez en cuando engrampo algo con el Boga, o con el Escribano, o con los expedientes. Para pedalear, viste.

Los hombres de portafolio se iban, de a poco; quedaban ellos y el olor de los bifes. Había un tipo en el mostrador, bebiendo su vino.

—El mes pasado me salvé porque vendí treinta diplomas de bachilleres. Pibes que querían entrar a la facultá, viste, o para los que querían hacer pinta para cazar un puesto público. Pistoleamos también algunos de perito mercantil. Pero por derecha, eh, certificados por el ministerio y todo —sonreía Rocamora—. Los consiguió un vago amigo, de un colegio.

—¿Y a Álamo Jim no lo viste más?

—Dejame con ese cuidador reventado. El otro día lo vi caminando con la petisita que embarazaste, y me escondí. Tiene pancita ya, eh, te felicito, serás un buen padre, Vitaca. Ah, qué te iba a preguntar, ¿así que la Esperpento está con Rosqueta?

—Sí, en la oficinota —respondió Vitaca—, siempre pegando tubazos.

Rieron; el tipo que estaba contra el mostrador los vio reír, y también rió: tenía dos dientes de abajo muy salidos para afuera.

—¿Y tus pibes, negro?

—Bien, Vitaca, estudiando.

Ya casi no había luz en el bodegón; el dueño aparentemente no pensaba encender la luz grande.

—Sabés que pensé en espiantarme por un tiempo. Qué sé yo, no me voy por los pibes, Vitaca. Aquí la veo mal, hay mucho quilombo, está todo muy... cómo decirte, Vitaca, muy despelotado, viste.

Vitaca asentía.

—Nadie quiere hacer nada, están todos a la expectativa, a la pesca, no te fijaste. Éste fue un año perdido. Todos quieren esperar para ver qué hace Perón. ¿Qué pasará? ¿Vos lo votaste a Perón, Vitaca?

—Sí, por supuesto.

—Yo también —Rocamora.

El olor a bifes le dio hambre a Vitaca; le dijo a Rocamora si no lo acompañaba con un bifacho, porque en ese bodegón no podía comerse otra cosa que no fuera un bifacho, a cualquier hora. Pero el de la caja registradora los miraba, si era la única mesa ocupada. Indudable, el tipo quería cerrar.

—Aguantate un cachito —le dijo Rocamora al de la caja—, hacete dos bifachos bien jugosos y dejate de joder.

El de la caja registradora, resignado, sonrió; todo el mundo era amigo de Rocamora. Apoyado en el mostrador, también sonrió el tipo que tenía dos dientes de abajo salidos para afuera.

—Acercate —le dijo el negrito a Vitaca.

Vitaca acercó la cabeza.

—¿Ves ése del mostrador?

—Sí.

—Ése es Drácula al Revés. Así como lo ves banca cualquier guita en juego, tiene un prode paralelo, quiniela, tiene una ruleta clandestina, es muy nuestro, tiene nuestra piel, es salvaje, también agarra avestruces reculando. Tiene cada mina. ¿Querés que te lo presente?

—Dale.

—Drácula, vení.

Drácula al Revés, sonriente, se sentó; le dio la mano a Vitaca. Volvieron a conversar sobre la muerte de Rucci; cuando trajeron los dos bifachos, el litro de vino, la soda, los panes, Vitaca miró detenidamente a Rocamora, después a Drácula.

—Negrito —dijo Vitaca.

—Qué —dijo Rocamora.

—¿Sobreviviremos?

—Yo qué sé —respondió Rocamora, cortando el bifacho.

Con un pedazo considerable de carne en el tenedor, carne mezclada con grasita, Rocamora agregó:

—Seguro que sí —y se lo mandó a la bodega.

Cubierta
Portada
Epílogo primero
Los reventados
En Ezeiza con Perón

- I
- II
- III
- IV

La esperpento mayor

- V

Álamo Jim Roitenberg

- VI

Rosqueta

- VII

El chocolatero

- VIII

Apuntes sobre Rocamora

- IX

El príncipe

- X

Rosqueta elucubra una rosqueta

- XI

El boga fumanchú

- XII

Epílogo último
Créditos
Sobre el autor
Otros títulos

Asís, Jorge
Los reventados. - 1a ed. - Buenos Aires :
Sudamericana, 2015
(Narrativa)
EBook.

ISBN 978-950-07-5142-1

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Edición en formato digital: marzo de 2015
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial
Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz
Foto del autor: © Alejandra López
Imagen de tapa: Masacre de Ezeiza (Archivo General de la Nación)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-5142-1

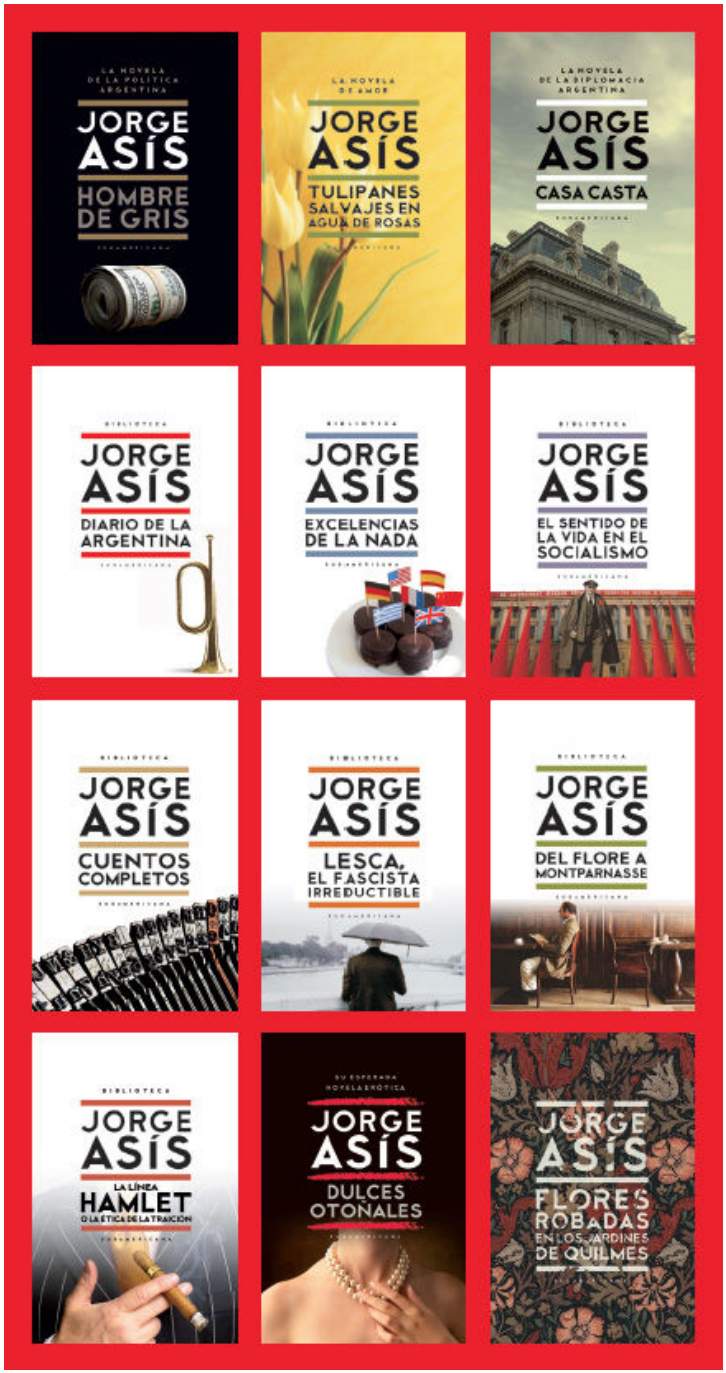
Conversión a formato digital: Libresque

www.megustaleer.com.ar

JORGE ASÍS

Nació en Avellaneda, en 1946. Escritor y periodista, fue también embajador argentino en París ante la Unesco, secretario de Cultura de la Nación y embajador de la Argentina en Portugal. Desde la publicación de *Flores robadas en los jardines de Quilmes* (1980), la obra de Asís se ha convertido en best seller. Su literatura, a veces política y caricaturesca, lo posiciona como el mejor escritor de novelas políticas de la Argentina. Su obra ha sido traducida al francés, ruso, portugués, alemán e inglés. Trabajó en el diario *Clarín*, la revista *Libre*, y en el programa de televisión "Poder vacante".
Autor prolífico, entre los libros que ha publicado se destacan: *La familia tipo* (1974), *Los reventados* (1974), *Fe de ratas* (1976), *Carne picada* (1981), *El Buenos Aires de Oberdán Rocamora* (1981), *Canguros* (1983), *El pretexto de París* (1986), *Sandra, la trapera* (1996). La biblioteca Asís publicada en Sudamericana incluye los títulos: *Hombre de gris* (2012), *Tulipanes salvajes en agua de rosas* (2012), *Diario de la Argentina* (2012), *Excelencias de la NADA* (2012), *Lesca, el fascista irreductible* (2013), *Del Flore a Montparnasse* (2013), *Casa casta* (2013), *Cuentos completos* (2013), *El sentido de la vida en el socialismo* (2013), *La línea Hamlet* (2013), *Dulces otoñales* (2014) y la reedición de *Flores robadas en los jardines de Quilmes* (2014). Actualmente Jorge Asís se define como un periodista artesanal y publica sus crónicas en la página web JorgeAsisDigital.

Foto: © Alejandra López



Otros títulos del autor en megustaleer.com.ar